

HARLEQUIN

Bianca™



Heidi Rice
UN AMOR DE JUVENTUD

Un amor de juventud

Heidi Rice

34° Serie Multiautor Relación de Conveniencia

Título original: Contracted as His Cinderella Bride (2019)

Serie Mutiautor: 34° Relación de Conveniencia

Editorial: Harlequin Ibérica

Colección: Bianca 2808

Año de publicación: 2020

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Dominic LeGrand y Ally Jones

Argumento:

De mensajera sin un céntimo a... ¿esposa de un multimillonario?

Ally Jones no había podido olvidar a Dominic LeGrand desde aquel inolvidable verano en Francia, a pesar de haber sido una cría. Cuál no sería su sorpresa cuando el último reparto en un día lluvioso la llevó a la puerta de la casa de Dominic.

Pero lo más sorprendente fue la proposición de él. Dominic necesitaba una esposa, pero solo temporalmente. Conseguiría que Ally aceptara su propuesta, aunque para ello tuviera que recurrir a la promesa de una experta seducción.

Capítulo 1

CALLING Riders cerca de Strand. Voy a la joyería Mallow and Sons a recoger un paquete para llevarlo a Bloomsbury.

Alison Jones se detuvo bruscamente delante de un semáforo en ámbar en Waterloo Bridge mientras aguzaba el oído para tratar de descifrar lo que le decían por radio.

Hacía horas que la fría lluvia le había calado el impermeable. A las seis de la tarde había estado a punto de acabar el trabajo, deseando meterse en una bañera llena de agua caliente y lamerse las heridas provocadas por otra jornada laboral pedaleando por las calles de Soho. Pero, al recibir la llamada, había respondido en su radio:

–Ciclista 524, lista para el reparto.

Aún le quedaban por pagar varias mensualidades del préstamo que había pedido para cubrir el gasto del funeral de su madre. También tenía que pagar el alquiler de su habitación en una casa en Whitechapel que compartía con otros estudiantes de diseño de modas. Además, ya no podía mojarse más de lo que estaba.

–Es un paquete pequeño, un anillo de compromiso –le dijo el repartidor por la radio–. El cliente se llama Dominic LeGrand. La dirección es...

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Apenas prestó atención a la dirección, los recuerdos le inundaron la mente, haciéndola retroceder al verano en el que había cumplido trece años.

Un aroma a hierba y rosas. El calor del sol de Provenza. La voz profunda y paternalista de Pierre LeGrand, tan guapo, tan encantador...

–Llámame papá, Alison –le había dicho Pierre LeGrand.

La sonrisa de su madre, despreocupada, llena de esperanza.

–Esta vez va en serio, Ally. Pierre me ama. Pierre va a cuidar de nosotras –le había dicho su madre. Alison sintió calor en el bajo vientre al evocar la imagen de Dominic, el hijo de Pierre de dieciséis años, tan real como si hubiera sido ayer, no doce años atrás. Dominic, con labios sensuales y cínica sonrisa, una misteriosa cicatriz sobre su ceja izquierda, un pelo sumamente corto y rubio que lanzaba destellos dorados bajo la luz del sol.

Dominic, un hombre bello, peligroso, fascinante... Un ángel caído, que convirtió en peligroso y emocionante aquel perfecto verano.

–No puedo hacer ese reparto –graznó Ally por la radio recordando la última noche en Provenza.

El rostro de su madre, tan triste y frágil, con un moratón en el pómulos. El olor a espliego y ginebra. La voz de su madre, asustada y ligeramente borracha, diciéndole:

–Ha ocurrido una cosa terrible, cielo. Pierre está muy enfadado conmigo y con Dominic. Tenemos que marcharnos.

Al enterrar a su madre, cuatro años atrás, había dejado de revivir el horror de aquella noche. Al enterrar a su madre, delante de la tumba, había sentido un gran alivio. Por fin, Minica Jones descansaba en paz.

El claxon de un autobús la sacó de su ensimismamiento. No, no podía hacer ese reparto. No quería volver a ver a Dominic LeGrand. Sobre todo, ahora que Dominic ya no era un inquieto chico protagonista de sus sueños de adolescente sino un promotor inmobiliario multimillonario. Un donjuán, a juzgar por el relato que su exnovia, una supermodelo, había vendido a un periódico un año atrás por una cantidad de dinero de seis cifras. El anillo de compromiso debía ser para Mira... algo, según había leído hacía un mes.

–¿Qué? ¿Por qué no quieres hacer el reparto? Acabo de poner tu nombre en el ordenador –le dijo el coordinador–. O lo haces o pierdes el trabajo. Tú eliges.

Ally respiró hondo en un intento por controlar el pánico.

Tenía que hacer ese reparto, no le quedaba otra alternativa. No podía permitirse el lujo de perder el trabajo.

–Está bien, lo haré. Repite la dirección, por favor.

–No va a haber ninguna boda, Mira. No deberías haberte enrollado con Andre, tu profesor de esquí –dijo Dominic LeGrand sin alzar la voz.

No estaba triste ni disgustado, solo furioso. Habían hecho un trato. Y su «prometida» lo había roto. –Pero... ya te dije que no había sido nada, Dominic –respondió Mira con los ojos llenos de lágrimas y la voz quebrada.

Dominic no aguantaba más. Esa mujer tenía la madurez emocional de una criatura de dos años.

–Desde el principio de nuestro trato dejé muy claro que esperaba exclusividad. No voy a casarme con una mujer de la que no puedo fiarme.

–No me acosté con Andre, te lo juro –contestó Mira–. Estaba un poco borracha y coqueteé con él, eso fue todo.

Mira se inclinó sobre el escritorio de Dominic, con postura provocativa le enseñó el amplio escote e hizo una mueca con los labios.

–No te voy a mentir, la verdad es que me gusta que estés un poco celoso –añadió ella.

–No estoy celoso, Mira, pero sí estoy enfadado. No has cumplido con lo que habíamos acordado y es posible que eso ponga en riesgo mi negocio respecto a Waterfront –que era la única razón por la que Dominic había pedido a Mira que se casara con él.

El consorcio Jedah era propietario de los terrenos en los que él quería construir, en Brooklyn. El consorcio estaba formado por un grupo de ricos magnates del petróleo del Oriente Medio, todos ellos de ideas muy conservadoras. Se habían mostrado reacios a hacer negocios con él desde el año anterior, desde el artículo publicado en un periódico sobre su relación con Catherine Zalinski. Los miembros del consorcio tenían miedo de entrar en negocios con un hombre que, al parecer, no podía controlar su libido y tampoco a las mujeres con las que se relacionaba.

Un matrimonio, supuestamente, solucionaría el problema. Pero aquella misma tarde se habían publicado fotos de su prometida besando a su profesor de esquí.

–El motivo de este matrimonio era lograr que se dejara de hablar de mi vida privada en público –añadió Dominic, por si ella aún no lo había entendido.

–Pero me dejaste sola durante todo un mes –se quejó Mira con una mueca infantil–. Esperaba que vinieras a Klosters, pero no lo hiciste. Y hace aún más que no nos acostamos juntos. ¿Qué querías que hiciera?

Dominic no había tenido tiempo de ir a Klosters a verla y, en realidad, tampoco había tenido excesivas ganas de hacerlo. El trato con Mira había sido una equivocación. Se había aburrido de ella antes de lo que había imaginado, tanto en la cama como fuera de ella.

–Quería que no pegaras la boca a la de otro hombre y que no te abrieras de piernas.

–Dominic, no digas esas cosas. Haces que me sienta una furcia barata.

–Mira, puedes ser cualquier cosa... menos barata –respondió él con cinismo.

El insulto la hizo ponerse tensa.

–Por favor, márchate. Hemos terminado.

–Eres... eres un bastardo sin corazón.

Al instante de sentir la bofetada de Mira, Dominic se puso en pie y la agarró por la muñeca para evitar que volviera a abofetearle. Fue entonces cuando le asaltó el amargo recuerdo de otra bofetada aquel verano en el que, por fin, su padre le había invitado a formar parte de su mundo, aunque solo hubiera sido para echarle a patadas al cabo de un mes. Y recordó la voz de la chica que le defendió:

–No pegues más a Dominic, papá, le vas a hacer daño.

–Hay gente que se merece que le hagan daño, ma petit –había contestado su padre.

–Tienes razón, Mira, no tengo corazón. También soy un bastardo. Y estoy orgulloso de ello, me da fuerza –declaró Dominic soltando la muñeca de Mira–. Y ahora sal de aquí si no quieres que haga que te arresten por agresión.

–Te odio –dijo Mira con labios temblorosos.

«¿Y qué?», se preguntó Dominic fríamente mientras ella salía apresuradamente de su estudio.

Dominic se acercó al mueble bar, se secó una gota de sangre de la comisura de la boca y se sirvió un whisky escocés.

Solo disponía de una semana para encontrar a otra mujer con la que casarse y así poder expandir su negocio. Un negocio que había construido de la nada después de salir de la casa de su padre aquel verano con costillas rotas y marcas de correazos en la espalda.

Había hecho autostop, un conductor de camiones se había apiadado de él y le había llevado hasta París. Durante el trayecto, se había jurado a sí mismo que jamás volvería a hablar ni a ver a su padre, y también que le demostraría a él y a todos los que le habían menospreciado lo equivocados que estaban.

Encontraría otra esposa. Con un poco de suerte, una que le obedeciera y mantuviera las piernas cerradas. Pero esa noche iba a celebrar su buena suerte. ¡De menuda se había librado!

Capítulo 2

APÁRTATE de mi camino, imbécil –dijo una mujer, empujándola.

Ally, aún montada en la bicicleta, se raspó la pierna con el pedal y estuvo a punto de caerse mientras la mujer pasaba de largo y se metía en un deportivo rojo.

Ally se bajó de la bicicleta. ¿No era esa Mira... algo? ¿La destinataria del anillo que estaba a punto de entregar?

La mujer parecía furiosa. ¿Problemas en el paraíso?

«Eso no es asunto tuyo», se dijo a sí misma.

Empujando la bicicleta, se acercó a la parte posterior de la mansión, en un extremo de una plazoleta.

Respiró hondo, apoyó la bicicleta contra el muro de la casa y llamó al timbre.

«Él no va a abrir la puerta, lo hará alguno de sus empleados. Tranquilízate de una vez».

La lluvia había alcanzado proporciones de Monzón. Estaba calada hasta los huesos. Para colmo de males, le dolía enormemente la herida que se había hecho en la pierna con el pedal de la bicicleta.

Se apartó ligeramente de la puerta y vio que solo había luz en una de las ventanas, en el primer piso. Tragó saliva y volvió a llamar al timbre. Vio la silueta de un hombre en la ventana, un hombre alto y de hombros anchos.

«No es él, no es él, no es él», se repitió a sí misma mientras oía pisadas acercándose a la puerta.

Se pegó al pecho la bolsa de repartir. Lo que debía hacer era sacar la caja con el anillo para así entregarla tan pronto como se abriera la puerta.

Mientras intentaba abrir los cierres mojados de la bolsa, se encendió una luz en el vestíbulo y, a los pocos segundos vio una silueta a través de los paneles de cristal esmerilados de la puerta de la entrada.

–Bonsoir –dijo él al abrir.

Esa voz pronunciando una palabra en francés le acarició la piel y la hizo temblar de pies a cabeza. ¿Cómo era posible que aún le afectara de esa manera? Ahora era una mujer adulta, no una adolescente en medio de la pubertad.

–Entre si no quiere ahogarse –murmuró él haciéndose a un lado para permitirle el paso.

Dominic siempre había sido guapo, pero la madurez había transformado sus hermosos rasgos adolescentes en un atractivo de una intensidad devastadora.

Sus cabellos rubio dorado habían oscurecido hasta adquirir un color castaño con mechas doradas, y lo llevaba lo suficientemente largo como para que las puntas se le rizaran a la altura del cuello de la camisa. Esos ojos castaño oscuro seguían igual de serios que siempre, ella nunca le había visto reír.

Mientras devoraba los cambios en él, se dio cuenta de hasta qué punto había aumentado el cansancio de la expresión de sus ojos y cómo se había marcado la crueldad de la cínica curva de esos labios sensuales.

El temblor de su cuerpo alcanzó proporciones sísmicas.

–Vite, garçon, antes de que nos ahoguemos los dos –le ordenó él, haciéndola darse cuenta de que se le había quedado mirando.

Con un esfuerzo, Ally pasó al vestíbulo.

«Dale el anillo y esta pesadilla acabará».

Bajó la cabeza para hurgar en la bolsa de reparto y deseó no haberse quitado el casco; por suerte, él no parecía haberla mirado, porque la había llamado chico.

El ruido de las gotas de agua cayendo en el suelo del vestíbulo le resultó ensordecedor.

–Ah, eres una chica –murmuró él después de cerrar la puerta.

–Soy una mujer –le corrigió ella–. ¿Es eso un problema?

–No –casi jadeó al verle esbozar esa sonrisa ladeada que tan bien recordaba–. Tu cara me resulta familiar.

–No –negó Ally presa del pánico.

«Por favor, que no me reconozca. Eso solo empeoraría las cosas».

Precipitadamente, Ally consiguió sacar la pequeña caja de la bolsa y se la dio. Desgraciadamente, sus dedos entraron en contacto con los de Dominic y fue como si una corriente eléctrica le subiera por el brazo.

–Estás temblando. Quédate hasta que te seques un poco –dijo él, más como una orden que como una sugerencia.

–No, gracias, estoy bien. Y ahora, por favor, firme aquí –dijo Ally, ofreciéndole la pequeña maquina digital.

Dominic agarró la máquina y, al hacerlo, volvió a rozarle los dedos.

–Estás helada –dijo él en tono de enfado e impaciente–. Deberías quedarte aquí hasta que pase la tormenta.

Dominic firmó, le devolvió la máquina y añadió:

–Es lo menos que puedo ofrecerte después de haberte hecho venir con este tiempo para nada.

–¿Para nada? ¿Y eso? –nada más hacer esas preguntas, Ally deseó haberse mordido la lengua. «Cállate, Ally. ¿Por qué le has preguntado eso?»

El corazón le golpeaba las costillas con fuerza, le sorprendía no haberse desmayado. Pero más aún le sorprendió la respuesta de él.

–Para nada porque he roto mi compromiso matrimonial hace diez minutos.

Ahora comprendía la cólera de la tal Mira. Dominic la había dejado.

Dominic abrió el paquete, sacó la pequeña caja de terciopelo y la abrió.

A Ally le dio un vuelco el corazón. Era un sencillo, pero exquisito anillo, de oro y platino.

Era el anillo que su madre le había dicho que el padre de Dominic le había ofrecido aquel verano. Un sueño que había muerto la terrible noche que Pierre LeGrand las había echado de su casa, una pérdida que había torturado a su madre el resto de sus días.

–Pierre ha sido el único hombre que me ha querido de verdad y yo lo he estropeado todo, cielo –le había confesado su madre, culpándose de lo ocurrido. Pero... ¿qué era lo que había hecho para encolerizar a Pierre hasta ese punto?

Dominic cerró la caja de terciopelo ruidosamente y Ally volvió al presente.

–Lo siento –murmuró ella.

–No lo sientas –contestó él–. Este noviazgo ha sido un error. Y las ochenta mil libras que he pagado por el anillo digamos que es un daño colateral.

Ally guardó el aparato digital en la bolsa con manos temblorosas. No podía controlar las emociones que la embargaban.

–En fin, será mejor que me vaya y siga con mi trabajo –dijo Ally.

Quería irse. Quería olvidar. Los recuerdos eran demasiado dolorosos.

–Vamos, pasa y tómate una copa, necesitas entrar en calor –le ordenó él.

¿Estaba flirteando con ella? No era posible. Ese hombre salía con supermodelos y ricas herederas, mujeres con estilo y sex appeal, algo que ella nunca poseería.

–Y, además, hay que curarte esa herida –añadió Dominic.

–¿Qué?

–La pierna –los ojos oscuros de Dominic se clavaron en su pierna–. Te está sangrando.

Ally bajó la mirada. Las mallas se le habían desgarrado y la pantorrilla le sangraba. Todo ello debido a su altercado con la novia, la exnovia, de Dominic.

–No es nada. Tengo que irme.

Pero al volverse para marcharse, las palabras de Dominic la detuvieron.

–Arrêtes. Claro que es algo, estás sangrando. Se te puede infectar. No vas a salir de aquí hasta que esa herida esté limpia.

La emoción que la embargó estuvo a punto de ahogarla. No podía permanecer allí, no podía aceptar la brusca e imperativa amabilidad de él.

–Tengo que hacer otro reparto –añadió ella con premura–. No puedo quedarme.

–Si es por dinero, pagaré por tu tiempo. No quiero que me recuerde la conciencia por no prestar atención a una mensajera herida.

Dominic estaba demasiado cerca. El pulso se le aceleró. Y entonces, inesperadamente, Dominic le puso un dedo bajo la barbilla y se la alzó.

–Eh, un momento... Yo te conozco –Dominic empujó los ojos mientras la miraba fijamente. La intensidad de esa mirada la hizo temblar de pies a cabeza.

Ally fue a ponerse el casco para evitar que él la reconociera, pero ya era demasiado tarde.

–¿Monique? –murmuró él.

–No, yo no soy Monica. Monica está muerta. Soy su hija.

–¿Allycat? –Dominic parecía igual de confuso que como se sentía ella.

Allycat.

El apodo se abrió paso en su memoria. El apodo que él le había puesto todos esos años atrás. Un apodo del que, por aquel entonces, se había sentido orgullosa.

De súbito, inesperadamente, la adrenalina que la había mantenido hasta ese momento la abandonó y solo sintió vergüenza y angustia. Y un sofoco inapropiado.

Ally respiró hondo varias veces en una lucha por contener un sollozo.

–Respira, respira, Allycat –murmuró Dominic.

Ally se llenó los pulmones de aire y, con ello, una buena dosis del aroma de él, una mezcla de especias, pino y jabón.

–¿Mal día?

–De lo peor –contestó Ally, aún haciendo un ímprobo esfuerzo para no echarse a llorar.

«¿Por qué estás tan disgustada? Dar pena a Dominic LeGrand no es lo peor que puede pasarte».

–Te entiendo perfectamente –dijo él con una irónica sonrisa, lo que le hizo mucho más atractivo y totalmente inalcanzable.

Ally forzó una sonrisa y agarró con fuerza el casco.

–Ha sido un placer volverte a ver, Dominic. Y ahora... en fin, tengo que marcharme ya.

Pero cuando echó a andar hacia la puerta, Dominic le salió al paso.

–No te vayas, Allycat. Vamos, quédate un rato. Así te secarás y te curaremos esa herida.

Ally alzó la cabeza y lo miró a los ojos. Y lo que vio en ellos no fue pena ni impaciencia, sino una intensidad pragmática, como si Dominic estuviera tratando de penetrarle el alma. Y vio otra cosa, algo que no pudo interpretar ni comprender, porque parecía... deseo. Pero no, eso no podía ser.

–No puedo quedarme –repitió ella con voz temblorosa.

–Sí, claro que puedes. Y como he dicho, pagaré por tu tiempo.

–No, no es necesario que lo hagas. Además, estoy agotada. Voy a agarrar la bicicleta y me voy a ir directamente a casa.

Tenía que marcharse inmediatamente si quería evitar sucumbir al deseo de quedarse y de que Dominic la cuidara.

«¡Vaya, quién habría imaginado que la tímida y protegida hija de Monique iba a convertirse en una mujer extraordinaria y tan valiente como Juana de Arco!»

–Entonces, ¿ya no tienes que hacer más repartos esta noche? –preguntó Dominic.

La chica frunció el ceño. Pero, a pesar de saber que la habían pillado mintiendo, lo miró directamente a los ojos.

–No, ya no tengo más repartos. Te he mentado.

Dominic lanzó una queda carcajada.

–Touché, Allycat.

Dominic paseó la mirada por el juvenil y delgado cuerpo de ella que vibraba por la tensión. Los altos y firmes pechos, que el empapado tejido del impermeable dejaba ver, se agitaban al ritmo de la entrecortada respiración de ella. Llevaba el cabello, castaño y ondulado, recogido en una corta cola de caballo. Ally tenía el cutis muy pálido, casi transparente, y profundas ojeras. Eso, unido a la mancha de aceite en la barbilla, debería conferirle un aspecto desastroso. Sin embargo, parecía la doncella de Orleans, apasionada y decidida.

Y, por ello, hermosa.

No muy diferente a su madre, según lo que podía recordar de ella.

Monica Jones había sido la amante de su padre durante ese corto verano en el que su padre le había admitido en su casa. Pero la verdad era que era la hija de Monica, la chica que tenía delante, de quien se acordaba con mayor claridad.

Una niña aquel verano, quizá diez u once años, que le había seguido a todas partes como un perrillo faldero. Y le había defendido durante el altercado con su padre. Le había plantado cara a aquel sinvergüenza y, por ello, él había sentido una extraña conexión con la chica. Y, al parecer, esa conexión no había muerto. No del todo.

Aunque se había transformado en algo mucho más potente, a juzgar por la descarga eléctrica que le había corrido por el brazo al tocarla. Era deslumbrante a la vez que natural. El súbito deseo de agarrarle el rostro y besarla le tomó por sorpresa.

¿Por qué la deseaba, teniendo en cuenta que carecía de toda sofisticación? ¿Qué más le daba a él que ella tuviera frío, que estuviera mojada y que tuviera una herida en la pantorrilla? No era asunto suyo.

Quizá se debiera a la sorpresa de volver a verla y a los recuerdos que había evocado.

—Cuando te hayas secado y hayamos curado tu herida pediré un taxi para que te lleve a tu casa, a ti y a tu bicicleta —de ninguna manera iba a permitir que fuera en bicicleta hasta su casa esa noche, en medio de una tormenta que más bien parecía un huracán.

La vio temblar y después notó el pequeño charco a los pies de ella.

—Hay un baño en el primer piso. Sécate. En el mueble, hay ropa seca, ponte lo que quieras. Entretanto yo iré a por el botiquín, después me reuniré contigo ahí.

El rostro de ella enrojeció. Se la veía cansada y tensa, parecía un gatito asustado.

—No tienes por qué molestarte —dijo ella.

—Lo sé —respondió Dominic—. Venga, sube ya, antes de que me inundes el vestíbulo.

Capítulo 3

POR FIN he averiguado dónde tenía escondido el botiquín mi ama de llaves –anunció el anfitrión de Ally nada más entrar en el amplio estudio del primer piso, y dejó el botiquín encima de la mesa de caoba.

Ally se tragó el nudo de la garganta producido por la angustia. ¿Cómo conseguía Dominic absorber todo el oxígeno de una estancia al entrar en ella? En fin, al menos ya había entrado en calor, estaba seca y limpia. Desgraciadamente, el enorme chándal que había encontrado en la habitación de invitados, contigua al estudio, olía a él. Se lo había puesto después de darse una ducha increíblemente rápida en el baño de la habitación.

Ahora que iba descalza, Dominic aún le parecía más alto. Los pantalones de traje y la camisa blanca de confección impecable acentuaban el buen tono muscular y la esbeltez de su cuerpo.

–Ya veo que has encontrado algo de ropa –dijo Dominic mirándola con intensidad.

–Sí, gracias –respondió ella con nerviosismo.

–¿Te sangra aún la herida de la pierna?

–Creo que no. Me he limpiado la herida con la ducha. Creo que está bien.

–Vamos a ver –Dominic le indicó un sillón en un rincón del estudio–. Siéntate para que eche un ojo a esa herida.

A Ally se le erizó la piel. Pensó en negarse, pero vio que Dominic no iba a aceptar un no por respuesta. Entonces, atravesó la estancia, intentando no cojear, y se sentó en el sillón. Cuanto antes acabaran con eso antes podría volver a respirar con normalidad.

Se quedó perpleja al ver que Dominic se arrodillaba delante de ella. Se agarró con fuerza a los brazos del sillón cuando él abrió el botiquín y comenzó a hurgar dentro.

¿Cómo era posible que se encontrara en esa situación? ¿Cómo era posible que estuviera jugando a los médicos con Dominic LeGrand, en su mansión, en la intimidad de su estudio, vestida con un chándal de él y prácticamente nada más?

Sintió una intensa comezón en la entrepierna.

¿Por qué se avergonzaba de su reacción? Los dos eran adultos. Dominic siempre la había cautivado, incluso de jovencito, y ahora era un reconocido donjuán. Lo que ocurría era que encontraba a Dominic abrumador; sobre todo, teniendo en cuenta la poca experiencia que ella tenía con los hombres.

Entre cuidar a su madre, encargarse del sostén de la familia y los estudios, no había tenido tiempo ni oportunidades para nada más. De hecho, seguía siendo virgen. Eso explicaba por qué la exagerada reacción de ella ante una persona tan arrolladora como Dominic.

Tras esa explicación de por qué Dominic la atraía tanto, se lo quedó mirando mientras él dejaba encima de una mesa baja unas gasas y toallitas desinfectantes.

A pesar de estar arrodillado, su cabeza estaba casi al mismo nivel que la de ella. La luz de la lámpara alumbraba los mechones dorados de él. También se fijó en la cicatriz y se preguntó cómo se la habría hecho.

Cuando Dominic le agarró un pie, ella dio un respingo en el asiento. Sintió un profundo calor en el sexo cuando los callosos dedos de Dominic le rodearon el tobillo.

–¿Te duele? –preguntó Dominic clavando sus ojos color chocolate en los de ella.

–No, es solo... –«ningún hombre me ha tocado ahí nunca. Increíble que un tobillo pueda ser una zona erógena».

–Bien –Dominic frunció el ceño, pero no insistió–. Si te hago daño, dímelo.

Ally asintió, el cuerpo entero le vibró cuando Dominic le subió la pernera del pantalón hasta por encima de la rodilla.

–Una herida fea –murmuró él mientras agarraba una de las toallitas desinfectantes–. ¿Cómo te la has hecho?

–Me crucé con tu novia cuando ella salía de tu casa.

–¿Mira te ha hecho esto? –dijo él sin disimular una repentina cólera.

Ally asintió, a pesar de que se arrepentía de habérselo dicho.

¿Para qué sacar el tema de la ruptura del noviazgo de Dominic? Al contárselo, se había mostrado pragmático, pero podía haberle restado importancia falsamente. Igual que había fingido no dar importancia a que su padre, años atrás, se hubiera referido a él como a su «hijo bastardo» durante una cena, sentados a la mesa; o igual que la falsa sonrisa de él al recibir una bofetada de Pierre, y ella tratando de defenderle.

–Hay gente que se merece que le hagan daño, ma petit –la respuesta del padre de Dominic todavía la turbaba.

Nadie se merecía eso y mucho menos Dominic, que aquel verano le había parecido un alma perdida, con secretos que se había negado a compartir.

¿Y si realmente le dolía haber roto con Mira? ¿Y si su enfado era una forma de disimular, de ocultar su sufrimiento?

–Perdona, no era mi intención disgustarte. –¿Disgustarme? ¿Qué has hecho tú para disgustarme?

–He mencionado tu ruptura, te la he recordado. Ha debido ser terrible para ti romper tu noviazgo. –Alison –dijo él con una nota de condescendencia en la voz–. En primer lugar, no me has causado ningún disgusto. Quien me ha sacado de mis casillas es ella con su comportamiento de insufrible niña mimada. Te ha hecho una herida...

–Ha debido ser un accidente –lo interrumpió Ally, enternecida por la preocupación que mostraba Dominic.

–Conociendo a Mira, lo dudo mucho –dijo él–. Y, en segundo lugar, la ruptura no me ha causado ningún disgusto. Ese noviazgo ha sido un error y habría sido mucho peor si me hubiera casado con ella.

–Pero... has debido estar enamorado de ella en algún momento, ¿no?

–¿Eso crees? –dijo Dominic con una cínica sonrisa–. ¿Por qué piensas que he debido estar enamorado?

–Porque... porque ibas a casarte con ella –¿no era evidente?

Dominic ladeó la cabeza y se la quedó mirando.

–Ya veo que eres igual de romántica que cuando tenías diez años – declaró Dominic con un claro paternalismo.

–No tenía diez años cuando nos conocimos, tenía trece –le corrigió ella.

–¿En serio? –Dominic empleó un tono burlón–. Ah, tan mayor.

Ally, sumamente incómoda, cambió de postura en el asiento. Ya no era una niña, tenía veinticinco años. Y aunque su experiencia sexual fuera muy limitada, lo compensaba con creces lo mucho que le había tocado vivir.

–Puede que fuera romántica entonces, pero ya no lo soy –declaró Ally.

–En ese caso, ¿por qué creías que yo tenía que estar enamorado de Mira? –preguntó Dominic como si eso fuera lo más ridículo del mundo.

–Quizá porque tenías pensado pasar el resto de la vida con ella –respondió Ally sarcásticamente. –Nuestra relación no era una relación amorosa –dijo Dominic en tono pragmático mientras seguía tratándole la herida–. Necesitaba casarme, tener esposa, para asegurarme un buen negocio, y Mira cumplía los requisitos necesarios. Al menos, eso era lo que pensaba yo. Pero aunque no me hubiera dado cuenta a tiempo del error que estaba a punto de cometer, se suponía que nuestro matrimonio no iba a durar más de unos cuantos meses.

–¿Era un matrimonio con fecha de caducidad? –preguntó ella, atónita por el cinismo de Dominic. –Puede que me equivocara al proponerle a Mira que se casara conmigo, pero no soy tan imbécil como para atarme a ella durante el resto de mi vida... ni a ninguna otra mujer –concluyó Dominic.

–Entiendo –dijo Ally, aunque no lo entendía.

De repente, se acordó del día en que había sorprendido a Dominic fumando en uno de los jardines del castillo de su padre, después de que este se hubiera estado metiendo con él durante el almuerzo y de que le hubiera llamado algo, en francés, que ella no había entendido pero que se había tratado de algo malo.

–No deberías fumar, es malo para la salud. Papá se va a enfadar contigo –le había dicho ella.

–Ve y chívate si quieres, Allycat. A él le va a dar igual.

Entonces había sonreído de la misma manera que estaba sonriendo ahora, pero entonces ella había notado tristeza en su mirada y se había dado cuenta de que el insulto le había dolido más de lo que aparentaba. Sin

embargo, ahora no veía tristeza en los ojos de Dominic, solo humor por la ingenuidad de ella.

Dominic acabó de vendarle la herida.

–Bueno, ya está –anunció él pasándole una mano por la pierna, y ella tembló–. ¿Qué tal?

–Bien –respondió ella, y se sonrojó cuando Dominic lanzó una ronca carcajada. ¿Se había dado cuenta Dominic de que no estaba pensando solo en su pierna?

Una sonrisa sensual curvó los labios de él.

Sí, lo sabía.

Dominic apoyó ambas manos en los brazos del sillón para incorporarse, encajonándola durante unos segundos.

El corazón le latía con una fuerza vertiginosa, igual que otras partes de su cuerpo, cuando él le ofreció una mano.

–Vamos a ver qué tal andas –dijo Dominic.

Cruzaron la estancia para ver qué tal andaba.

–¿Sigues bien? –preguntó Dominic sonriendo.

–Sí, todo bien –respondió ella, devolviéndole la sonrisa.

–¿Te apetece una copa? –Dominic le soltó la mano para acercarse al mueble bar que tenía entre las estanterías.

–¿Has dicho en serio eso de pedirme un coche para que me lleve a casa? –preguntó ella, porque no quería beber y después ir hasta el East End de Londres en bicicleta.

–Por supuesto.

–En ese caso, me encantaría tomar una copa. Gracias.

–¿Qué te apetece? Tengo whisky, ginebra, brandy... –Dominic abrió la puerta del mueble bar y añadió–:

¿Una copa de Merlot? ¿Un refrescante Chablis?

–Cómo se nota que eres francés –bromeó ella.

–Cést vrai. Soy francés. Me tomo el vino muy en serio – declaró Dominic enfatizando su acento francés, y la hizo sonreír.

–El Merlot suena bien –contestó Ally.

Dominic sirvió una copa de vino y le rozó los dedos al dársela. El brazo volvió a picarle, pero esta vez ni la asustó ni se avergonzó de ello. Estaba excitada.

–¿Bon? –preguntó Dominic.

–Muy bueno.

Dominic apoyó la cadera en el mueble bar y se cruzó de brazos, y Ally pudo ver la contracción de sus pectorales a través del tejido de la camisa blanca de lino.

–¿Tú no bebes? –preguntó Ally.

–Ya me he tomado un whisky esta noche. Además, quiero mantener la cabeza despejada. –¡Ah!

Quería preguntarle por qué sentía la necesidad de mantener la cabeza despejada, pero la sensual sonrisa de Dominic se lo impidió.

Se distrajo con la sorprendente belleza del rostro de Dominic, sumamente viril. Tomó otro sorbo de vino y dejó que el calor del alcohol se extendiera por su torso. Aquello era mucho mejor que pedalear hasta Whitechapel en medio de un chaparrón.

–¿Te gusta la vista? –preguntó él con voz profunda y en tono burlón.

Ally parpadeó, cegada por el ardor de esa sonrisa. Momentáneamente.

Las mejillas le ardieron.

«Por favor, Ally, deja de mirarlo y di algo, cualquier cosa».

–¿De qué negocio se trata? –preguntó ella.

–¿Negocio? –Dominic arqueó las cejas.

–Sí, el negocio por el que estabas dispuesto a casarte sin amor.

–Un negocio sumamente importante para mí –contestó Dominic–. Hay un extenso terreno urbanizable frente al paseo marítimo de Brooklyn, el único de esas características en los cinco distritos. Quiero hacerme con él y construir; principalmente, casas. Por desgracia, es propiedad de un grupo de hombres que se niegan a entrar en tratos con alguien que consideran... Cómo lo diría... ¿de dudosa moral? Durante la primera etapa del proyecto sobre todo, mi vida privada debe dar la impresión de ser sólida y estable. Tenía pensado divorciarme una vez que lo tuviera todo bajo control.

–Así que ibas a casarte por dinero, ¿no?

–El dinero es importante, como debes saber muy bien –dijo Dominic, y ella se ruborizó–. Pero no, no se trata solo de dinero. Quiero ampliar mi negocio, dar un salto cualitativo. Este proyecto serviría para lograr que LeGrand Nationale dominara el mercado del desarrollo inmobiliario en Estados Unidos.

No, no era solo una cuestión de dinero, sino también de prestigio. ¿Tan sorprendente era que eso fuese tan importante para Dominic, cuando había tenido que demostrar su valía desde muy joven? No podía echarle en cara su ambición, a pesar de que su cinismo la entristecía.

–Bueno, dejemos de hablar de mis negocios –murmuró él descruzando los brazos y acercándose a ella. Al llegar a su lado, le acarició la mejilla con la yema de un dedo, y un intenso calor se agolpó en su entrepierna–. Háblame de ti. ¿Cómo es que estás de mensajera en una bicicleta? ¿Tan mal te ha ido en la vida, Allycat?

El apodo de antaño le inflamó los sentidos, pero la atención que él le estaba prestando era aún más potente. Debía tener cuidado, aquello era solo una conversación, nada más.

–No muy mal –mintió ella–. Trabajo de repartidora porque se paga bien y puedo compaginarlo con los estudios. Yo... estoy estudiando en la universidad.

–Así que eres lista además de bonita –Dominic le pasó el dedo pulgar por los labios y ella, instintivamente, abrió la boca y suspiró.

–Si te pidiera permiso para besarte, Alison, ¿qué responderías?

Ally asintió sin pensar.

Besar a Dominic no era una buena idea, pero Ally era incapaz de controlar la euforia que le corría por las venas. La idea de que Dominic la deseara era aún algo más tóxico que su aroma o el hecho de que le estuviera acariciando el cuello.

–Debes responder en voz alta.

–Sí.

«Por favor».

–Merci –el ronco agradecimiento le provocó nudos en el estómago.

Se dio en la pared con las nalgas cuando él la empujó. Entonces, Dominic deslizó la mano por debajo de la camisa del chándal antes de cubrirle los labios con los suyos. Un gemido escapó de su garganta y Dominic le penetró la boca con la lengua.

Se la acarició con maestría, con exigencia, al tiempo que deslizaba una mano por debajo de la cinturilla de los pantalones y le cubría una nalga.

–¿No llevas bragas? –preguntó Dominic con las pupilas visiblemente dilatadas.

–Estaban... estaban mojadas –respondió ella con voz ahogada.

–Voy a tener que castigarte por eso, Alison –murmuró Dominic en tono burlón, pero apasionado al mismo tiempo.

Un profundo deseo se apoderó de ella.

–Quiero verte, ¿d'accord?

Ally volvió a asentir, había perdido el habla.

Dominic le alzó la camisa del chándal y se la sacó por la cabeza. Ella tembló mientras él paseaba la mirada por el húmedo sujetador deportivo que llevaba puesto.

–Très belle.

Dominic le agarró ambas muñecas, le alzó los brazos y se los pegó a la pared. Los pechos de ella, alzados, pidieron atención mientras su respiración se tornaba más y más trabajosa.

Dominic le cubrió un pecho con la mano libre y lo sacó de la copa del sujetador.

–Magnifique... –murmuró él antes de bajar la cabeza para chupar y mordisquear el pezón.

Ally no podía dejar de temblar y gemir. Era demasiado y, a la vez, no suficiente. Sentía el miembro erecto de él, preso dentro de los pantalones, en el vientre; pero quería sentirlo dentro de ella.

Dominic levantó la cabeza, le desabrochó el sujetador, liberó el otro pezón y continuó la tortura.

Ally se agitaba y suplicaba cuando Dominic, por fin, volvió a cubrirle la boca con la suya. La enorme erección entre sus muslos, sus pechos desnudos pegados al torso de él. El miembro de Dominic encontró ese punto en su entrepierna, lo frotó y oleadas de placer la sacudieron.

El orgasmo le sobrevino rápida e intensamente, y fue incapaz de controlarlo. Arqueó el cuerpo mientras parecía estallarle en mil pedazos.

Apenas podía respirar cuando Dominic, con voz áspera, le dijo al oído.

–Dieu, ¿has tenido un orgasmo, Alison?

Al abrir los ojos, Ally le encontró mirándola con un deseo tan fiero que le resultó aterrador y liberador simultáneamente.

Dominic no parecía demasiado contento. De hecho, daba la impresión de estar perplejo. ¿Había hecho ella algo malo?

–Sí... –respondió Ally–. Yo... lo siento, no he podido contenerme. ¿Debería haberlo hecho? Dominic, sorprendiéndola, echó la cabeza hacia atrás y echó a reír. –Creo que debería irme ya –murmuró ella, confusa y avergonzada.

Pero Dominic no la soltó y dejó de reír.

–No, de ninguna manera. Acabamos de empezar, a pesar de que te hayas adelantado.

–He dicho que lo sentía... –con un beso, Dominic acalló su protesta. Fue un beso exigente y posesivo. –No tienes de qué disculparte –declaró él–. ¿Tienes idea de lo adorable que eres?

Dominic había hablado en voz baja, pero con una sinceridad que le llegó al corazón. Entonces, él le puso una mano en el rostro y la miró con gesto de aprobación.

¿Qué estaba pasando? Aquello le parecía demasiado íntimo, demasiado emocional. Era más que sexo.

–Por favor, Dominic... –comenzó a decir Ally.

–Sssss –Dominic le acarició el hombro y ella se estremeció de placer–. Me gustaría acostarme contigo, Alison. ¿Qué te parece?

–A mí... a mí también me gustaría.

«Muchísimo».

–Bien.

Dominic le dedicó una maliciosa sonrisa. Después, le soltó los brazos, le quitó el sujetador y la dejó plantada delante de él desnuda de cintura para arriba.

–Très, très belle –murmuró él con voz espesa, cargada de deseo–. No sabía que mis pantalones de chándal pudieran sentar tan bien.

Ally cruzó los brazos para cubrirse los pechos, brutalmente consciente de lo desnuda que estaba, y más si se comparaba con él.

Entonces, Dominic la levantó en sus brazos.

Ally le rodeó el cuello mientras él la llevaba a la habitación de invitados. Era una habitación lujosa con una cama grande y algunas antigüedades. Dominic cerró la puerta del estudio, así que la única luz que iluminaba la estancia era la del cuarto de baño, que tenía la puerta abierta, y la luz que entraba por la ventana del mirador.

Dominic la dejó en la cama y el pulso se le aceleró cuando él comenzó a desabrocharse la camisa y a desnudarse.

La luz de la luna le bañaba la piel bronceada y los músculos de su torso. Era un cuerpo magnífico. Se quedó sin respiración mientras contemplaba el oscuro vello que rodeaba las aureolas de Dominic para luego bajarle como un reguero y desaparecer bajo la cinturilla. Se le secó la garganta cuando Dominic se abrió la cremallera de los pantalones y se quitó los zapatos.

El erecto miembro saltó cuando se bajó los calzoncillos.

Sus miradas se encontraron. A Ally le pareció milagroso no desmayarse cuando Dominic se tumbó en la cama.

–Quítate esos pantalones, ma belle –dijo él.

Ally se bajó los pantalones del chándal y los tiró al suelo. Dominic se colocó encima de ella y Ally lanzó un quedo grito.

Sus cuerpos desnudos estaban en contacto. Los dedos de Dominic electrificaron todas sus terminaciones nerviosas mientras colocaba su miembro en el sexo de ella.

–Estás completamente mojada, ma belle –dijo él con ardor–. Dime qué es lo que te gusta.

«No lo sé».

Ally se tragó la respuesta. No sabía cómo contestar a esa pregunta. Dominic era el primer hombre que la veía desnuda, el único que la había tocado, que la había acariciado...

Arqueó las caderas y gimió cuando él volvió a acariciarle el clítoris con el pulgar.

–¿Te gusta esto? –preguntó él, pero ahora sin tocarla.

–Sí, sí... más, por favor... –no le importaba que Dominic notara su desesperación. Quería volver a sentir ese glorioso alivio.

–¿Puedo tocarte yo también? –preguntó ella.

El profundo gruñido que él emitió junto a su garganta fue una bendición.

–Oui.

Ally le acarició el pecho y sintió la contracción de los pectorales. Le sintió temblar de pies a cabeza al rodearle el miembro. Sintió pánico momentáneamente al sopesar el tamaño y dureza del pene de Dominic. ¿Sería posible que eso tan grande y duro le cupiera dentro?

Pero cuando el dedo pulgar de Dominic volvió a acariciarle el clítoris todo pensamiento la abandonó. Ally le acarició mientras él también la acariciaba. Pero mientras que las caricias de Dominic eran firmes y seguras, las suyas eran tímidas e indecisas. No obstante, le produjo un inmenso placer el estremecimiento de él cuando le tocó la punta del pene. Podía sentir el ardor de él, igual que el suyo. Separó las piernas y alzó las caderas, incapaz de controlar el deseo. Dominic le introdujo un dedo y ella casi enloqueció.

–Estás muy estrecha. Hace bastante que no haces el amor, ¿verdad? –preguntó él.

Ally asintió, ¿qué otra cosa podía hacer? Nunca había sentido semejante placer.

–Vamos, córrete, ma chérie –dijo Dominic.

Y, sin más, Ally alcanzó el clímax. Lanzó un ronco grito y una gloriosa sensación la envolvió. Pero cuando flexionó los dedos se dio cuenta de que aún tenía agarrado el rígido y duro miembro de él.

Dominic abrió un cajón de la mesilla de noche, sacó un sobre y lo abrió. Entonces, le apartó la mano de su erección.

–Ya no aguanto más –murmuró él con urgencia.

Dominic se puso el preservativo y entonces la penetró. Ally sintió un agudo dolor y ahogó un grito.

–¡Merde! –Dominic se detuvo.

Ally se mordió el labio para no gritar. El intenso placer que había sentido se tornó en dolor, pero lo peor fue la expresión horrorizada que vio en el rostro de Dominic.

Se había dado cuenta.

Ally se movió en un intento por acomodar mejor el miembro de Dominic dentro de ella, albergaba la esperanza de recuperar el deseo que había desaparecido de súbito.

–No te muevas –gruñó él–. No quiero hacerte aún más daño.

–No te preocupes, no me duele.

–No mientas. Es la primera vez, ¿verdad?

Ally quería mentir, no quería ver la expresión de culpabilidad de él. Pero no podía hacerlo, era demasiado evidente.

–Sí, pero no tiene importancia –respondió ella en un susurro.

–Será mejor que salga de dentro de ti.

–No, no, por favor –Ally lo agarró por los hombros–. No pares. No quiero que pares.

El dolor había disminuido y la llama del deseo empezaba a arder de nuevo.

–Maldita sea, Alison, no sabes lo que me pides. No estoy seguro de poder tener el cuidado necesario.

–No quiero que tengas cuidado, Dominic. Lo único que necesito es que me trates como a una mujer.

«Trátame como si fuera tu mujer».

Esa idea estúpida y romántica se hizo eco en su mente.

–No soy una mujer delicada. Sé lo que quiero.

«Y lo que quiero eres tú».

Ally enterró los dedos en los cabellos de él, animándole a continuar. Dominic lanzó una maldición, pero le acarició la mejilla y le pasó el pulgar por los labios.

–D'accord, ma belle –susurró él con los ojos oscurecidos y la mirada intensa.

Entonces, lentamente, se introdujo por completo dentro de ella. El extremo del pene le acarició un punto en su interior y ella jadeó, un delicioso estremecimiento de placer le recorrió el cuerpo.

–¿C'est bien? –preguntó Dominic, su perfecto inglés le había abandonado.

–Sí –gimió ella–, muy bien.

Dominic se movió despacio al principio, pero sus empujones se tornaron más rápidos y con la misma intensidad que el ardor de ella.

Oleadas de placer la sacudieron una vez más. Le agarró con fuerza mientras una salvaje tormenta la absorbía. Sus gemidos se tornaron en gritos mientras se sentía como si el cuerpo se le estuviera derritiendo y, en ese momento, Dominic se dejó caer sobre ella, acompañando sus gritos y gemidos con los suyos.

Agotada, exhausta, Ally se abrazó a él.

«Es solo sexo. Es solo una noche. No significa nada».

Pero no podía ignorar que, después de doce años, sus sueños se habían convertido en realidad. Y la espera había merecido la pena.

Capítulo 4

RESPIRA, maldita sea. Respira».

Dominic soltó las caderas de Alison al tiempo que salía de ella. Sintió una punzada de vergüenza.

Los dedos le temblaron al imaginar el daño que debía haberla causado.

¿Qué demonios había pasado? Desde el momento de entrar en el estudio había decidido seducirla, había visto deseo en los ojos de ella.

Alison era hermosa, cautivadora y la deseaba. Y podía resolver todos sus problemas.

Durante la búsqueda del botiquín, había tenido tiempo para considerar varias y tentadoras posibilidades relacionadas con la reaparición de Alison Jones en su vida.

Necesitaba una esposa y ella podía representar ese papel a la perfección.

Alison le excitaba hasta hacerle enloquecer, cosa que Mira nunca había logrado, y él, a cambio, podía ofrecerle un hogar y seguridad económica. El hecho de que ella no fuera una persona conocida ni famosa era otro punto a su favor. Sería relativamente sencillo montar una historia que explicara fácilmente su rápido enamoramiento y la consiguiente boda. Mira había pasado más de un mes fuera del país, Alison y él se conocían desde pequeños, se habían vuelto a ver y habían acabado juntos.

Con lo que no había contado era con que Alison fuera virgen.

Debería haber parado. Pero, incluso mientras trataba de evaluar las repercusiones de la inocencia de ella, su cuerpo se había negado a obedecerle.

Y ahora ahí estaba, tumbado al lado de Alison sin saber qué demonios decirle.

¿Debía pedirle disculpas? ¿Darle una explicación? Alison le había dicho que no tenía importancia, pero la tenía para él. Nunca había sido el primer amante de una mujer, había evitado esa intimidad intencionadamente. ¿Y qué iba a hacer respecto al plan de sugerirle que se casara con él? Porque la situación podía complicar las cosas.

Le dio un vuelco el corazón al sentirla moverse a su lado. Alison no había dicho nada, debía estar tan sorprendida como él por la intensidad de lo que acababan de compartir.

Alison se sentó en la cama, de espaldas a él. Pero cuando fue a levantarse, él la agarró por la cadera, impidiéndoselo.

–¿Adónde vas? –preguntó Dominic, contento de que la voz no le hubiera temblado a pesar de que la emoción le cerraba la garganta.

Alison volvió la cabeza y lo miró.

–Espero que no te importe que me ponga tu chándal para ir a mi casa. Te lo devolveré mañana. «¿Qué?»

–No vas a ir a ninguna parte esta noche, Allycat –dijo él rodeándole la cintura con un brazo.

Ella giró el cuerpo y lo miró con expresión confusa.

–¿Por qué... por qué no?

¡Vaya! Alison era más inocente de lo que había imaginado.

Dominic le besó el hombro.

–Porque te he dejado agotada. Y porque no ha parado de llover –no eran los motivos por los que no iba a permitir que se fuera, pero no iba a decir mucho más hasta no tener tiempo de calmarse y pensar con tranquilidad.

Quizá la virginidad de Alison no hubiera sido un inconveniente. Así, al menos, era poco probable que fotografiaran a su esposa besando a otros hombres. Y quizá la pérdida de control que había experimentado al hacer el amor con ella solo hubiera sido un accidente. Alison le había causado cierta desazón desde el momento en el que había aparecido en su casa. Se habían conocido años atrás, ella sabía más de él que ninguna de las mujeres con las que había tenido relaciones. Además, habían pasado seis semanas desde la última vez que se había acostado con una mujer.

–¿No me habías dicho que ibas a pedir un taxi para que me llevara a casa? –dijo ella.

¿Por qué se le había ocurrido sugerir semejante estupidez?

–Alison –Dominic se incorporó en la cama hasta sentarse detrás de ella, con las piernas a ambos lados del cuerpo de Alison. Después, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la barbilla en el hombro de ella–, no es necesario que te vayas. Quiero que te quedes.

Volvió a desearla, su miembro, pegado a las nalgas de ella, se endureció.

Ella se puso tensa ligeramente.

–Creo que... estoy un poco dolorida. Me parece que no quiero volver a hacerlo esta noche.

Dominic no sabía si reír o gruñir.

–No te preocupes por lo que me está pasando, no puedo controlar la reacción de mi cuerpo. Y te aseguro que no tengo intención de volverte a tocar esta noche.

Dominic se levantó de la cama y se puso los pantalones del chándal que había llevado ella. Después, agarró un albornoz que colgaba del gancho de la puerta y se lo dio a Alison y esta se lo puso.

Estaba demasiado oscuro para poder ver la expresión de ella con claridad, pero sintió su incertidumbre y su vergüenza. De repente, las palpitaciones de su miembro no le preocuparon tanto como las que sintió en su corazón.

Alison era dulce, adorable y sincera, todo lo contrario a lo que buscaba en sus ligues. Natural, dado que Alison no era un ligue, y esperaba que, al día siguiente, accediera a ser algo mucho más que eso. Y, para lo que él quería, la inocencia de ella podría resultar una gran ventaja.

Pero hasta no elaborar su plan al detalle, no tenía intención de dejarla salir de su casa. Y en lo que a esa noche se refería, lo mejor sería que ambos durmieran en camas diferentes; de lo contrario, le resultaría muy difícil cumplir la promesa de no volver a tocarla.

–¿Tienes hambre? –preguntó Dominic.

–No, lo que estoy es cansada –contestó Alison sacudiendo la cabeza.

–En ese caso, ven conmigo –dijo Dominic tratando de ignorar la punzada de ternura que había sentido al verla titubear antes de aceptar su mano.

Dominic la sacó de la habitación y la llevó al estudio.

–Hay otro dormitorio con baño en este piso –dijo él, mientras recorrían el pasillo y cruzaban un vestíbulo antes de abrir la puerta de uno de los seis dormitorios de la casa.

Dominic se apoyó en el marco de la puerta mientras ella se adentraba en la habitación.

–Acuéstate y descansa. Te veré mañana –una vez que hubiera esbozado su plan y supiera cómo llevarlo a cabo.

Alison se detuvo en medio del cuarto, parecía una niña perdida.

–Pero... he dejado mi bicicleta afuera.

–Yo la meteré dentro –respondió él conteniendo una carcajada.

–Bien, gracias... por todo –murmuró ella, sonrojándose.

¡Maldición! Alison era realmente adorable. Se acercó a ella, le agarró las solapas del albornoz, tiró de ella hacia sí y le dio un beso en la frente.

–Bonne nuit, Allycat.

Hablarían al día siguiente. Esa noche necesitaban estar separados. La atracción entre ambos no tenía por qué ser una desventaja; de hecho, podría ser lo contrario, y no solo desde el punto de vista de los negocios.

Pero lo primero que tenía que hacer era asegurarse de que la inocencia de ella no hubiera originado complicaciones que escaparan a su control.

Capítulo 5

LA LUZ del amanecer se filtraba por las contraventanas de la ventana del mirador cuando Ally se despertó. Apoyándose en un codo, se incorporó. Le llevó unos momentos darse cuenta de dónde estaba.

Fue entonces cuando su mente evocó las imágenes, los olores y los sonidos de la noche anterior.

Y pensó en lo confusa que se había sentido después, al acostarse.

Bajó los pies de la cama, y se envolvió con la sábana, consciente de todos las partes del cuerpo que Dominic había acariciado con habilidad y eficiencia la noche anterior. Sus pechos, sus labios, su sexo...

No había imaginado ni por un momento lo que la esperaba. No había anticipado hasta qué punto iba a sentir placer ni el nivel de intimidad al que se podía llegar. ¿Cómo había sabido Dominic cómo y dónde tocarla? ¿Era eso lo que su madre siempre había anhelado, esa unión puramente física? ¿Era por eso por lo que su madre se había dejado manipular por tantos hombres, después de que Pierre se deshiciera de ella?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, a pesar de que la calefacción de la casa proporcionaba una temperatura ambiente perfecta.

De repente, se preguntó cómo era posible que Dominic no perdiera el control la noche anterior y ella sí. Le temblaban las piernas mientras cruzaba la estancia y se ponía el albornoz que Dominic le había dado y que olía a él. Lo olfateó y se sintió ridícula.

Tenía que marcharse. Debería haberlo hecho la noche anterior. Verle ahora, por la mañana, iba a resultarles incómodo a ambos. Sobre todo, teniendo en cuenta que, al acostarse con él, no le había advertido que era virgen.

Todavía era temprano, pensó mirando por la ventana. Debían ser alrededor de las seis, o algo menos.

Tenía tiempo de darse una ducha rápida, ir a por su ropa, buscar su bicicleta y salir de allí.

Pero al entrar en el cuarto de baño, vio su imagen reflejada en el espejo, en la pared opuesta a la ducha... Y se quedó sin respiración.

Tenía un aspecto diferente. Se veía diferente. Tenía el cabello revuelto y la piel sonrojada en todos los sitios en los que la barba incipiente de él la había acariciado.

Una profunda emoción la embargó.

«No tiene importancia. No tiene importancia. No hagas una montaña de un grano de arena».

Sintió un nudo en la boca del estómago.

«Ni se te ocurra echarte a llorar».

Después de una ducha rápida, se peinó con los dedos y se miró fijamente al espejo. Hundió un dedo en su mejilla, escocida por la barba de él.

Lo de la noche anterior había sido una experiencia de la que se negaba a arrepentirse. Pero era agua pasada, la luz del amanecer de marzo después de la tormenta era un signo de que debía volver a su vida normal.

Fue de puntillas hasta el estudio y agarró el sujetador del suelo. Ahora, lo único que le faltaba era el resto de la ropa que había dejado en la habitación donde habían hecho el amor.

La puerta estaba entreabierta. Respiró hondo, se asomó por la rendija y encontró el dormitorio vacío, la cama revuelta.

Su mente evocó la imagen del magnífico pecho de Dominic bañado por la luz de la luna. Al instante, el sexo le palpitó.

Ally sacudió la cabeza en un intento por deshacerse de esos pensamientos.

Encontró la ropa donde la había dejado, colgando del radiador en el cuarto de baño. Se quitó el albornoz y se vistió con su ropa.

Desgraciadamente, al salir del cuarto de baño, sus ojos se clavaron en la cama. Deseo y sentimiento de culpa se mezclaron, el corazón se le encogió al ver unas manchas de sangre encima de la sábana, la prueba de su ingenuidad.

¿En serio había pensado que podía acostarse con Dominic, su primer amante, y no sufrir?

No obstante, a pesar de reconocer el estado emocional en el que se encontraba, se negaba a arrepentirse de lo que había hecho. ¿Cuántas mujeres podían decir que habían tenido su primera relación sexual con el amor de su niñez y, además, tres orgasmos increíbles?

Dominic había sido un regalo. Un regalo que se tenía bien merecido después de la vida tan dura que había llevado a partir de aquel verano en Francia. Un regalo merecido tras años de ver a su madre adicta a analgésicos y a hombres que la trataban sin ningún respeto ni consideración. Su madre se había convertido en una sombra de lo que había sido aquel verano, una hermosa mujer a la que Pierre LeGrand había amado.

Resultaba irónico que el hijo de Pierre hubiera sido quien la había desvirgado, aunque no tenía por qué significar nada.

Había recibido una noche de placer sexual espectacular, pero eso era algo que no podía durar. Eso era algo que había descubierto al ver a su madre hundirse en la desesperación. No se debía confundir el sexo con el amor.

La felicidad de una persona no podía, no debía, depender del capricho de otros. Esa era una lección que había aprendido doce años atrás: el amor podía destruir, la supervivencia dependía de uno mismo.

El anhelo que sentía, la tristeza que le provocaba saber que lo de la pasada noche no iba a repetirse, era algo puramente físico.

Dominic era guapo, fuerte, viril y un amante experto. Pero ya habían pasado los días en los que ella había creído en el amor. No podía permitir que lo que había ocurrido la noche anterior tuviera repercusiones de largo alcance en su vida.

Además, no iba a volverle a ver... si se marchaba ya de esa casa.

Cuando estuviera una vez más montada en su bicicleta repartiendo pizzas o documentos, y quizá algún que otro anillo de compromiso, recordaría lo de la noche anterior como un maravilloso sueño. Nada más.

Cubrió las manchas de sangre con la otra sábana y se sentó en la cama para ponerse los zapatos que aún estaban húmedos. Después, salió de la habitación.

No oyó ningún ruido en el piso de abajo.

Bajó las escaleras a toda prisa y se adentró en un pasillo que conducía a la parte posterior de la casa.

Vio su bicicleta al lado de la puerta trasera y el pecho se le contrajo.

«No pasa nada, tranquila. Lo mejor que puedes hacer es marcharte sin verle. Es lo mejor para los dos».

Pero al pasar por delante de la puerta de la cocina, sonó una ronca voz.

–Buenos días, Alison. ¿Has dormido bien?

¡Maldición!

Dominic estaba sentado en uno de los taburetes a lo largo de una barra para desayunar. La cocina era enorme, con electrodomésticos último modelo, todo acero y cristal, en contraste con la majestuosidad del estilo georgiano del resto de la casa.

Pero no era la decoración de la cocina lo que llamó su atención.

Su amante presentaba el aspecto del perfecto hombre de negocios de éxito. Iba vestido con traje, zapatos relucientes e impecable camisa blanca con gemelos de oro cerrándole los puños. También notó el hoyuelo de la barbilla de Dominic, que se le había escapado la noche anterior debido a la barba incipiente.

«Su amante».

Esas dos palabras repiquetearon en su pecho. Pero no, Dominic no era su amante, solo un hombre con el que había compartido una noche gloriosa.

–¿Cómo te encuentras?

–Bien, gracias –respondió ella con una voz parecida a un graznido.

«Estupendo, Ally. Esta situación no puede ser más incómoda».

–Me iba a marchar ya.

–Sí, ya lo he visto.

La burlona sonrisa de él no ayudó a que se tranquilizara. Le costaba respirar.

–Ven aquí, tenemos que hablar –añadió Dominic haciendo un gesto con la mano para que se acercara. Su respiración se tornó más trabajosa. ¿De qué querría hablar Dominic?

Ally se adentró en la cocina, sus zapatos repiqueteando en el suelo de pizarra. El corazón palpitándole con fuerza.

–Siéntate –dijo él dando una palmada en el taburete contiguo al que ocupaba.

Ally obedeció y notó los ojos de él clavándose en la pierna con la venda. La subida de adrenalina y el ardor en la entrepierna la pusieron aún más nerviosa.

–¿Qué tal la herida?

–Muy bien. Escucha, no tengo tiempo para...

–Voy a hacerte una proposición –la interrumpió él al tiempo que ponía la mano encima de unos papeles al lado de su taza de café. Entonces empujó los papeles hacia ella–. Creo que podría resultarte sumamente interesante.

–¿Una proposición? –repitió ella, confusa.

Esos papeles parecían documentos. ¿Iba Dominic a denunciarla por algo? Pero... ¿por qué?

–Sí, una proposición –Dominic le puso un dedo debajo de la barbilla y la obligó a alzar el rostro y mirarlo a los ojos–. No te asustes, Allycat. No es nada malo, sino todo lo contrario.

–¿Qué es lo que quieres proponerme? –preguntó ella.

–¿No lo has adivinado todavía? –además de humor, advirtió una nota de cinismo en la voz de él, lo que la entristecía. Pero no por él, como la noche anterior, sino por sí misma. Al parecer, debía ser muy ingenua.

–No –respondió ella, porque no tenía ni idea de a qué se refería Dominic y no tenía sentido disimularlo, por mucho que quisiera adivinarlo.

–Necesito una esposa. Tú serías la esposa perfecta. –¿Una... qué? ¿Has dicho una esposa?

No era posible, no debía haber oído bien.

–Sí, tal y como te expliqué ayer. ¿No te acuerdas de lo que te dije respecto a construir en ese terreno en Brooklyn y de que el negocio se me va a escapar de las manos ni no consigo convencer al grupo de hombres conservadores de que mi vida privada es... estable?

Dominic respiró hondo y se encogió de hombros antes de continuar:

–Por eso era por lo que iba a casarme con Mira, pero casarme con ella habría acarreado otros problemas. Además, fingir estar enamorado de ella cuando apenas la soportaba iba a resultarme más que difícil, por no decir imposible. Sin embargo, contigo...

Dominic paseó la mirada por todo su cuerpo. Un incipiente deseo se concentró en un punto de su entrepierna.

–Yo... no sé qué decir –respondió Ally con absoluta sinceridad.

Aún no había logrado salir de su asombro. En realidad, debería sentirse horrorizada. Dominic le estaba proponiendo matrimonio, pero como un asunto de negocios exclusivamente.

Sin embargo, ella ya no era una romántica, y sabía que Dominic era un hombre profundamente cínico. –Supongo que necesito que me des más detalles –dijo Ally, tratando de calmarse, tratando de acallar los latidos de su corazón.

–Chica lista –Dominic la miró con deseo, pero su tono de voz era pragmático–. Necesito que firmes un contrato prematrimonial en virtud del cual te comprometes a no revelar nada respecto a las bases de nuestro matrimonio y también a que seguirás casada conmigo durante el tiempo que yo considere necesario. Después, nos divorciaremos. Supongo que no necesitaremos estar casados más de dos o tres meses, seis a los sumo. A cambio, yo te ofreceré una generosa compensación económica.

–No quiero tu dinero –declaró ella, sintiendo el orgullo herido.

–¿Por qué no? Es evidente que no te vendría nada mal.

–Porque haría que me sintiera como si... como si me estuviera prostituyendo –respondió Ally, por fin dándose cuenta del horror de la propuesta.

¿Acaso el padre de Dominic no había comprado a su madre aquel verano? Monica Jones había sido la amante de Pierre LeGrand. Quizá ella, a los trece años, había sido lo suficientemente inocente para pensar que la relación de ambos era una relación amorosa, pero se negaba a venderse y mucho menos después de ver lo que le había ocurrido a su madre.

–¿Por qué haría que te sintieras como si te estuvieras prostituyendo?

–Dominic parecía realmente confuso.

–Pues porque... porque seguiríamos acostándonos juntos, ¿no?

Dominic lanzó una carcajada y alzó la mano para acariciarle la mejilla. Entonces, la miró con un intenso deseo.

–Eso espero. Sí.

Ally le agarró la mano, se la apartó de la cara e hizo un ímprobo esfuerzo para contener el deseo que le humedecía las bragas.

–Ahí lo tienes, por eso precisamente –insistió ella, sin comprender por qué, de repente, estaba desilusionada–. Me niego a convertirme en la amante de un hombre, no quiero que me pase como a mi madre. Sé que se engañó a sí misma al creer que Pierre estaba enamorado de ella, se vino abajo cuando él nos echó. Yo no quiero que me pase lo mismo, ni contigo ni con nadie. Es humillante.

Dominic miró fijamente el sonrojado rostro y la recelosa expresión de la mujer que tenía delante y le pareció aún más hermosa.

Y también le dieron ganas de dar un puñetazo en la pared.

¿Cómo podía haberse mostrado tan torpe en la negociación con ella? Era un hombre de negocios, un profesional, sabía cómo conseguir lo que quería.

La noche anterior, después de poner en orden sus ideas, había llamado a sus abogados para que redactaran un contrato. Sin embargo, sus sentimientos se habían abierto paso en el proceso, quizá por eso había cometido errores de principiante.

No podía correr el riesgo de que Alison se marchara sin firmar el contrato. Disponía de muy poco tiempo y ella sería la esposa perfecta. Alison era inteligente, tenía sentido común y era realista. Al contrario que Mira, Alison vivía en el mundo real y, tal y como había dicho, a pesar de su inexperiencia no era una romántica. Y él seguía deseándola, incluso con esa indumentaria vieja y manchada de barro. No necesitaba que le empujaran para sentarla encima del mostrador y seguir donde lo habían dejado la noche anterior. De hecho, tan pronto como la había visto, a punto de marcharse, había considerado la posibilidad de seducirla y así convencerla de que se casara con él. El único motivo por el que no lo había hecho era porque sabía que Alison aún debía estar dolorida y él no sabía si podría controlarse e ir despacio y con cuidado.

Por otra parte, estaba el hecho de la virginidad de Alison. Tras pensar en ello detenidamente, se había dado cuenta de que sería una enorme ventaja, no una complicación.

Uno de los mayores problemas en relación a casarse con Mira había sido lo difícil que le habría resultado convencer a la gente de su amor por ella. Acompañar a Ally en el descubrimiento de los límites de su propio placer era un proyecto que le entusiasmaba. No iba a costarle ningún esfuerzo fingir estar enamorado de ella. Al fin y al cabo, frecuentemente se confundía el amor con la pasión.

Sabía que Alison y él podrían pasarlo muy bien juntos. A juzgar por la noche anterior, lo pasarían mejor que bien.

Pero no podía volver a seducirla hasta que ella no aceptara la propuesta. Y acababa de darse cuenta de que el gran obstáculo era lo que había ocurrido entre el cerdo de su padre y la dulce, pero irremediabilmente vulnerable, madre de Alison. Debería haberlo previsto.

Por suerte, tenía la cabeza sobre los hombros.

–Te equivocas, Alison, yo no te pagaría por acostarte conmigo. Y, por supuesto, tú no tendrías la obligación de hacerlo. Es solo que me gustaría que quisieras acostarte conmigo, eso es todo. Después de lo de anoche, es evidente que nos gustamos, que existe una atracción entre ambos. Pero si eso te hiciera sentirte menospreciada, no se me ocurriría insistir.

Dominic sonrió, decidido a tranquilizar los escrúpulos de ella.

–Por supuesto, ni se me ocurriría obligarte a hacer algo en contra de tu voluntad –eso debía dejarlo sumamente claro–. En cuanto al acuerdo del divorcio... –Dominic plantó la mano encima de los papales que sus abogados habían preparado durante toda la noche–. Lo que te ofrezco es una generosa mensualidad y todos los gastos pagados durante el tiempo que dure nuestro matrimonio; además, te pagaría un millón de libras esterlinas como compensación por tu tiempo y por haber accedido a comportarte como mi devota esposa... en público. Lo que hagamos en privado dependerá exclusivamente de ti.

–¡Un millón de libras! –exclamó ella enrojeciendo visiblemente–. ¿Lo dices en serio?

Dominic vio que tenía ventaja en la negociación. Normal. Alison era muy inocente. Nunca había tenido un amante y, a juzgar por cómo se le habían erguido los pezones, visibles a través de la camiseta de algodón, no era más inmune a sus encantos que él a los de ella. Además, el dinero le vendría muy bien.

–Quiero que te cases conmigo, Alison –declaró él, mientras ella trataba de cerrar la boca–. Nos beneficiaría a ambos enormemente. Yo viajo mucho y, si lo de Brooklyn prosperase... –cosa que ocurriría con esa mujer a su lado, porque su honestidad e integridad eran patentes–. En fin, pasaría la mayor parte del tiempo en Manhattan. Sin embargo, supongo que tú querrías seguir con tus clases en la universidad, ¿no? Así que no te

quitaría demasiado tiempo. Solo tendrías que acompañarme a ese tipo de eventos a las que se supone que tendría que ir con mi esposa.

Había pensado en todo. La relación se ajustaría a sus necesidades. Vivirían separados la mayor parte del tiempo. Él pasaría grandes temporadas en Manhattan, después de aprobarse el trato, y ella seguiría atendiendo a sus clases en la universidad. No quería que el matrimonio causara estragos en la vida de ella. Además, en caso de que él se aburriera de ella, por improbable que eso fuera, no tendrían por qué pasar mucho tiempo juntos.

–Por supuesto, tendríamos que elaborar una historia.

–¿Una historia? ¿Qué historia? –preguntó Alison.

–La historia respecto a nuestra relación –respondió Dominic–. Lo mejor sería ajustarnos todo lo posible a la realidad. Mi publicista daría un comunicado de prensa explicando que nos conocemos desde hace años y que nos hemos vuelto a encontrar al venir tú a mi casa a hacer un reparto durante la estancia de Mira en Klosters. Diríamos que rompí el compromiso con Mira al darme cuenta de que estaba enamorado de ti.

–¿Y crees que se van a creer eso? –preguntó ella–. Has roto con Mira ayer.

–Me da igual que se lo crean o no. Lo único que importa es que el consorcio Jedah crea que nuestro matrimonio es un matrimonio de verdad, por amor. Y lo creerán cuando nos vean juntos... dentro de una semana en Nueva York.

Si ella aceptaba su proposición.

Cosa que Alison no había hecho todavía. Desgraciadamente, él no disponía de tiempo, tenía que tomar el Eurostar para París en dos horas para una reunión importante. Al día siguiente iba a viajar a Roma, donde pasaría unos días más. Y de allí iba a ir a Nueva York para concluir las negociaciones del terreno de Brooklyn. Y para entonces, si quería que las negociaciones fueran bien, debía estar casado.

Esperó a que ella dijera algo, pero Alison se limitó a mirarlo.

–¿Alguna pregunta?

Alison asintió y él se tranquilizó.

–¿Tengo tiempo para pensarlo?

–Desgraciadamente, necesito que me des una respuesta ya –respondió Dominic, y se miró el reloj de pulsera–. Tengo que tomar un tren

dentro de una hora y cuarenta y ocho minutos. Si quieres, puedes tomarte el tiempo necesario para leer los términos del contrato y negociar los cambios que quieras hacer con Selene, mi secretaria, antes de firmar. Si quieres más dinero, puedo ser flexi...

–No quiero más dinero –lo interrumpió ella, parecía horrorizada–. ¿Estás loco?

Dominic lanzó una carcajada.

–No soy una total mercenaria –añadió ella.

–De acuerdo, entendido –respondió Dominic, pensando que Alison no le parecía una mercenaria en absoluto. De haberlo querido, podría haberle convencido fácilmente de pagarle dos millones de libras en vez de uno.

Las palpitaciones de su erección le obligaron a admitir que su entusiasmo no se debía solo a que ella pareciera a punto de aceptar el trato. Alison era preciosa.

–Ven aquí, ma belle –dijo Dominic tirando de ella hasta colocarla en el semicírculo de sus piernas.

Puso los dedos en la barbilla de Alison y le alzó el rostro, obligándola a mirarlo. Y sonrió al ver deseo en la expresión de ella.

–Quiero realmente que seas mi esposa, Alison. Y estoy dispuesto a admitir que el motivo por el que te he propuesto matrimonio no es exclusivamente un asunto de negocios... ni tampoco estrictamente honorable. No obstante, creo que este trato nos beneficiaría a ambos económicamente. Tú me harías un gran favor y yo estoy dispuesto a compensarte económicamente por tu tiempo, es así de sencillo. Pero este matrimonio podría ser también divertido, a juzgar por lo bien que lo pasamos anoche.

Dominic apartó la mano y se bajó del taburete. Entonces, la sujetó por los hombros y le dio un beso en la frente. No quería forzarla. Si Alison aceptaba su propuesta, habría tiempo suficiente para dar rienda suelta a su mutua atracción.

–Dispones de veinticuatro horas para leer los documentos, pero necesito que me digas ya si aceptas o no –dijo Dominic–. ¿Qué dices, Alison? ¿Aceptas casarte conmigo?

Era un error. Lo sabía. Era un error casarse por conveniencia, era una equivocación convertir un matrimonio en un asunto de negocios y también

lo era casarse por dinero. Al margen de lo que Dominic dijera, ella sabía que, básicamente, se estaba vendiendo a sí misma.

Quizá no se tratara de vender su cuerpo, eso era verdad. Estaba convencida de que Dominic no la forzaría si ella le decía que no quería tener relaciones sexuales con él, pero ambos eran conscientes de que eso era imposible después de lo maravillosamente bien que la había hecho sentirse.

También sabía que Dominic tenía razón respecto a la relación de su padre con la madre de ella. Lo suyo no era lo mismo, eso sí podía verlo. De hecho, era completamente lo opuesto: Dominic le estaba ofreciendo un matrimonio y seguridad económica sin fingir estar enamorado de ella, mientras que el padre de él lo único que había ofrecido a su madre era un amor fingido.

Y esa era la auténtica tentación, pensó Ally, la oferta de seguridad. No quería un millón de libras, y se lo diría a la secretaria de Dominic al revisar con ella los términos del contrato; al margen de lo que Dominic dijera, sabía que su tiempo no valía ese dinero, eso era absurdo. Sin embargo, la oportunidad de vivir en esa hermosa casa, de tener los gastos pagados durante unos meses, de no tener que preocuparse de las facturas y los recibos... Poder dedicar su tiempo y energía a los estudios y diseñar las colecciones que quería diseñar... Y viajar a lugares como Nueva York y París, lugares que siempre había querido visitar...

Esa era la verdadera tentación.

Además, estaba la parte de cuento de hadas que tenía ir a fiestas con él. Sí, eso también era una auténtica tentación. Porque Dominic la fascinaba. Siempre la había fascinado. Quería averiguar cómo se había convertido en un hombre de tanto éxito, qué era lo que le había impulsado a ello.

«Y no olvidemos el sexo».

Seis meses acostándose con Dominic LeGrand no era poca cosa. Había tardado veinticinco años en saber lo que era el sexo. Y quería más. Quería saberlo todo, descubrirlo todo. Y no podía pensar en mejor maestro que Dominic.

¿Tan desacertado sería aceptar todo eso?

Siempre y cuando no perdiera la cabeza y no olvidara que se trataba de un acuerdo de poca duración, con fecha de caducidad, todo iría bien.

Dominic le estaba ofreciendo la posibilidad de cambiar su vida. ¿Por qué no aceptarlo?

¿No se merecía esa oportunidad, después de todo por lo que había tenido que pasar? Además, ella lo ayudaría a expandir su negocio. Y quería hacerlo, aunque solo fuera a modo de agradecimiento por haberla hecho sentirse especial e importante aquel verano en Francia años atrás.

El sonido del timbre la sobresaltó, sacándola de su ensimismamiento, interrumpiendo sus deliberaciones mientras trataba de tomar una decisión.

—Debe ser el coche que me va a llevar a la estación, a St. Pancras International —dijo Dominic—. Siento meterte prisa, pero necesito tu respuesta ya, Allycat.

Dominic había empleado un tono indiferente, pero ella había visto cómo apretaba la mandíbula y veía claramente tensión en su expresión. Dominic quería que respondiera que sí, que aceptaba. Y ella también lo quería.

—Está bien, acepto. Casémonos.

Vio alivio en el rostro de él, como si hubiera dudado de lo que ella iba a responderle.

—Fantastique —murmuró Dominic con una amplia sonrisa.

Y Ally pensó que, probablemente, era la primera sonrisa sincera y natural que había visto en el rostro de él. Y una enorme alegría se apoderó de ella.

«No es un matrimonio de verdad, Ally. Es una farsa. Por favor, no te hagas ilusiones».

Dominic se sacó un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta y anotó algo en uno de los papeles encima del mostrador bar de la cocina.

—Este es el número de teléfono de Selene, mi secretaria. Ella te ayudará a trasladar tus cosas a esta casa mientras yo estoy de viaje. Quiero que dejes tu trabajo de mensajería inmediatamente.

—¿Que lo deje? —preguntó ella sin pensar.

La sonrisa de Dominic se agrandó. Entonces, él le puso el dedo pulgar en la barbilla y la besó en la boca. —Sí, mi cielo. No quiero que mi esposa arriesgue su vida por las calles de Londres antes de que nos dé tiempo a consumir nuestro matrimonio.

«¿Mi esposa? ¿Consumar? ¡Cielos!»

Dominic apartó los labios de los de ella antes de que le diera tiempo a asimilar lo que le había dicho.

–Y otra cosa, una vez que firmes el contrato, Selene hablará con mis abogados y también con el publicista para preparar el comunicado de prensa. Nos casaremos tan pronto como llegues a Nueva York – Dominic se interrumpió y la miró de pies a cabeza–. Selene también puede organizar que alguien te ayude a comprar la ropa adecuada. Por irresistible que me parezca tu atuendo en este momento, me temo que no va a ser el apropiado para los eventos a los que tendrás que asistir... como mi esposa.

Ally no necesitaba ninguna estilista, podía diseñar su propia ropa; al fin y al cabo, quería ser diseñadora de moda. Pero antes de darle tiempo a comentarlo, Dominic se sacó del bolsillo de los pantalones la caja con el anillo que ella había llevado a su casa el día anterior por la tarde. Cuando Dominic abrió la caja y ella vio el anillo se quedó sin respiración.

El timbre volvió a sonar.

–¡Arrêtes! –gritó él para que su chófer le oyera.

–Como no tengo anillo de compromiso para darte, te doy este para sellar nuestro trato.

Ella asintió.

Dominic le agarró una mano y le puso el anillo.

–¿Es de tu tamaño? –preguntó él, alterado.

Pero no tan alterado como ella se sentía. La situación, en realidad, era completamente surrealista.

–Sí, gracias. Es un anillo precioso –dijo Ally mirándolo directamente a los ojos.

La sonrisa de él la deslumbró.

–No tan precioso como tú, ma belle –murmuró él. Y el timbre volvió a sonar–. Bueno, hasta Nueva York, dentro de una semana.

Dominic le besó la temblorosa mano y añadió:

–Hasta entonces, madame LeGrand.

Ally soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones mientras le veía salir de la cocina en dirección al coche que lo esperaba.

Capítulo 6

VOY A CASARME con Dominic LeGrand».

Ally repitió esas palabras mentalmente mientras contemplaba el anillo trenzado de platino y oro que Dominic le había dado hacía una semana. Aún le costaba creer lo que le estaba pasando, no hacía más que pensar en todo lo que le había ocurrido durante la última semana.

Miró por la ventanilla del avión privado mientras sobrevolaba Brooklyn, preparándose para aterrizar en el aeropuerto JFK.

Desgraciadamente, la vista de la ciudad que siempre había querido visitar no disminuyó el hormigueo que sentía en el vientre, el hormigueo que no la había abandonado desde que Dominic LeGrand le propusiera matrimonio.

Un hormigueo que se había intensificado exponencialmente al trasladarse a la casa de Dominic ese mismo día, el día de la propuesta de matrimonio. No le había costado mucho llevar allí sus escasas pertenencias, ridículas en tan amplio y lujoso entorno.

Ally había firmado el contrato prematrimonial al día siguiente, después de negociar con una eficiente y extraordinariamente amistosa secretaria, Selene Hartley, que no había objetado a rebajar la suma de un millón de libras en compensación por sus servicios. Dado que la primera mensualidad de Dominic había cancelado todas sus deudas y había sido suficiente para pagar las tasas de la universidad por todo el año, le parecía más que justo.

El resto de la semana lo había empleado en acostumbrarse a ese nuevo ambiente. Lo que no le había resultado fácil, teniendo en cuenta que la casa contaba con seis dormitorios y una máquina de hacer café que solo un ingeniero podía manejar. También había empleado el tiempo en el diseño y confección de un guardarropa digno de una reina, o digno de la esposa de Dominic LeGrand. Como esa semana habían estado de

vacaciones en la universidad por ser Semana Santa, ella había dedicado todo el tiempo a trabajar en su colección. Incluso había montado su taller en una de las habitaciones para huéspedes con la ayuda de Charlotte, el ama de llaves de Dominic. Y después de hacerse con unas telas extraordinarias que había comprado con el dinero que le había sobrado de su mensualidad, había pasado los días enteros dibujando y cosiendo.

También había encontrado tiempo para ir al médico para que le recetaran la píldora anticonceptiva y, además, Selene había organizado unas cuantas visitas a salones de belleza. Durante los últimos siete días le habían hidratado la piel en lugares que ni siquiera había sabido que existían.

El avión descendió a primeras horas de la tarde. Sus dedos, con las uñas cortadas a la perfección y pintadas, se aferraron a los brazos del asiento.

En vez de detenerse en la terminal de pasajeros, el avión se dirigió a un hangar privado al final de la pista, un hangar parecido al que la habían llevado en limusina en Heathrow.

Se pasó las manos por la chaqueta del traje, de seda, que había terminado de confeccionar la noche anterior, adecuado para su nuevo trabajo.

El trabajo de ser la esposa de Dominic LeGrand.

Porque era un trabajo. Un trabajo bien pagado. No debía olvidarlo.

Pero mientras esperaba a que le dieran permiso para desabrocharse el cinturón de seguridad y salir del avión, el hormigueo en el estómago se intensificó.

—¿Madame LeGrand? —la azafata le sonrió.

—¿Sí? —graznó Ally.

—¿Está lista para desembarcar?

«No, en absoluto».

Mientras un ataque de pánico le cerraba la garganta, se obligó a soltarse de los brazos del asiento.

—La policía ya ha revisado sus documentos y el señor LeGrand la espera —añadió la azafata, indicándole la puerta de salida del avión.

Ally se puso en pie.

–Sí, claro. Gracias –dijo Ally desabrochándose el cinturón de seguridad.

Después de alisarse la falda del traje de seda azul, se dirigió a la puerta de salida del avión. Mientras bajaba la escalerilla vio a Dominic, con el móvil en la mano, escribiendo un mensaje con los pulgares. Le acompañaba un hombre que debía ser el funcionario que, como Selene le había explicado, iba a preparar la licencia matrimonial tan pronto como ella aterrizara. La ceremonia sería al día siguiente, tras la cual les darían el certificado de matrimonio. Según las leyes en Nueva York, tenían que pasar veinticuatro horas desde la aprobación de la licencia de matrimonio hasta que les otorgaran el certificado de matrimonio.

Pero no eran esas formalidades las que hacían que le temblaran las piernas, sino la extraordinaria presencia de Dominic.

«Va a ser tu marido. Increíble».

Al pisar el asfalto, Dominic dejó de teclear. Entonces, clavó sus ojos color chocolate en ella y Ally se quedó sin respiración.

–Bonjour, Alison. ¿Qué tal el vuelo?

–Estupendo.

De repente, al acercarse, Ally se dio cuenta de lo alto que Dominic era, debía medir un metro noventa por lo menos. Por suerte, se había comprado unos cuantos pares de zapatos con tacones. Aunque no era baja, había alcanzado la estatura de un metro setenta a la edad de quince años.

Se obligó a no dar un paso atrás, pero no pudo ocultar el estremecimiento de placer que sintió cuando Dominic le tomó la mano y se la besó.

–Estás guapísima –dijo él con una chispa de deseo en los ojos.

–Gracias.

Dominic le presentó al hombre que le acompañaba. El joven con calvicie incipiente era un funcionario de Nueva York e, inmediatamente, verificó su identidad. Después de firmar los papeles, extendió la licencia matrimonial y explicó que, al día siguiente, iría a casa de Dominic para la ceremonia, después de la cual les entregarían el certificado de matrimonio.

–Bon –murmuró Dominic después de que el funcionario se despidiera y se marchara–. Solo un día más para tener todos los papeles en regla.

De repente, la mirada a la que Dominic la estaba sometiendo hizo que se sintiera desnuda; y, en realidad, eso era casi verdad. ¿Por qué demonios se le había ocurrido llevar solo el sujetador debajo de la chaqueta?

–¿Por qué tienes esa cara de susto, mi querida casi esposa? Prometo no hacerte nada hasta que no estemos en un lugar que nos permita más intimidad.

Casi sin respiración, Ally logró lanzar una carcajada.

–Gracias. No me gustaría que me arrestaran a los diez segundos de poner los pies en Estados Unidos.

Ambos se echaron a reír.

Dominic se abrochó el cinturón de seguridad y se alegró de estar atado ya que la chaqueta de Alison se abrió ligeramente y le permitió ver un poco de encaje color morado.

Alison estaba realmente preciosa con ese exquisito traje de seda azul que ceñía su esbelto cuerpo. En lo único en lo que podía pensar era en llevarla a casa lo antes posible.

Alta y delgada, el traje de exquisita confección la hacía parecer atlética y, al mismo tiempo, extraordinariamente femenina. Su rostro, de piel blanca y ojos color whisky, la hacían irresistible.

Quería desabrocharle el único botón de la chaqueta del traje, agarrarle los pechos con ambas manos y besarla hasta la saciedad.

El deseo de llevarla a la cama lo antes posible era tan fuerte que, en realidad, podría acabar siendo un problema.

No le gustaba doblegarse a sus deseos. Por mucho que le gustara el sexo, nunca antes había tenido problemas a la hora de controlar el deseo sexual. Pero ahora... Hacerse adicto a Alison no era parte del trato.

«Deja de mirarla y habla con ella».

Dominic apartó los ojos del escote de Alison en el momento en que el coche salió del aeropuerto y tomó la autovía. Ella tenía la nariz pegada a la ventanilla, parecía una niña maravillada por todo lo que veía.

–¿Es la primera vez que vienes a Estados Unidos? –preguntó él.

Alison volvió la cabeza.

–Aparte de ir a Provenza ese verano, no he salido nunca del país. Pero tenía muchas ganas de venir aquí. Es como un sueño.

El inocente entusiasmo de ella, su naturalidad, le enternecieron. Pero, de repente, vio que la expresión de ella ensombrecía y se preguntó qué era lo que la había puesto nerviosa.

–¿Te importaría... que te preguntara algunas cosas sobre el tipo de eventos a las que voy a tener que asistir durante mi estancia aquí? –le preguntó Alison.

–Pregunta.

–¿Crees que...? –Alison se interrumpió y se mordió los labios, excitándole aún más.

–Vamos, continúa.

–¿Crees que este traje será adecuado?

–¿Qué?

¿Le estaba pidiendo Alison consejos sobre qué ropa ponerse?

–Este traje, para la clase de eventos a las que voy a tener que asistir... Increíble, Alison le estaba pidiendo consejos sobre cómo vestirse.

–Selene me ha proporcionado un programa muy detallado, así que sé, más o menos, lo que vamos a hacer. Pero yo nunca he ido a un teatro ni a una galería de arte, por ejemplo. Así que he tenido que buscar en Internet y me he basado en eso para elegir la ropa.

Dominic intentó controlar su libido al tiempo que buscaba una buena respuesta. Porque parecía importante para Alison. Y, mentalmente, maldijo a su secretaria. ¿Por qué Selene no había contratado a un profesional para que ayudara a Alison a elegir su guardarropa?

En fin, ya era demasiado tarde. Y, por otra parte, no quería ponerla más nerviosa ni hacer que se sintiera aún más insegura.

–Alison, el traje que llevas es exquisito –declaró él con sinceridad mientras paseaba la mirada por el cuerpo de ella–. Es perfectamente adecuado.

¿Qué importancia tenía que si ese traje era adecuado o no? Era precioso y le tenía completamente excitado.

–¿Lo dices en serio? ¿Te gusta mi traje? –preguntó ella con una inseguridad evidente–. ¿Es este tipo de ropa el que querías que llevara?

–Me encanta el traje. Y no había pensado en tu ropa –contestó él. Y era verdad, la ropa no formaba parte de las fantasías eróticas que llevaban

asaltándole toda la semana—. Pero si el resto de la ropa que has traído se parece a ese traje, estoy deseando verla. ¿Satisfecha?

El placer que vio en los ojos ámbar de ella le resultó absolutamente cautivador.

—No sabes cuánto me alegra que te guste —dijo ella emocionada—. Significa mucho para mí.

Dominic hizo un ímprobo esfuerzo por controlar la punzada de la entrepierna y también por ignorar lo mucho que le afectaba la importancia que Alison le daba a su opinión.

Nunca le había costado ningún trabajo halagar a una mujer por su aspecto; sobre todo, si su aspecto era tan exquisito como el de Alison en ese momento. Pero la gratitud de ella le recordaba a la chica que se había pasado el verano siguiéndole a todas partes y mirándolo con adoración.

No, no quería pensar en eso. Quería olvidar que los dos habían sido dos niños perdidos aquel verano.

Ya no era un chiquillo desgraciado y rebelde que solo buscaba aprobación. Y ella tampoco era una niña que no había podido disimular su afecto por él.

Todos esos años atrás, había necesitado el afecto de Alison porque, bajo una máscara de hostilidad e indiferencia, se había sentido confuso y asustado, no había logrado comprender por qué su padre le había odiado tanto.

Pero ahora, no necesitaba el cariño ni la aprobación de Alison ni de nadie.

Su móvil vibró, haciéndole abandonar esos oscuros pensamientos. Se sacó el teléfono del bolsillo y vio que era uno de los ejecutivos que trabajaban en su empresa.

Tenemos un problema con el consorcio. Mira Kensington acaba de vender su versión de los hechos al London Post.

Dominic lanzó una maldición y pulsó la tecla de llamada.

«Deja de ser un imbécil, LeGrand. Es hora de que te centres en lo que vas a conseguir con este matrimonio en vez de pensar en lo que no es».

—Dominic, ¿pasa algo? —preguntó Ally al ver a su prometido lanzando juramentos en francés.

–No, nada. Pero tengo que hacer una llamada –respondió él en tono cortante y desdeñoso.

Dominic se puso a hablar muy rápido y en francés. Al oírle mencionar el nombre de Mira, volvió la cabeza de nuevo hacia la ventanilla e intentó no escuchar.

Porque pensar en la exnovia de Dominic destruiría la alegría que le habían provocado los halagos de él.

Y no solo alegría, también la habían ayudado a calmarse, a tranquilizarse.

Quizá fuera ridículo lo alegre que se había puesto al oírle decir que le gustaba su traje. Pero, ridículo o no, había sido importante para ella.

Llevaba años creyendo que la fantasiosa niña de su infancia había muerto aquel verano en Provenza. Porque, a partir de aquella terrible noche, se había visto obligada a hacerse mayor, a ser realista, a no soñar... para no volver a sufrir tanto. Pero esa niña no había muerto, había estado esperando una oportunidad como la que ahora se le presentaba.

Que Dominic alabase su trabajo le había hecho sentirse como si esa niña pudiera volver a creer en sí misma; al menos, un poco. Había sido liberador, le había dado una fuerza que hacía mucho tiempo no sentía.

El coche cruzó el puente de Brooklyn y pasó a Manhattan. Mientras recorrían el centro, miró con asombro los edificios de acero y vidrio, el tráfico y la gente; igual que Londres, pero todo mucho más acelerado.

Dominic acabó su conversación telefónica y Ally sintió la tensión de él al guardarse el teléfono en el bolsillo.

Había entendido algunas partes de la conversación. No hablaba francés con fluidez; pero, además del nombre de Mira, había oído varias veces la palabra virge.

Virgen.

¿Había hablado Dominic de su virginidad con alguien? De ser así, no sabía cómo tomárselo. Le avergonzaba y la confundía. ¿Qué importancia podía tener eso para nadie? La única forma de averiguarlo iba a ser preguntándolo.

Vio a Dominic tensar la mandíbula mientras miraba por al ventanilla con gesto absorto.

–¿Algún problema? –preguntó ella.

–No –respondió Dominic con excesiva sequedad para ser sincero.

–Si tienes problemas, es posible que yo pueda ayudarte –dijo Ally.

Dominic, a pesar suyo, sonrió.

–¿Hablas en serio?

Ally asintió.

–Sí, totalmente en serio. Estoy aquí para ayudarte, ¿no? Es el único motivo por el que he venido –tosió ligeramente y se sonrojó. Sí, reconocía que eso era mentira–. Bueno, el motivo principal por el que he venido es para ayudarte con tu negocio.

–¿Sí? –Dominic arqueó las cejas y ahogó una carcajada.

–Pues sí –insistió ella.

–Dieu, Alison. ¿Te he dicho lo malditamente adorable que eres?

–Puede ser –respondió ella, contenta al verle sonreír. Pero aún más contenta por ser ella el motivo de esa sonrisa.

Y más aún cuando él le agarró una mano, se la abrió y le besó la palma. Ella, entonces, le cubrió la mejilla con la mano y sintió un profundo calor en el bajo vientre.

–No puedes imaginar lo mucho que te deseo –dijo Dominic.

–Bueno, bien –respondió Ally sonriendo aún más–. A mí me pasa lo mismo.

–Bien –susurró Dominic con mirada apasionada y posesiva, causa del hormigueo que sintió en la entrepierna.

Dominic cerró la mano sobre la suya y se la estrechó.

–Está bien, te diré lo que ha pasado. Pero antes, ¿me prometes que no vas a ofenderte? –Claro.

–Estaba hablando con uno de los managers de mi empresa, Etienne Franco. Al parecer, el consorcio no cree en que nos casemos por amor porque mi ex ha ofrecido una exclusiva a un periódico británico y ha insinuado... ¿Qué es lo que dice el artículo exactamente? Ah, sí, dice que te voy a pagar por satisfacer mis apetitos sexuales mientras representes el papel de mi esposa.

Ally se aclaró la garganta. No sabía qué decir porque, aunque sabía que debería sentirse ofendida por los comentarios de Mira, el hecho de que

Dominic estuviera furioso por que su ex la había insultado le producía un gran placer.

–Eso es algo injusto –dijo Ally, tratando de contener la alegría que sentía de que Dominic se preocupara por ella–. Sobre todo, teniendo en cuenta que nunca me ha visto... bueno, verme sí me ha visto, pero solo durante unos segundos.

«Maldita sea, ¿por qué no está furiosa?»

–Alison, no es solo injusto, es algo por lo que la podemos denunciar. Prácticamente, está sugiriendo que eres una prostituta, públicamente – declaró Dominic, tan furioso con Mira que apenas podía hablar.

Pero lo cierto era que estaba igualmente furioso consigo mismo. Debería haber anticipado el paso que Mira iba a dar. Y él no había hecho nada por impedirlo ni había protegido a Alison.

De hecho, era él la causa de que Alison fuera víctima de semejante ataque.

Al igual que los maliciosos comentarios de Mira, el Post había incluido en el artículo una detallada descripción de la dura vida de Alison hasta ese momento. Sí, su vida había sido mucho más dura durante esos últimos doce años de lo que él había imaginado. Al parecer, Alison y su madre habían vivido sumidas en la pobreza desde la noche que su padre las echó de su casa. Alison había estado sosteniendo a su madre desempeñando todo tipo de múltiples trabajos desde los quince años, y sus deudas habían aumentado tras la muerte de su madre debido a una sobredosis de analgésicos cuatro años atrás.

Dominic se había servido de la historia de Cenicienta que su publicista había redactado en un comunicado de prensa para conseguir sus propios fines, pero ahora eso se había vuelto en contra suya... Porque, desgraciadamente, él no había tenido ni idea de lo mucho que esa historia se aproximaba a la realidad.

Su padre había destrozado la vida de Alison aquella noche. Pero su padre no era el único responsable de lo que le había ocurrido a Monica e, indirectamente, a su hija.

Dominic trató de ignorar ese amargo recuerdo.

«No pienses en ello. No puedes arreglar lo que hiciste».

No obstante, por mucho que se repitiera eso, no se sentía menos responsable. Y no solo por lo que había ocurrido aquella noche, sino por destrozar la reputación de Alison en el presente.

–Voy a denunciar a Mira y también al periódico. Me niego a que te calumnien de esa manera.

–¿No sería mejor ignorarlo? –preguntó Alison mordiéndose los labios.

–No, ni hablar.

–Pero Dominic, en ese caso, ¿qué va a pasar con el negocio de los terrenos de Brooklyn?

–¿Qué quieres decir?

–No creo que te favorezca meterte en litigios con un periódico británico. Sobre todo, si acaban descubriendo que nuestro matrimonio es un asunto de negocios.

«Me importa un bledo el negocio».

Dominic abrió la boca para decir precisamente eso, pero volvió a cerrarla. ¿Qué era lo que había estado a punto de decir?

Claro que le importaba el negocio. El trabajo, sus negocios, lo eran todo para él. La compra de esos terrenos era el motivo por el que Alison estaba allí, el único motivo por el que iba a casarse con ella. Y Alison tenía razón, si denunciaba a Mira y al London Post, se acabaría descubriendo el motivo de su matrimonio.

«Cálmate y piensa».

–Le he dicho al manager que explique al consorcio que eras virgen, que el único hombre con el que te has acostado he sido yo. Lo que, evidentemente, contradice la sugerencia de que seas una prostituta.

El súbito orgullo que sintió le sorprendió. ¿A qué demonios venía sentirse así?

La falta de experiencia de Alison era algo que le venía bien, que lo ayudaría a dar la impresión de que su matrimonio era auténtico, por amor. Eso era lo único que importaba.

Y casi se echó a reír por lo irónico del asunto. A Alison le daba vergüenza ser virgen, pero no que la acusaran de ser una prostituta.

–¿No te ha quedado más remedio que decírselo? –preguntó Alison–. Es algo tan personal...

–Lo sé, y te pido disculpas por ello. Pero tenía que rebatir las declaraciones de Mira, sin dejar lugar a dudas.

«Para no arriesgar el maldito negocio que me traigo entre manos, cosa que hace un minuto había olvidado. Por favor, LeGrand, no pierdas la cabeza».

–Pero eso no va a salir en los periódicos, ¿verdad? –preguntó Alison horrorizada.

Dominic no pudo contener una carcajada. Después del enfado y las recriminaciones, después de la angustia que le había provocado no haber podido protegerla y, sobre todo, después del riesgo a perder el negocio en Brooklyn, la reacción de Alison era increíblemente ingenua y, por eso mismo, enternecedora. Tan enternecedora que logró varias cosas simultáneamente: tranquilizarle, hacerle recuperar el sentido del humor y, fundamentalmente, hacerle recuperar la perspectiva.

Había reaccionado exageradamente, no solo a lo de Mira, sino también al enterarse de la vida que Alison había llevado durante los últimos doce años. Ciertamente la estaba utilizando, pero no la había engañado y ella había firmado un contrato sabiendo perfectamente cuál era la situación. Además le iba a pagar un millón de libras esterlinas por su trabajo. No la había engañado. Alison estaba ahí por voluntad propia.

Y Alison estaba en lo cierto: ignorar el ataque de Mira era lo más sensato, la gente perdería interés en la historia más rápidamente. Él ya le había dicho a Etienne lo de la virginidad de Alison y eso bastaría para refutar las acusaciones hechas en el artículo de cara al consorcio. Por otra parte, durante los próximos días aparecerían en público como una pareja feliz de recién casados, cosa que no le iba a costar ningún esfuerzo.

–No, no va a salir en los periódicos –respondió Dominic sin poder resistir acariciarle los labios con la yema del dedo pulgar.

Cuanto antes saciara su apetito sexual, antes lograría pensar con la cabeza.

–Pero dime, ¿por qué te avergüenza tanto que se sepa lo de tu virginidad? –añadió Dominic.

–Porque no es normal que una mujer de veinticinco años sea aún virgen. Hace que me sienta como un bicho raro.

–En primer lugar, ya no eres virgen –dijo él, sin poder evitar cierta vanidad–. Y, en segundo lugar, eso no te hace un bicho raro; en mi opinión, te hace selectiva. Has esperado a que apareciera el hombre que

pudiera ofrecerte la experiencia espectacular que merecías... tu primera vez. Eso no te convierte en un bicho raro, sino en una mujer muy inteligente –añadió Dominic bromeando.

Alison se echó a reír, el brillo de sus ojos era como una droga. ¿Cuándo hacerla sonreír se había convertido en una adicción para él?

–¡Vaya un ego que tienes! –exclamó ella sonriendo.

–Touché, Alison –respondió Dominic devolviéndole la sonrisa.

En ese momento, el coche se detuvo delante del edificio, de su propiedad, de lujosos pisos en el que tenía un ático, en Nolita.

Nolita, abreviatura de North of Little Italy, era un barrio de Manhattan que, a partir de la segunda mitad de los años noventa del siglo pasado, vio un influjo de yuppies y una explosión de boutiques, restaurantes y bares. Un barrio de edificios de apartamentos antiguos de piedra roja que concentra un importante porcentaje de artistas en su población.

–¡Qué edificio tan bonito! ¿Vives aquí? –preguntó Alison con un entusiasmo que le llegó al alma.

Había comprado el edificio entero, en una de las esquinas de Lafayette, en un estado de casi ruina. De eso hacía cinco años. Lo había comprado casi por nada, lo había vaciado por dentro, respetando la estructura del edificio y su integridad, con balcones de hierro forjado y fachada de piedra. Ahora, completamente restaurado por dentro, la construcción albergaba las oficinas de LN en Estados Unidos y un ático de cuatro dormitorios y cuatro baños que él ocupaba cuando estaba en Nueva York.

–Sí, el edificio entero es mío. Las oficinas de LN ocupan los nueve pisos primeros y el ático es mío – respondió Dominic. De repente, se dio cuenta de que estaba alardeando y no sabía por qué. Nunca antes había sentido la necesidad de impresionar a una mujer.

–Es precioso. Me encantan los detalles estilo Art Déco.

–Me alegro de que te guste.

Salieron del coche y el conductor se dirigió a la parte posterior del automóvil para ayudar al portero con el equipaje, dejándoles en la acera, la portezuela abierta protegiéndoles de los transeúntes.

Dominic miró a ambos lados de la calle, pero no vio a ningún fotógrafo, a pesar de que Etienne temía que, debido a las declaraciones de Mira a la prensa, les iban a atosigar durante unos días.

Dominic puso las manos en las caderas de ella, atrayéndola hacia sí.

–Madame LeGrand, es hora de que asumas tu papel de amante esposa.

Alison alzó el rostro y lo miró a través de sus largas y espesas pestañas, sus ojos color ámbar se asemejaban a los de una cervatilla mirando al cazador que le apuntaba. La oleada de deseo que se apoderó de él al pensar que era el único hombre con el que ella se había acostado le resultó casi imposible de controlar, era algo elemental y visceral.

La virginidad de Alison le había convertido en un hombre de las cavernas, pero no podía hacer nada por evitarlo.

Alison alzó los brazos y plantó las palmas de las manos en su pecho, un movimiento tan atrevido como excitante.

– ¿Es tu prêtes? –susurró él con los labios pegados a la garganta de ella. Pudo respirar el fresco aroma de Alison, una mezcla de fresas y chocolate que le volvía loco.

«¿Estás lista?»

–Sí, sí –murmuró ella. Y la sintió temblar al besarla detrás de la oreja.

Dominic enterró los dedos en los cabellos de ella y la besó con ardor. Pero tan pronto como entrelazó la lengua con la de ella, la subida de adrenalina se transformó en una fuerza imparable.

Alison respondió instintivamente, rindiéndose, sus suaves curvas ajustándose a los duros ángulos de su cuerpo mientras él la empujaba hasta pegarle la espalda al coche.

¿Había deseado a una mujer con tanta desesperación antes? La necesidad de arrancarle la ropa y adentrarse en el húmedo sexo de ella fue sobrecogedora. Deslizó la mano por debajo de la chaqueta de ella, debajo del sujetador de encaje y le cubrió el pecho desnudo con el pezón erguido.

–Señor LeGrand, ¿tiene algo que decir respecto a las declaraciones de Mira Kensington que han aparecido en un periódico londinense?

El grito, a cierta distancia, fue acompañado del flash de una cámara.

Alison lanzó un gemido y se puso tensa.

El periodista se acercó y colocó un micrófono entre ambos mientras Alison se estiraba la ropa.

–Aléjese de mi prometida –gritó él.

El periodista pareció entender el mensaje porque se alejó con su fotógrafo rápidamente.

Dominic agarró a Alison de la mano.

–Sigamos con esto en privado –dijo él, dándose cuenta del error que había cometido al besarla en público.

Quería convencer a los miembros del consorcio de que se querían, pero que apareciera en la prensa una fotografía de él con las manos en los pechos de Alison sería contraproducente.

Una mujer de mediana edad le guiñó un ojo al pasar por su lado. Y un par de adolescentes apoyados en un muro cerca de donde ellos se encontraban lanzaron unos silbidos.

«Dieu, olvida los paparazzi, acabo de dar un espectáculo para el vecindario».

Dominic condujo a Alison al ascensor, al fondo del vestíbulo del edificio, y pulsó el botón. ¡Maldición! Le había faltado poco para hacerle el amor en la calle.

No se había dado cuenta de nada, ni del periodista ni del fotógrafo, que probablemente había tomado más de una foto. Tampoco había sido consciente de la gente que pasaba por la calle. Solo había existido ella, el cuerpo de Alison pegado a su erección, los pezones erguidos...

El ascensor les llevó rápidamente al ático.

Al entrar en el piso, Alison le apretó la mano y él notó que contenía la respiración.

–¡Vaya vista, es increíble! –exclamó Alison.

Dominic la soltó. Ambos necesitaban calmarse antes de que él la arrastrara al dormitorio.

Unas columnas de hierro interrumpían la amplia y singular estancia. El diseñador había insistido en poner muchas alfombras y mobiliario hecho a mano para contrarrestar la dureza del suelo de cemento pulido. Con la ventaja de que el edificio era unos cuantos pisos más alto que los de alrededor, las paredes de vidriera permitían una vista de ciento ochenta

grados que se extendía hasta los barrios de SoHo y Little Italy; al norte, The Empire State; al sur, el World Trade Centre.

La vista del ático era realmente espectacular, pero Dominic solo podía ver a Alison, que giró sobre sí misma tratando de absorber lo que veía.

Dominic se frotó el mentón y se dio cuenta de que no se había afeitado esa mañana. Necesitaba calmarse y dar tiempo a Alison para adaptarse a ese nuevo mundo para ella.

Pero como su erección no dejaba de golpearle la bragueta del pantalón, la única forma de aplacar su deseo era saciarlo.

–Alison, ¿prefieres dar un paseo por el piso o acabar lo que hemos empezado en la calle? Quizá hubiera utilizado un tono de voz duro y exigente, pero la estaba dando a elegir. Alison se ruborizó, deliciosamente, y la vio clavar los ojos en su entrepierna. –Lo siento –dijo ella.

–No lo sientas –Dominic le tomó la mano y se la estrechó tiernamente–. Solo dime que me deseas tanto como yo a ti.

–Te deseo.

Era todo el permiso que necesitaba. De la mano, cruzó la zona de estar en dirección al dormitorio principal.

Tan pronto como estuvieron dentro, cerró la puerta de un puntapié y desabrochó ese botón de la chaqueta de Alison que le llevaba atormentando desde que había llegado.

El sujetador alzaba los suaves pechos, como una ofrenda. Deslizó los dedos por debajo de la cinturilla de los pantalones del traje de Alison, pero no lograba encontrar el cierre.

–Quítatelos. Te quiero desnuda –ordenó él, sin la paciencia necesaria para buscar el cierre del pantalón.

Además, las manos habían empezado a temblarle.

Alison se bajó una cremallera en un lateral de los pantalones. Y él se alegró de ver que también le temblaban los dedos.

–Quítate también el sujetador.

Y, al momento, vio esos pechos saliendo de esa prenda de encaje morado.

Pero cuando puso los dedos en el elástico de las bragas para bajárselas, Alison posó una de sus temblorosas manos en el brazo de él.

–Por favor, yo también te quiero desnudo.

Dominic se desnudó en tiempo récord y después la hizo tumbarse en la cama. Pero en vez de acostarse con ella y saciar su deseo de una vez, la agarró por las caderas, tiró de ella hasta dejarla sentada en el borde de la cama y se arrodilló delante de Alison.

La oyó jadear cuando se echó las piernas de Alison sobre los hombros, abriéndola completamente, lo que solo hizo añadir fuego a la llama de su pasión.

Pegó el rostro al sexo de ella y lo olfateó. Dieu, qué olor tan delicioso. Le sopló el triángulo de rizos castaños y lo lamió.

Alison jadeó y le hincó los dedos en la cabeza. Él continuó chupándola y escuchando los gemidos de ella.

Le abrió los labios mayores con los pulgares y le chupó el clítoris.

Cuando Alison lanzó un grito y se sacudió espasmódicamente al alcanzar el orgasmo, el miembro se le endureció aún más.

Dominic se incorporó, inclinándose sobre ella.

Con la piel enrojecida, los pezones erguidos, el cuerpo saciado y los ojos turbios, Alison se le ofrecía como un auténtico banquete. Y le pasó por la cabeza que quizá nunca lograra saciarse de ella.

Ally contuvo la respiración cuando Dominic le puso la punta del pene en la entrada de la vagina. Y la penetró con fuerza.

Esta vez, no hubo resistencia. El placer que sintió cuando él la llenó fue casi doloroso.

Dominic se movió dentro de ella sin compasión, le acarició el clítoris sin compasión, haciéndola enloquecer. El orgasmo, esta vez en lo más profundo de su ser, la deshizo por completo.

Los desesperados gemidos y ahogados jadeos dieron paso a roncós gritos de agonía y, a continuación, de éxtasis cuando la ola rompió, arrollándola.

Dominic emitió un ronco y quedo grito y la ardiente semilla estalló dentro de ella.

Dominic gimió y se derrumbó encima de ella.

Ally le abrazó con manos temblorosas. Los pulmones parecían a punto de explotarle. ¿Por qué le costaba tanto respirar?

Dominic salió de ella no sin cierta dificultad.

–Se me había olvidado preguntártelo... ¿Estás tomando la píldora?

–Sí.

–Menos mal –susurró él con evidente alivio.

Era una de las condiciones del contrato que ella había firmado. Ambos querían evitar un accidente. Tener un hijo en su situación sería desastroso. Pero ahí tumbada, al lado de Dominic, la pregunta de él la entristeció.

Porque ponía en evidencia los límites de su relación.

Aunque, por supuesto, ella no necesitaba que se lo recordaran.

Volvió la cabeza, hacia el ventanal con esa famosa vista. El sol había comenzado a ocultarse, lo que confería un brillo romántico a las siluetas del Empire State y al edificio Chrysler.

«Vamos, Alison, no seas tonta. Tomar la píldora no es malo, sino todo lo contrario».

Le oyó levantarse de la cama para desaparecer en el cuarto de baño. Oyó el cerrojo.

Cuando a los pocos minutos Dominic regresó al dormitorio cubierto con una bata, ella había logrado, con un gran esfuerzo, meterse entre las sábanas.

Ally bostezó, el cansancio del viaje y todo lo que había ocurrido tras su llegada estaban haciendo mella en ella.

–Deberías dormir –sugirió Dominic en un tono que le resultó extraño por ser impersonal–. Puedes quedarte aquí, yo iré a otro de los dormitorios.

¿Qué? ¿No iban a dormir en la misma habitación?

Se le hizo un nudo en la garganta, pero no protestó. Simplemente, se le quedó mirando mientras Dominic sacaba algo de ropa de unos cajones.

–Mañana pediré que nos organicen las cosas –dijo él.

–No tienes por qué cederme tu dormitorio.

–No es ningún problema –respondió Dominic. Entonces, se acercó a la cama, se inclinó y le dio un beso en la frente–. Siéntete como si estuvieras en tu casa. Manny, el conserje, se encargará de traerte la comida que tú quieras, lo único que tienes que hacer es marcar el cero por el teléfono interior. También podría encargarse de poner un coche con chófer a tu disposición por si quieres salir de compras y a ver cosas mañana.

–¿No vas a estar aquí? –preguntó ella, arrepintiéndose al momento porque no quería dar la impresión de necesitarle.

–Mañana voy a estar ocupado todo el día con las negociaciones... Te veré cuando vuelva, a las siete, para luego ir a... adonde sea que tengamos que ir mañana.

–¿A la inauguración de la galería Claxon? –dijo Ally, que había memorizado el programa que Selene le había dado.

Había sido una tonta al pensar que iba a pasar las siguientes veinticuatro horas con él. No se había dado cuenta de que Dominic era un hombre muy ocupado y, para él, los negocios eran lo primero. Además, él no tenía obligación de entretenerla durante su estancia allí.

–Creo que la galería está en la Upper East Side, ¿no? ¿Y no tenemos que estar allí a las ocho? Dominic alzó la cabeza.

–Oui, eso es –Dominic esbozó una sonrisa que a ella le pareció forzada, aunque no comprendía a qué se debía la tensión que notaba en él–. ¿Crees que te las arreglarás tú sola mañana?

–Sí, por supuesto –respondió Ally–. Sin ningún problema.

Pero tan pronto como Dominic salió de la habitación, ella se vino abajo.

Capítulo 7

HOLA. Te llamas Alison, ¿verdad?

Ally se volvió, dándole la espalda al bufet que ocupaba parte de una pared de ladrillo rojo en el interior de la galería de arte modernista. La mujer que se había dirigido a ella estaba embarazada y sostenía un plato con deliciosos canapés.

–Sí, soy Alison. Aunque todo el mundo me llama Ally –contestó ella.

–Todo el mundo excepto tu marido –la mujer esbozó una dulce sonrisa–. Perdona, debería haberme presentado. Soy Megan De Rossi, la esposa de Dario De Rossi. De Rossi Corp fue una de las primeras empresas que invirtió en LN cuando LN abrió oficinas en Nueva York.

Megan extendió la mano y añadió:

–Y, al igual que tú, estoy sola porque tu marido y mi marido están hablando de trabajo desde que han llegado.

Ally estrechó la mano de Megan, pero sin conseguir relajarse, a pesar del tono amistoso de aquella mujer. Desgraciadamente, no lograba sentirse la esposa de Dominic, a pesar de que la ceremonia ya se había realizado, y en cuestión de minutos. Desde la tarde del día anterior, apenas había cruzado unas palabras con Dominic.

Apenas había podido dormir, sola en aquella enorme cama. Tampoco había logrado dejar de pensar en la súbita retirada de Dominic de la habitación, después de haber hecho el amor, durante la mayor parte del día, que había empleado en pasearse y mirar los escaparates de East Village.

Dominic había regresado al piso al mismo tiempo que el juez de paz. Y después de que se realizara la ceremonia, habían ido a la galería, pero apenas había hablado con ella.

Durante el trayecto a la galería en limusina, se había preguntado una y mil veces si no habría hecho algo malo. Pero... ¿qué?

Al final, había tratado de controlar su inseguridad. Dominic estaba preocupado por el negocio, nada más. No todo tenía que ver con ella.

–He pensado que podíamos charlar un rato –añadió Megan–. Espero que no te importe.

–No, en absoluto –respondió Ally inmediatamente.

Había oído hablar de Megan De Rossi, conocida en Nueva York no solo por que su marido era un multimillonario sino también porque dirigía una organización con fines benéficos dedicada a ayudar a las mujeres víctimas de violencia de género. Desde luego, no había esperado que Megan se hubiera dado cuenta de que se encontraba como pez fuera del agua y hubiera acudido en su ayuda.

–¿Cuándo vas a tener el bebé? –preguntó Ally, con la esperanza de dejar de hablar de sus maridos.

–Los bebés –le corrigió Megan, echándose a reír–. Dario y yo nos enteramos de que íbamos a tener mellizos hace cuatro meses y aún no nos hemos hecho del todo a la idea. Estoy embarazada de seis meses, a pesar de que parezco una vaca. Los dos, chicos, nacerán en junio.

–¡Mellizos! –Ally sonrió, impresionada con la sangre fría de esa mujer–. Debes estar entusiasmada y... aterrorizada.

–Exacto, las dos cosas –Megan le devolvió la sonrisa–. Aunque lo peor va a ser decirle a Issy, nuestra hija, que va a tener otros dos hermanos, cuando preferiría que el que ya tiene fuera una niña. Por suerte, mi hermana Katie también va a dar a luz en junio, y va a ser niña.

–Estoy segura de que tu hija, al final, estará encantada –dijo Ally, sin saber por qué sentía tanta envidia–. Es mucho mejor tener hermanos que ser hija única, aunque sean chicos.

–Exacto. Aunque Issy no está convencida del todo –Megan se metió en la boca un delicado mini quiche, lo masticó y se lo tragó–. Pero, bueno, ya está bien de hablar de mí. Lo primero, quiero felicitarte por tu matrimonio. Sabía que, tarde o temprano, Dominic encontraría a la mujer de su vida. Desde luego, no se le puede echar en cara que no haya buscado –añadió Megan con una carcajada.

–Gracias... creo.

Si Megan se permitía decir esas cosas de Dominic en tono jocosó significaba que debían ser buenos amigos, aunque Dominic no la había mencionado, ni a ella ni a nadie. De repente, sintió un profundo calor

subirle por las mejillas al darse cuenta de lo poco que sabía sobre su marido.

–Y también quería que me dijeras dónde has comprado ese vestido – Megan paseó la mirada por el vestido de cóctel que Ally había terminado de confeccionar durante las primeras horas de la tarde mientras esperaba a Dominic.

El vestido era de seda color aguamarina, le llegaba justo por encima de la rodilla, y estaba inspirado en una cascada que había visto en una revista tiempo atrás. Un adorno dorado a la altura de los bíceps le había parecido el toque perfecto. Pero había dudado de su elección nada más llegar a la galería. ¿Era demasiado atrevido? ¿Demasiado informal? ¿Demasiado moderno?

–Es tan original y tiene tanto estilo... –dijo Megan–. Y te sienta de maravillosa.

Los halagos de Megan De Rossi le produjeron un inmenso placer. Esa era la clase de comentario que había esperado obtener.

–No lo he comprado, lo he hecho yo –contestó Ally.

Megan agrandó los ojos y después lanzó un silbido.

–Increíble. Tienes muchísimo talento. Nunca había visto nada tan bonito, tan... diferente.

El corazón parecía querer salirse del pecho. Había soñado con un comentario así, pero no lo había esperado.

–No te pareces en nada a las otras mujeres con las que Dominic salía. No me extraña que se haya casado contigo –añadió Megan, haciéndola sonrojarse aún más–. Y eso sin mencionar el apasionado beso

–concluyó Megan con una sonrisa traviesa.

A Ally las mejillas no podían arderle más.

El día anterior habían aparecido en Internet fotos de Dominic y ella besándose en la calle. Sus amigas en Londres la habían inundado a mensajes, querían saber qué estaba pasando. Pero ella no había contestado y había evitado las redes sociales.

–Perdona, no quería ser indiscreta –se apresuró a decir Megan–. Pero, en serio, se os ve muy bien juntos. Y, a propósito, ese traje azul con el que apareces en la foto, ¿lo has hecho tú también?

–Sí –respondió Ally, sintiéndose cada vez más incómoda.

Sabía que tenía que mentir sobre su relación con Dominic, pero no se había dado cuenta de lo difícil que iba a resultarle.

Megan De Rossi le caía muy bien. Era una mujer inteligente, ingeniosa, simpática y con los pies en la tierra. Y, claramente, tenía un gusto excepcional. Megan y ella podrían haber acabado siendo amigas si su relación con Dominic fuera auténtica en vez de una argucia para que él se asegurara el negocio de Brooklyn.

Ally iba a decir algo, aunque no sabía exactamente qué, cuando la aparición de un hombre la sacó del apuro. Era un hombre alto y vestía un traje gris oscuro de exquisita confección.

—¿Qué demonios estás haciendo de pie y con una cosa tan pesada en las manos, piccola? —el hombre le quitó de las manos el plato a Megan.

Ally se dio cuenta de que ese hombre era el mismísimo Dario De Rossi. Había visto fotos de él en las revistas, pero no le habían hecho justicia. Era extraordinariamente guapo, de piel color oliva y cabello negro.

—Tienes que sentarte y descansar, piccola —insistió él agarrando a su mujer por el codo para conducirla a un asiento.

—Y tú tienes que dejar de llamarme piccola, ahora que estoy como una vaca —Megan alzó los ojos al techo con gesto cómico—. Ally, este es Dario. Dario, esta es Ally, la esposa de Dominic.

Después de dejar a Megan en uno de los sofás de cuero blanco y de devolverle el plato de comida, Dario le ofreció la mano.

—Encantado de conocerte, Ally. Dominic me ha hablado mucho de ti. «¿Te ha hablado de mí?»

Ally le estrechó la mano, preguntándose qué le habría contado Dominic, ya que realmente no la conocía. —Dominic, ven aquí —dijo Dario, mirando por encima de su hombro, a sus espaldas, antes de volver la atención de nuevo hacia ella—. Tu marido te estaba buscando.

Antes de que Ally pudiera preguntarse por qué Dominic la había estado buscando, sintió una mano grande en la espalda, una mano que le quemó la piel. Trató de no dar un salto ni reaccionar exageradamente cuando él le hizo unas caricias sensuales en la cadera y la atrajo hacia sí.

—Ah, aquí estabas, Alison —le murmuró él al oído, fingiendo ser el marido perfecto, pero ella notó una nota dura en su voz. Algo malo pasaba.

—Megan, Dario, esta es mi esposa, Alison —dijo él en un tono posesivo que lanzó una inoportuna punzada de deseo a su sexo.

«Genial, Ally, incluso su mal humor te excita».

–Ya nos hemos presentado –dijo Megan después de tragar otro canapé–. Y, por primera vez, apruebo tu elección, Dominic. Tu esposa es extraordinaria.

Tras esas palabras, le guiñó un ojo a Ally.

–Merci beaucoup –murmuró Dominic, irónicamente.

–Aunque no sé si la mereces –añadió Megan.

–Estoy seguro de que no –replicó Dominic, pero Ally aún notaba sequedad en su voz.

No sabía qué, pero estaba segura de que había hecho algo.

–No puedo creer que no mencionaras en el comunicado de prensa que Ally es una diseñadora de modas de gran talento –comentó Megan–. Por cierto, Ally, se me ha olvidado preguntarte dónde vendes tus modelos. Estoy deseando verlos... Bueno, tan pronto como me deshaga de los cien kilos de más que llevo puestos.

–Para ya –Dario le puso una mano en la mejilla–. No estás gorda. Estás embarazada y estás preciosa. –Cómo se nota que el que arrastra estos cien kilos no eres tú –dijo Megan cubriendo la mano de su marido con la suya, sonriéndole.

A Ally se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué se sentiría teniendo al lado a un hombre enamorado? No tenía ni idea.

Dominic le ciñó la cintura con fuerza. Fuera lo que fuese lo que le había enfadado, ahora parecía aún más irritado.

–¿Qué diseños? –preguntó Dominic.

–Perdonad, necesito ir al baño –dijo Ally con la esperanza de escapar a la incómoda situación. Pero él la sujetó.

–¿A qué diseños se refiere Megan? –insistió él frunciendo el ceño.

Ally sintió las miradas de Megan y Dario fijas en ellos dos.

–¿Te importaría que habláramos de esto más tarde? –susurró ella.

Estaba segura de que Dominic no iba a estallar delante de sus amigos, podría descubrirles. Pero a él no parecía importarle la gente cuando le puso las manos en las caderas y la hizo colocarse delante de él.

–¿Qué diseños, Alison? –repitió Dominic en un tono que rechazaba toda objeción.

–Yo... he confeccionado alguna de la ropa que he traído en este viaje
–respondió Ally.

–¿Es que no lo sabías? –oyó preguntar a Megan en tono incrédulo.

Pero toda su atención estaba centrada en Dominic. En su reacción. Porque la miraba como si estuviera a punto de estallar.

«Lo siento, debería habértelo dicho. Pero, por favor, no montes un espectáculo si no quieres que los dos acabemos arrepintiéndonos».

Ally trató de comunicarle esa súplica... por telepatía.

–¿Qué ropa? –preguntó él.

–Bueno... –Ally enrojeció visiblemente.

–Vamos, dímelo –esta vez, Dominic le acarició la cadera.

–Toda.

Dominic lanzó una queda maldición. Entonces, le soltó las caderas y le agarró una mano.

–Nos vamos.

Un súbito pánico se apoderó de ella al oír a Megan preguntar en voz alta:

–¿Adónde vais?

–Tengo que hablar con mi esposa –respondió Dominic volviendo la cabeza.

Ally se dejó llevar, oponerse solo empeoraría la situación. Dominic estaba furioso.

No debería haber diseñado y confeccionado su ropa, sino que debería haberla comprado en alguna boutique de lujo como él le había dicho que hiciera. Dominic era un hombre orgulloso y su matrimonio se basaba en dar la impresión adecuada. Ella había cometido un error garrafal.

Al salir de la galería, ya en la calle, Dominic dio un silbido. La limusina apareció y se detuvo delante de ellos como por arte de magia.

–Lo siento, Dominic, debería haberte dicho lo de la ropa –dijo Ally con voz queda, intentando aplacarle–. Debes estar enfadado conmigo por no haberme comprado ropa de algún diseñador famoso, pero llevo dos años estudiando diseño de modas y yo...

–Entra en el coche –Dominic abrió la portezuela y la sostuvo.

Ally titubeó.

–Alison, entra de una vez en el maldito coche –ordenó él en voz baja, pero con firmeza.

Ally obedeció al instante. En cuestión de segundos, se pusieron en marcha.

¿Por qué se había enfadado Dominic tanto con ella? ¿Y por qué eso la excitaba?

–Escucha, siento mucho no haberte dicho lo de la ropa. Pero a Megan le ha gustado mi vestido y no es tan terrible...

–Deja de disculparte por el maldito vestido. El vestido no es el problema. De hecho, es un vestido deslumbrante y me vuelve loco desde el primer momento. Por lo tanto, yo diría que Megan tiene toda la razón.

La confesión de Dominic la dejó perpleja.

–Entonces... ¿cuál es el problema?

Dominic se volvió hacia ella, el deseo que Ally vio en su mirada aumentó el suyo propio.

–El problema es que, para que esto salga bien, tenemos que fiarnos el uno del otro. Tú decidiste no decirme lo de la ropa, y en cierto modo lo comprendo, ya que no confías en tus propias habilidades tanto como deberías. Lo que es absurdo, ya que, desde el momento en que te vi por primera vez con este vestido, he querido quitártelo a tirones.

–No creo que eso signifique nada –logró contestar ella, aún sin saber por qué Dominic estaba tan enfadado.

–Dime, ¿por qué hiciste que Selene retirara la cláusula del millón de libras en el acuerdo del divorcio? – preguntó Dominic apretando los dientes.

¿Ese era el problema?

Ally abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla. Seguía sin comprender que eso fuera algo imperdonable.

–Contéstame –ordenó Dominic. Estaba tan enfadado, tan frustrado, que apenas podía hablar. Se había fiado de Alison y ella le había traicionado.

«Tranquilízate. Y no se te ocurra tocarla porque, si lo haces, nunca obtendrás una respuesta».

La vio agrandar los ojos con expresión confusa. Lo que le puso aún más furioso. Hacía solo media hora que se había enterado de lo del contrato al leer un mensaje de Selene mientras esperaba su turno en el concurrido bar de la galería para pedir dos copas de champán, una para Alison y otra para él.

Había querido brindar con ella. Los miembros del consorcio se habían mostrado encantados con Alison, tal y como él había supuesto que sería, y habían accedido a firmar los papeles referentes a la primera fase del negocio a la mañana siguiente. Casarse con Alison había sido un acierto.

Pero su entusiasmo se había desvanecido al leer el mensaje de Selene. Su secretaria no se lo había mencionado porque él le había dado carta blanca para negociar con Alison y, en caso de dudas, consultar con los abogados de él. Y, por supuesto, los abogados de él no iban a negarse a ahorrarle un millón de libras esterlinas.

Pero eso a él no le hacía ninguna gracia. El propósito del pago de un millón de libras era tranquilizarle la conciencia. Cuando se divorciaran, iba a pagar a Alison por los servicios prestados. Pero al negar recibir un pago, ella le estaba haciendo sentirse responsable. Y culpable.

–Yo... no quería el dinero –respondió ella–. Era demasiado. Ya me estás dando muchísimo.

Era esa ingenuidad la que le irritaba. Y no podía ocultar su frustración.

–Los dos acordamos ese pago la mañana que accediste a casarte conmigo. Pero tan pronto como me di la vuelta, lo rechazaste. Y te has casado conmigo sin decirme nada. ¿Por qué?

–No imaginé que te importara –contestó ella, aún confusa.

–Claro que me importa. Yo siempre pago mis deudas. Es una cuestión de principios, así es como hago los negocios –además, sabía que Alison necesitaba dinero–. ¿Por qué se te ocurrió cambiar esa parte del contrato?

–Es demasiado dinero, Dominic.

–No, no lo es –le espetó él–. Durante los próximos seis meses vas a ser mi esposa... ¿en serio crees que quiero que vivas sumida en la miseria después de que nos divorciemos?

Alison pareció sorprendida, lo que le enfureció aún más.

El coche se detuvo delante de su edificio. Salieron del vehículo y tomaron el ascensor con dos empleados suyos. Los dos empleados se bajaron del ascensor y, unos momentos después, Alison y él llegaron al ático.

–Quiero saber por qué me has hecho esto –dijo Dominic–. Y después vamos a tener que renegociar el contrato porque yo me niego a aceptarlo tal y como está.

Capítulo 8

NO ERA terrible notar lo atractivo que resultaba Dominic cuando estaba enfadado?

Ally hizo un esfuerzo por ignorarlo y centrarse en el problema que tenía entre manos. Porque era un problema. Debería haberle dicho que había decidido no aceptar el pago. Eso era evidente. Pero, realmente, no había imaginado que fuera a llegar a ser una traba y se preguntó por qué. Pero antes iba a tener que darle una respuesta a Dominic y esa respuesta pondría al descubierto todas sus inseguridades, lo que quizá fuese el motivo de no habérselo dicho.

Aunque, en realidad, ya se lo había dicho, pero él no parecía haberla escuchado.

—No quería que se repitiera la historia entre mi madre y tu padre. Aceptar tu dinero hacía que me sintiera como si estuviera cometiendo el mismo error. Mi madre se había convencido a sí misma de que lo amaba, pero no estoy segura de que así fuera. Lo que mi madre quería era la seguridad que el dinero proporciona. Yo no quiero venderme, como hizo ella.

—Este matrimonio es un trato, un negocio, no tiene nada que ver con lo que pasó hace doce años. Eso ya lo hemos dejado claro.

—Sí que tiene que ver. Yo no estoy dispuesta a venderme.

—Así que, para conservar tu integridad, quieres que yo pierda la mía, ¿no?

—¿Qué? No... no te comprendo.

—¿En serio? —Dominic se pasó una mano por el cabello—. Pues es muy fácil. Tú no quieres ser como tu madre, pero no tienes problemas en hacer que yo sea como mi padre. No te importa que te explote como mi padre explotó a tu madre y a otras cien mujeres. Igual que explotó a mi

madre. Bien, tú no quieres ser como tu madre, pero... ¿crees que yo quiero ser como mi padre?

Eso no tenía sentido. Lo suyo no tenía nada que ver con el padre de Dominic. Todo lo contrario. Pero Dominic parecía verlo de otra forma.

–Tú no me estás explotando, Dominic –dijo ella con paciencia–. Yo quiero estar aquí. He firmado un contrato por voluntad propia. Lo único que no quiero es el dinero. Es demasiado. Tú no tienes la culpa de lo que le pasó a mi madre. Tu padre y mi madre eran adultos, tú no lo eras.

–Mon Dieu, ¿cómo sabes que yo no fui responsable cuando no sabes lo que pasó aquella noche? Las palabras de Dominic fueron como una bofetada. –¿Qué quieres decir, Dominic?

Una horrible idea le provocó un vacío en el estómago. ¿Había habido algo entre su madre y Dominic? Era la primera vez que esa idea le pasaba por la cabeza.

–¿Os pilló Pierre juntos? –preguntó ella, sin poder evitarlo. ¿Había seducido su madre a un chiquillo de dieciséis años? –. ¿Es por eso por lo que Pierre pegó a mi madre? ¿Es por eso por lo que nos echó a patadas de su casa? ¿Tuviste relaciones con mi madre?

–¿Qué demonios...? ¿Te has vuelto loca? –logró decir Dominic–. Por supuesto que no tuve relaciones con Monique.

La angustia que se le había agarrado al estómago desapareció. Menos mal. Su madre no había hecho algo inimaginable, no había seducido a un crío.

–Tu madre tenía treinta y tantos años y yo solo dieciséis. Tu madre era muy guapa y totalmente enamorada de mi padre.

Pero si no era esa la causa de que el padre de Dominic hubiera pegado a su madre, ¿cuál era? ¿Y por qué Dominic se sentía responsable?

–¿Estabas tú allí cuando Pierre la pegó? –preguntó Ally. Debía haber estado presente porque su madre le había mencionado y, a juzgar por las palabras de él, eso parecía haber ocurrido–. ¿Sabes por qué lo hizo? ¿Sabes por qué se volvió en contra de ella?

Estaban en la zona de la cocina. Dominic se agarró al mostrador y bajó la cabeza. Ella notó la tensión de sus hombros y le oyó suspirar.

–Lo hizo sin motivo ninguno –contestó él con una amargura que no pudo disimular–. Mi padre no necesitaba motivos para estallar. Tenía mucho genio y cualquier cosa le hacía saltar. Creo que tu madre hizo un

comentario sin importancia sobre su compromiso matrimonial y mi padre estalló.

–Ya –lo que Dominic acababa de decir sonaba a cierto–. Así que... ¿tu padre le había propuesto matrimonio?

Dominic alzó la cabeza y asintió.

–Por supuesto. Así era como mi padre funcionaba: primero la zanahoria y luego el palo.

A Ally se le encogió el corazón.

Dominic sacó una cerveza de la nevera, la abrió y bebió un trago. Parecía agotado. Ella también lo estaba.

Las palabras de Dominic habían removido el recuerdo de los altercados entre padre e hijo aquel verano.

Los insultos y la insistencia de Pierre en recordar a Dominic que era un hijo bastardo.

Al ser una niña, había estado embelesada con Pierre, igual que su madre. Pero ahora se daba cuenta de que Pierre la había tratado aquel verano como si hubiera sido un perrillo faldero, no su hija. Y, al alabarla delante de Dominic, Pierre la había utilizado para dejar claro a su hijo que su amante y su hija le importaban más que él, su propio hijo.

–Lo siento –dijo Ally–. Siento haberte hecho recordar todo aquello. Y quiero que me perdones por haber llegado a pensar que tú hubieras podido tener la culpa de cómo nos trató Pierre al final de aquel verano... Cuando toda la culpa era suya.

Dominic sabía que no se merecía la compasión de ella ni sus disculpas. Alison no sabía todo lo que había pasado aquella noche, no sabía que su padre no era el único culpable.

Pero, por supuesto, no tenía intención de decirle nada.

Era agua pasada. Ahora ambos eran dos personas distintas, dos adultos. Y estaban casados.

Una cosa estaba clara: a pesar de todo lo que Alison había sufrido, y por mucho que quisiera adoptar una actitud tan pragmática y cínica sobre su relación como él, no era ese el caso. Aún se podía vislumbrar en ella a esa generosa, ensoñadora e inocente niña. De lo contrario, no habría rechazado el millón de libras esterlinas que él le había ofrecido.

Dominic rodeó la barra de bar, le puso los dedos en la barbilla y la obligó a alzar el rostro.

–No quiero volver a hablar del pasado. El pasado ha muerto.

Era cruel decir eso; sobre todo, al ver el humillante rubor de las mejillas de Alison. Pero tenía que ser cruel con el fin de evitar que Alison acabara dando demasiado de sí misma en su relación.

–Para que esto funcione, debes aceptar el dinero –insistió él.

Alison sacudió el rostro, zafándose de él, bajó la cabeza y se miró las manos, entrelazadas.

Dominic esperó a que aceptara lo inevitable. Alison debía haberse dado cuenta ya de que le había dado un ultimátum.

Cuando Alison alzó el rostro, Dominic vio en sus ojos una dolorosa tristeza. Y aunque no se sentía especialmente triunfal, se dio cuenta de que había salido victorioso. Sin embargo, con perplejidad, la vio negar con la cabeza.

–No puedo aceptar ese dinero, Dominic. No puedo. Y si eso significa que tengamos que separarnos, lo comprenderé perfectamente.

Dominic se quedó completamente atónito. Sintió pánico, miedo, arrepentimiento y, sobre todo, sentimiento de pérdida. No sabía asimilarlo, mucho menos combatirlo.

–Non –respondió él.

Dominic le puso las manos en las mejillas y, siguiendo un impulso, cubrió la boca de Alison con la suya.

No iba a perderla, no podía.

Alison abrió la boca y él se la penetró con la lengua. La besó con exigencia, con posesividad, negándose a aceptar la obstinación y la intransigencia de ella.

El negocio. El negocio requería que ella estuviera con él. Ese era el motivo de su desesperación, la razón por la que su deseo era tan intenso. Tenía que serlo.

La instantánea reacción de Alison, su evidente rendición, fue como una droga para él. El sexo solucionaría el problema.

La sangre le latió en la entrepierna cuando la levantó en sus brazos para llevarla a su antigua habitación, la que ella había elegido el día anterior.

«Esto es una locura. Alison sabe que esto es una locura. No tenemos que romper nuestra relación por algo tan tonto. Lo único que realmente importa es demostrarle que ella también me desea».

La dejó de pie en el suelo, la sujetó por la cintura y la miró a los ojos, oscurecidos por el deseo. –Solucionaremos esto mañana por la mañana –dijo él con voz ronca–. Ahora, sin embargo, quiero hacer lo que se nos da tan bien.

No había sido una pregunta, pero ella asintió.

«Sí, te deseo. Quiero hacer el amor contigo. Y no quiero dejarte. Acostémonos y olvidémonos de todo lo demás; al menos, por esta noche».

Cuando Dominic le subió el vestido y le puso las manos en las nalgas, un sinfín de sensaciones le sacudieron el cuerpo. Y, al instante, sintió la dura evidencia de la pasión de él contra el líquido calor que fluía en su entrepierna.

No sabía si iban a poder encontrar una solución a la situación; pero, por el momento, lo único que quería era sentir. Quizá fuera su última oportunidad.

Dominic deslizó las manos por debajo de sus bragas, agarrándole las nalgas desnudas.

–No puedo ir despacio. ¿Te importa? –preguntó él con desesperación en la voz.

–No, no me importa –respondió Ally, su sexo ansioso por recibir el largo y grueso miembro de él.

–Bien –respondió él besándole la garganta.

Ally se aferró a él en un intento por deshacerse del miedo y la tristeza que la embargaba.

Dio un respingo cuando Dominic le desgarró las bragas y, al instante, el deseo que se apoderó de ella fue aterrador. Su excitación era incontrolable.

Dominic la hizo darse media vuelta e inclinarse sobre la cama.

Le temblaron las piernas al oír la cremallera de los pantalones de Dominic. Después, unas manos grandes la colocaron en posición y la enorme punta del pene le acarició el sexo.

Ally se sacudió, el deseo que sintió cuando Dominic la penetró de un empellón la dejó sin respiración.

Dominic comenzó a moverse, se salió y volvió a introducirse en ella, una y otra vez, cada vez con más fuerza, más profundamente. Ella se agarró a la colcha para anclarse y aguantar los empujones de él, para intentar controlar la profundidad de la penetración. Los músculos se le contrajeron, empujándola al borde del abismo; pero los movimientos de Dominic se tornaron aún más frenéticos y el placer de ella no disminuía.

Dominic encontró su clítoris, haciéndola volar una vez más. Los gemidos de ella se hicieron eco de los gruñidos guturales de Dominic.

Una mano de Dominic encontró uno de sus senos y le arrancó el tejido de seda; entonces, le sacó el pecho de la copa del sujetador. Por fin piel contra piel. Liberada, su pezón se irguió bajo la tortura de las caricias de Dominic, haciéndola volar más y más alto mientras él se hundía más y más profundamente dentro de ella.

Gritos de pasión se hicieron eco en las paredes del dormitorio. Se encontró deslumbrada y desorientada por todo lo que estaba sintiendo.

Por fin, aterrizó mientras él liberaba su semilla y gritaba de satisfacción.

Ally se dejó caer en la cama, pero comenzó a temblar cuando él se salió de ella.

–¿Te pasa algo?

–No, nada –respondió Ally, a pesar de que la idea de abandonarle al día siguiente le resultaba insoportable.

–Creo que te he roto este precioso vestido –comentó Dominic–. ¿Podrás arreglarlo?

–No pasa nada. Puedo hacerme otro. Me gusta confeccionar ropa.

Dominic asintió.

–Hablaremos mañana. Encontraremos la forma de solucionar nuestras diferencias –dijo Dominic.

Disimulando su tristeza, Ally asintió fingiendo creerle.

–Hasta mañana –dijo él.

–Sí, hasta mañana –respondió Ally.

Ally quería agarrarle y rogarle que se quedara, que durmiera con ella, que la abrazara, pero sabía que eso solo dificultaría las cosas al día siguiente.

Le dejó marchar, le vio salir de la habitación y no logró contener las lágrimas.

Llevaban casados tres horas y, desgraciadamente, a ella le parecía un matrimonio más auténtico de lo que debería. Por eso era por lo que no podía ceder y aceptar el dinero de Dominic.

Necesitaba conservar su independencia y esa era la única forma de conseguirlo, porque le resultaría demasiado fácil rendirse a ese hombre; no solo física, sino emocionalmente.

Y, desgraciadamente, sabía que lo único que Dominic estaba dispuesto a ofrecerle era su cuerpo.

Capítulo 9

A LA MAÑANA siguiente, después de ducharse y vestirse, Ally entró en el cuarto de estar sintiéndose como si estuviera a punto de caer por un precipicio.

Dominic estaba sentado a la barra de la cocina desayunando y mirando su móvil.

Al verla, Dominic dejó el bollo que estaba comiendo y se limpió la boca con una servilleta.

–Bonjour, Alison.

Ally respiró hondo y se acercó a él. Con pantalones vaqueros y camiseta, descalzo, y con el pelo mojado, presentaba un aspecto de hombre indomable e inaccesible.

A Ally se le encogió el corazón. Había intentado buscar una solución a su problema, pero no había logrado dar con ninguna. No podía aceptar el dinero y Dominic no estaba dispuesto a aceptar su negativa.

–Tranquila, se me ha ocurrido una cosa que creo que resultará satisfactoria para los dos –dijo él extendiendo una mano hacia ella.

Ally aceptó la mano de Dominic y se sentó en el taburete que había junto al de él.

–No he cambiado de opinión respecto a lo del dinero –le advirtió ella.

–Y yo sigo negándome a que no tengas nada cuando nos separemos.

–En ese caso, no veo ninguna solución –Ally parpadeó repetidamente. Se negaba a echarse a llorar.

Dominic esbozó una sonrisa.

–¿Qué dirías si, en vez de darte un millón de libras cuando nos divorciemos, invirtiera en tu negocio? –¿Qué negocio? –preguntó ella.

–Tu negocio de diseño de modas, naturalmente.

–Yo no tengo una empresa de diseño de modas, Dominic.

–Esa es la cuestión. No tienes una empresa, pero deberías tenerla – Dominic paseó la mirada por el vestido de falda corta que se había puesto, dispuesta a regresar a Londres en el primer vuelo que saliera para allá–. Este vestido también lo has diseñado tú, ¿verdad?

Ally asintió y vio admiración en los ojos de Dominic.

–Tienes mucho talento, Alison. Incluso yo me he dado cuenta de ello, y eso que no sé nada de ropa ni de modas. Pero Megan De Rossi sí entiende mucho de eso y está de acuerdo conmigo. Megan te preguntó ayer dónde vendías tu ropa, ¿verdad?

–Fue un comentario, nada más –dijo Ally–. Megan debió decirlo por amabilidad.

–No, nada de eso. Hace una hora llamé a Megan para preguntarle si apoyaría tu marca de ropa. –¿Que has hecho qué? –Ally se bajó del taburete de un salto–. Dominic, ¿cómo has podido hacer eso? –¿No quieres saber lo que me ha contestado?

–¡No, no quiero! Megan es amiga tuya y la has puesto en un compromiso. Estoy completamente segura de que lo ha dicho por amabilidad.

¿Cómo iba a soportar semejante humillación?

Megan De Rossi se había mostrado encantadora con ella Y durante un maravilloso momento el día anterior, cuando Megan le había felicitado por el diseño de su vestido, Ally se había sentido integrada, realmente integrada. Pero había sido una ilusión. Una ilusión que Dominic había destruido al no tener en cuenta sus sentimientos.

–Me has puesto en ridículo, Dominic. ¿Es que no te das cuenta? Aún no he terminado los estudios en la escuela de diseño. Faltan meses para que presente el proyecto de fin de carrera. Y ni siquiera sé si valgo lo suficiente...

–Megan quiere invertir –la interrumpió él.

–¿Qué? ¿Qué quieres decir?

–Que Megan De Rossi quiere invertir en tu marca, ma belle –repitió Dominic al tiempo que la agarraba por las muñecas y tiraba de ella hacia sí, colocándola entre sus piernas–. A Megan le encantan tus diseños, dice que tienes un gran futuro. Le dije que estaba pensando en invertir y le

pregunté si a ella le parecía una buena inversión, no quería invertir dinero en algo que fracasara. Megan me contestó que sería una muy buena inversión y, además, me dijo que a ella también le gustaría invertir dinero.

–No... no es posible –Ally se quedó perpleja. ¿Megan De Rossi quería invertir en sus diseños? No parecía posible. Era increíble. Era... era un sueño.

–Sí que lo es –Dominic le puso la mano en la garganta y se la acarició–. ¿Por qué te sorprende tanto? –Porque... –los ojos se le llenaron de lágrimas–. Porque es... como un sueño convertido en realidad.

Dominic había querido encontrar una solución al problema del dinero; al parecer, había descubierto mucho más que eso.

¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo insegura que Alison se sentía?

–Bueno, si te dijera que me gustaría invertir capital para que iniciaras un negocio, ¿aceptarías?

La expresión esperanzada de ella se disipó ligeramente.

–El problema es que no sé nada de negocios. Yo solo sé diseñar y confeccionar ropa.

Dominic asintió.

–Por suerte para ti, yo sí sé de negocios. Podríamos ser socios. Yo pondría el capital y me encargaría de la parte del negocio, alquilaría un lugar apropiado en Londres para el taller, pagaría a los empleados...

–¿Empleados?

Dominic tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír al ver a Alison agrandar los ojos con incredulidad.

–Sí, empleados. Para empezar, necesitarás un contable, una secretaria y alguien que se encargue de la publicidad. Supongo que también necesitarás una empresa que te diseñe la marca.

–Pero... ¿no saldrá demasiado caro todo eso?

–Para ganar dinero hay que invertir dinero, Alison. Los negocios funcionan así.

–Pero... no sé cómo voy a devolverte el dinero –dijo Alison.

Dominic tuvo que morderse la lengua. No debía permitir que la inseguridad de ella le frustrara demasiado. Sabía que Alison tenía la

capacidad suficiente para montar un negocio, solo necesitaba que alguien la apoyara y ese alguien era él.

–No me vas a devolver ningún dinero –respondió Dominic, y alzó una mano antes de que ella pudiera protestar–. Espera, deja que me explique. El dinero no es un regalo ni un pago por servicios prestados. Espero que el dinero que invierta en tu empresa me produzca beneficios una vez que el negocio esté rodando. Firmaremos un contrato en virtud del cual yo me quedaré con el cincuenta por ciento de los beneficios.

–Pero dime, en lo que a mí respecta, ¿qué participación en el negocio me va a dar derecho al otro cincuenta por ciento? –con el ceño fruncido, estaba adorable–. No tengo ningún dinero para invertir.

–Tú pondrás tu tiempo y tu talento –respondió Dominic–. Desgraciadamente, voy a estar demasiado ocupado con mi proyecto, así que no vas a poder contar conmigo para montar tu negocio. Además, yo no sé nada de modas ni de ropa.

–¿Y si fracaso?

–Si fracasas, no pasará nada. El dinero que pierda en la inversión me lo descontaré en la declaración de impuestos. Yo no arriesgo nada.

Pero Alison no iba a fracasar. Según Megan, tenía el talento suficiente para lograr el éxito. Los únicos obstáculos que Alison debía superar eran su falta de conocimiento de los negocios, algo en lo que él podía ayudarla, y su inseguridad.

–Bueno, ¿qué dices? ¿Quieres hacer negocios conmigo, señora Le Grand?

–La verdad es que estoy muy asustada –respondió ella llevándose una mano al pecho.

–¿Solo asustada? –preguntó él.

–Y entusiasmada –admitió Alison.

–Entonces... ¿significa eso que aceptas?

–¡Sí, sí!

–¡Magnifique!

Alison, riendo, se agarró a sus hombros y él la rodeó la cintura con los brazos.

–Felicidades, señora LeGrand.

–Gracias. Muchas gracias por sugerir hacer esto, es la solución perfecta.

–Sí, lo sé.

Entonces, Dominic la besó y la levantó en sus brazos.

–Dominic, ¿qué haces? –le preguntó Alison con voz ronca mientras él la llevaba al dormitorio.

–Celebrarlo –respondió él, aunque era evidente.

Mucho más tarde, mientras bajaba a las oficinas para pedir a los abogados que iniciaran el papeleo del nuevo negocio después de dejar a Alison hablando con Megan sobre la participación de esta como accionista de la nueva empresa, se preguntó por qué estaba tan contento. ¿Era por lo satisfecho que se sentía sexualmente? ¿Se debía a que iba a firmar los papeles sobre la primera fase del desarrollo urbanístico del terreno de Brooklyn? ¿O era por haber logrado mantener unos meses más a Alison a su lado?

Capítulo 10

SEGURO que no puedes hacerles cambiar de idea, Muhammad? Necesitamos esa seda de la India, es una parte esencial de la colección – dijo Ally nerviosa mientras abría la portezuela del jardín delantero de la casa de Londres.

Estaba enamorada del exquisito bordado de esa tela producida en un taller en Bombay. Llevaba semanas negociando su compra y todo había ido bien hasta ese momento, en el que se suponía que iban a firmar el contrato de compraventa. Pero Muhammad Patel, el proveedor, la había llamado para darle una mala noticia.

–Dicen que otro comprador va a suponer para ellos una mejor inversión –respondió el proveedor–. Lo siento, Ally. Rohana se ha deshecho en disculpas, pero el otro comprador tiene más fuerza en el mercado.

–Lo comprendo –respondió Ally–. Y, por favor, dile a Rohana que no se preocupe. Entiendo que hagan lo mejor para su negocio.

Ally guardó el móvil en el bolso, la angustia que sentía amenazaba con ahogarla. ¿Qué había esperado? A ella no la conocía nadie. Llevaba dos meses haciéndose pasar por una mujer de negocios y una diseñadora de ropa, pero se sentía tan insegura como al empezar.

Dominic se había portado de maravilla con ella, pero estaba demasiado ocupado y no quería molestarle. La relación sexual con él era increíble. Sintió un súbito calor al recordar su último encuentro una semana atrás, en París. Dominic había necesitado su presencia para asistir a la inauguración de un proyecto de ferrocarril que su empresa había financiado.

Durante los dos últimos meses, se había acostumbrado a los breves mensajes de Dominic diciéndole adónde tenía que ir. Había viajado a Río de Janeiro, a Cannes, a París, a Hong Kong e incluso a las cataratas del

Niágara. Ya no le costaba ningún esfuerzo sonreír delante de las cámaras y disfrutaba enormemente esas horas de intimidad con Dominic antes de las fiestas y las galas, de los banquetes para recaudar fondos con fines benéficos y un sinfín de eventos más.

Con frecuencia, Dominic y ella hablaban de su negocio. Los consejos de Dominic y los ánimos que le daba habían resultado ser de un valor incalculable. Él parecía realmente interesado en estar al día de sus progresos.

Sin embargo, Ally sabía que era una amateur. Aparte de por ella misma, había querido lograr el éxito para no traicionar la confianza que Dominic había puesto en ella. Pero alquilar un taller en Holborn y contratar un contable, una secretaria y una excelente modista no la convertían en una diseñadora de ropa, sino en un fraude. No era de extrañar que Rohana se hubiera negado a que sus exquisitas telas se asociaran a Allycat Collection.

Ally cerró la puerta de la casa y dejó el bolso encima de la consola del vestíbulo. Después, se frotó el vientre, que le dolía debido a que le había venido el periodo aquella mañana.

Se quitó las mojadas botas y, mirando a su alrededor, permitió que la melancolía se apoderara de ella. Dominic no había vuelto a su casa de Londres y... le echaba de menos. Mucho. Le echaba de menos cada vez más cuando se iba a un viaje.

Al aproximarse a la cocina, oyó el televisor y se detuvo. ¿Se habría dejado Charlotte, el ama de llaves, el televisor encendido?

–¡Dominic! –exclamó al entrar en la cocina, sobrecogida por una intensa emoción.

–Vaya, por fin llegas a casa. ¿Dónde estabas? Son más de las diez.

Sí, así era su marido, autoritario y excesivamente protector.

–Tienes cara de cansada –añadió Dominic acercándose a ella y poniéndole una mano en el rostro.

–No sabía que ibas a venir a Londres –respondió Ally cubriéndole la mano con la suya–. No sabes cuánto me alegro de verte.

–Tengo una reunión en Mayfair mañana –respondió Dominic–. Además, tengo que darte una noticia respecto al negocio y quería hacerlo en persona.

–¿Qué noticia? –preguntó ella en el momento en que una punzada de dolor en el vientre le provocaba una mueca.

–¿Qué te pasa? –preguntó Dominic agarrándola por los hombros–. ¿Te encuentras mal?

–No, no... estoy bien –respondió Ally, contenta de que Dominic se mostrara preocupado por ella.

–No mientas. Es evidente que te duele algo.

–Es la regla, nada más. Me ha bajado esta mañana y las primeras doce horas me duele mucho siempre. Ally se preguntó si Dominic sería uno de esos hombres que se sentían incómodos cuando las mujeres tenían la regla. Extraño que no lo supiera, teniendo en cuenta que llevaban dos meses casados.

–¿Has tomado algún calmante? –Dominic le puso la mano en el cuello y se lo acarició con la yema del pulgar.

–No, todavía no.

–En ese caso, eso va a ser lo primero –Dominic le dio un beso en la frente.

Dominic cruzó la cocina y abrió y cerró unos cajones.

–Están en ese, el de la derecha –le indicó ella, dándose cuenta de que había cambiado algunas cosas de sitio.

Dominic llenó un vaso de agua y se lo dio junto a dos pastillas. Ella se las tomó y le devolvió el vaso. –¿Necesitas algo más? –preguntó él–. ¿Quieres que te dé un masaje? ¿Te preparo una bolsa con agua caliente? ¿Comida? ¿Sexo?

–¿Sexo? ¡Ni en broma! –Ally sonrió–. Es lo que menos necesito en estos momentos.

–Bueno, tenía que intentarlo –dijo él con una traviesa sonrisa al tiempo que dejaba el vaso de agua y la caja de pastillas encima del mostrador de la cocina.

–Bueno, dime, ¿qué noticia es esa? –preguntó Ally sentándose en uno de los taburetes–. ¿Algo relativo al asunto de Brooklyn?

–No. Vamos a ponernos cómodos antes de que te lo cuente. No quiero que te dé un patatús aquí, en la cocina.

¿Que le diera un patatús? ¿Iba a decirle que ya no necesitaba que siguiera siendo su esposa?

–Y relájate, no pongas esa cara, es una buena noticia. Estoy seguro de que te va a encantar... una vez que te hagas a la idea.

¿Una vez que se hiciera a la idea? Eso tampoco era demasiado prometedor.

Pero Dominic eligió ese momento para darle un beso en la punta de la nariz. Fue un gesto tan tierno que la dejó sin respiración... y sin capacidad para seguir pensando.

Dominic la soltó, consciente de lo emocionada que Alison estaba. Decidió ignorar el nudo que se le había formado en la garganta si no quería que la situación se complicara aún más de lo que estaba.

–¿Has cenado ya? –preguntó él.

–No. No he comido nada desde el desayuno.

Dominic lanzó un juramento.

–No es de extrañar que estés tan pálida.

Dominic se dirigió al frigorífico, lo abrió, sacó comida y después se dispuso para preparar un sándwich. –¿De qué quieres el sándwich? –preguntó Dominic–. Tenemos tres tipos diferentes de jamón de York, queso emmental, queso provolone... también tenemos lechuga, aguacates y tomates.

–Cualquier cosa, me parece todo bien –respondió Alison–. Estoy muerta de hambre.

–¿Qué es lo que te hace tanta gracia? –preguntó Dominic al sorprenderla mirándolo con una amplia sonrisa.

Alison volvió a sentarse en un taburete, el sonrojo de sus mejillas la hacían aún más cautivadora.

–Nada. Solo que me hace gracia ver cómo un multimillonario me prepara un sándwich.

Dominic arqueó las cejas.

–¿Tan raro te parece que sepa hacer un sándwich? Pues voy a decirte una cosa: me pasé seis semanas trabajando en una cafetería, preparando sándwiches, doce horas al día. Fue el primer verano que pasé en París, después de romperme un tobillo en un accidente de moto.

–¿Te rompiste un tobillo? –preguntó ella con expresión de horror–. ¿Cómo? ¿Fue muy serio? La preocupación que vio en la expresión de Alison le llegó al alma. Nada aconsejable. –Es una historia muy larga –murmuró Dominic.

Alison captó la indirecta y no insistió. Afortunadamente.

Comieron los sándwiches con un Cabernet que Dominic había encontrado en el sótano. Y Alison le pidió cuatro veces más que le diera la noticia que había mencionado. Pero él aguantó hasta encontrarse sentados cómodamente en el sofá del cuarto de estar.

Dominic agarró los pies de ella, se los colocó encima y Alison suspiró de placer cuando él comenzó a masajearse los.

–¿Te gusta?

–Mmmmm. Maravilloso –murmuró ella.

–¿Se te ha pasado el dolor de la regla?

–Completamente –respondió Alison–. Y ahora, ¿te importaría contarme ya eso tan importante?

Dominic continuó masajéandole los pies unos segundos más. Estaba nervioso. Creía que se trataba de algo bueno, que Alison necesitaba un empujón, pero también podía haberse equivocado.

–Dominic, por favor –dijo ella–. ¿Qué le pasa a tu negocio?

–No se trata de mi negocio, sino del tuyo. Bueno, de nuestro negocio.

–¿Qué ocurre? –Alison se puso visiblemente tensa.

–He conseguido que se muestre Allycat Collection en una semana dedicada a nuevos diseñadores en julio, en TriBeCa, preliminar a la semana de la moda. Lo sugirió Megan. Fundamentalmente, es un concurso, el ganador podrá exhibir su colección en la semana de la moda en septiembre.

–¿Que has hecho qué? –Alison retiró los pies de encima de él al tiempo que palidecía hasta tal punto que él llegó a temer que fuera a desmayarse–. No puedo creerlo. Yo no estoy preparada para una cosa así. Mi colección no está lista. Solo faltan unas semanas para julio.

–Falta un mes y medio –respondió él.

–¡No, por favor! –Alison se puso en pie y se inclinó hacia delante, doblándose y sujetándose el estómago como si fuera a vomitar–. Ni siquiera tengo listos los prototipos.

–Megan me ha dicho que los diseños son increíbles y que la confección y las pruebas no deberían llevarte más de un mes. Además, para el concurso, solo necesitarás una pequeña selección de ropa.

–¿Has estado hablando con Megan a mis espaldas? –preguntó ella con expresión horrorizada, aún sujetándose el vientre.

Dominic había imaginado que Alison reaccionaría así al principio, ese era el motivo por el que no le había dicho nada antes. Alison seguía permitiendo que sus inseguridades dictaran sus acciones.

–Megan me lo comentó de pasada porque no podía comprender cómo no se te había ocurrido a ti solicitar participar en el concurso. Entonces, me puse en contacto con los organizadores, pero por mi propia cuenta.

–No sabes lo que has hecho –Alison se enderezó y se llevó una mano a la frente–. Podría poner una excusa y retirarme del concurso.

Dominic se puso en pie, le puso las manos en los hombros y la obligó a volverse hacia él.

–No vamos a retirarnos del concurso –dijo él–. Puedes contar conmigo para todo lo que necesites. Dominic no había tenido intención de causarla un disgusto, no se había dado cuenta de lo insegura que se sentía Alison todavía. No obstante, eso no cambiaba el hecho de que aquella era una gran oportunidad. Aunque Alison no ganara el concurso, ganaría experiencia y su ropa se exhibiría. Hasta el momento, las cosas le habían resultado fáciles, pero en los negocios había que aprender a afrontar los riesgos.

–No puedo hacerlo –insistió Alison con evidente angustia–. Ya ni siquiera tengo la tela adecuada para la confección de los modelos. Ya no puedo contar con las telas que había pensado utilizar, me las ha quitado otro diseñador.

Al abrazarla, Dominic se dio cuenta de que estaba temblando. Le estaba dando un ataque de pánico.

Dominic le puso las manos en el rostro y la miró a los ojos.

–¿No puedes conseguir otras telas apropiadas?

–Me ha llevado dos meses encontrar este tipo de tela. Ya no me quedaría tiempo para buscar otra tela y confeccionar los diseños a tiempo para presentarlos en el concurso.

Dominic se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó el móvil.

–¿Quién es tu proveedor?

–Es una cooperativa de Bombay. Las que trabajan son chicas y mujeres que han sufrido abusos o que no tenían casa y vivían en la calle.

Su trabajo es exquisito y sus tejidos son maravillosos. Pero necesitan darse a conocer y yo no les valgo para eso. Fui una ingenua al creer que podría...

–Este concurso hará que se den a conocer, ¿no?

–Sí, pero sería contraproducente para ellos si saliera mal.

¿Por qué Alison no le había contado eso nada más llegar?, se preguntó Dominic conteniendo su frustración. Sabía que Alison tenía miedo a fracasar y lo comprendía. Pero él la había prometido ayudarla y podía hacerlo.

–¿Cómo se llama la cooperativa? –preguntó él.

–Dharavi Collective.

Dominic agarró el teléfono y llamó a Selene Hartley.

–Selene, en Bombay hay un taller de tejidos que se llama Dharavi Collective. A Allycat Collection le gustaría obtener la exclusiva de esos tejidos durante un año. A cambio, pagaremos más de lo que les ha ofrecido una marca de la competencia y, además, LN India se comprometerá a patrocinar y a dar publicidad a su trabajo destinado a fines benéficos.

Dominic cortó la comunicación después de responder a unas preguntas que le hizo Selene.

–Y si han firmado ya un contrato con la competencia, solicitaremos permiso para utilizar sus tejidos.

Alison parpadeó.

–No sabía que tenías oficinas en la India.

–LeGrand Nationale es una empresa internacional –contestó Dominic–. He estado en India muchas veces. Es un país hermoso y fascinante, lleno de gente con talento e iniciativa. Y hay muchos proyectos colectivos como este taller. Es natural que tenga oficinas ahí. –Sí, claro –dijo ella, pero bajó la barbilla con gesto abatido.

El problema con el tejido era solo la punta del iceberg de algo mucho más problemático: el miedo al fracaso de Alison.

–Cuando haya problemas, vas a tener que decírmelo, Alison –dijo Dominic poniéndole un dedo en la barbilla para obligarla a alzar el rostro–. Si no, no podré ayudarte.

–Es solo que... –Alison suspiró–. No estoy segura de que mi trabajo sea suficientemente bueno. Tengo miedo de cometer errores y defraudar a todo el mundo. Si me presento en este concurso y resulta ser un fracaso...

–No, no, no –Dominic le dio un beso en la frente–. Déjate de tonterías, Alison. No vas a fracasar. Pero, aunque así fuera, no sería el fin, sino el principio. Y, respecto al colectivo, podríamos compensarles de muchas maneras. Pero no es eso lo que te preocupa, ¿verdad?

–A lo que tengo miedo es a fracasar y a que otros fracasen por mi culpa –reconoció ella con un suspiro–.

No puedo evitar estar muy preocupada, no puedo.

–Esa es una preocupación constante en los negocios –dijo Dominic–. Yo tengo más de cinco mil empleados en distintas partes del mundo. Esa gente depende de mí y me siento responsable de ellos. Pero tengo que aceptar correr riesgos casi a diario, y a veces gano y a veces pierdo. Pero no puedo permitir que el miedo al fracaso me impida correr riesgos; de ser así, mi negocio ya no existiría.

–Pero para ti es más fácil, a ti se te da bien –protestó ella–. Sabes cuándo arriesgarte y cómo sobrevivir si te sale mal algo.

–Exacto. Por eso quiero que dejes que te ayude la próxima vez.

Su teléfono móvil sonó. Lo sacó del bolsillo, leyó el texto que le había enviado Selene y sonrió.

Problema resuelto.

Dominic pulsó el link que Selene le había enviado y le pasó el móvil a su esposa.

–Tu nueva proveedora de telas, Rohana, tiene un mensaje para ti.

Dominic se quedó observando a Alison mientras esta veía el vídeo de una mujer que le decía a Alison, gesticulando exageradamente, lo contentos que estaban de colaborar con ella y le avisaba que pronto recibiría el primer lote de telas.

Alison se sonó la nariz mientras le devolvía el móvil.

–No puedo creerlo. Con una sola llamada de un par de minutos has solucionado un asunto que yo llevaba semanas intentando solucionar –la sonrisa de Alison era tímida, pero sonreía, y eso era lo único que importaba.

Alison, a pesar de sus temores, iba a participar en ese concurso. Iba a presentar sus diseños y triunfaría porque, al igual que Dharavi Collective, era brillante en su trabajo, a pesar de la poca confianza que tenía en sí misma.

–Por supuesto –respondió él asintiendo.

Alison lanzó una ahogada carcajada.

–Supongo que estar casada con un multimillonario de veintiocho años tiene sus ventajas, a pesar de que tengo que aguantar tu ilimitado ego.

Dominic se echó a reír, le puso un brazo sobre los hombros y le dio un beso en la cabeza, resistiendo el impulso de besarle la boca... porque empezarían algo que no podían acabar.

–Veintinueve. Los cumplí en París.

–¿Fue tu cumpleaños cuando estábamos en París? ¿Por qué no me lo dijiste? Deberíamos haberlo celebrado. Tendría que haberte comprado un regalo... hacerte una tarta... Algo. ¿Y si lo celebráramos ahora?

–No te preocupes, no celebro mis cumpleaños.

–¿Por qué no? –preguntó ella.

–Porque no lo he hecho nunca.

–¿Nunca? ¿Ni siquiera de pequeño? –Alison parecía horrorizada.

–A mi madre mi cumpleaños no le parecía un motivo de celebración –dijo él–. Rompió con mi padre precisamente por quedarse embarazada.

–Oh, Dominic, lo siento mucho.

–Uno no echa de menos lo que nunca se ha tenido –dijo él, deseoso de terminar esa conversación.

–¿En serio no quieres empezar a celebrarlo? –preguntó Alison–. Las tartas de chocolate me salen de maravillosa.

–En serio, no quiero.

Dominic se hizo el fuerte para evitar que le afectara la sombra que cruzó la expresión de ella. También ignoró el súbito deseo de celebrar su aniversario ese año. Pero no tenía sentido, ya que al año siguiente no tendría con quien celebrarlo.

Capítulo 11

Puedes venir a Roma mañana por la tarde o tienes demasiado trabajo antes del desfile? Selene se encargará de todo. D

Ally leyó por veinteava vez el mensaje que había recibido hacía cinco minutos. Buscaba algún sentido oculto, alguna indicación de un cambio en su relación desde la última noche juntos en Londres.

Pero el mensaje de Dominic era igual que los anteriores que le había enviado requiriendo su presencia para algún acto, un mensaje educado, pragmático y distante.

¿Por qué había albergado la esperanza de que esta vez fuera diferente? Habían transcurrido tres semanas desde la visita de Dominic a Londres y los dos habían estado muy ocupados durante ese tiempo. Tres semanas desde que se levantara por la mañana y descubriera que Dominic ya se había ido.

Sí, por supuesto. No me vendrá mal un breve descanso. A.

Tan pronto como contestó, decidió añadir una línea más.

Nunca he estado en Roma.

Veinticuatro horas después, bastante desanimada, Ally se encontraba en la vacía habitación de una suite en un ático de un hotel de cinco estrellas con vistas al Palazzo Poli.

Las habitaciones de la suite, de un glorioso estilo barroco con la imponente cama de dosel en el dormitorio principal, eran espectaculares. Una limusina había ido a recogerla al aeropuerto. Al llegar al hotel, dos horas atrás, la había recibido una de las secretarias de Dominic y un ejército de profesionales de salones de belleza. Ella había llevado uno de sus diseños para aquella noche, pero a pesar de todo seguía sintiéndose insegura.

¿Por qué no había ido Dominic a recogerla al aeropuerto? Eran casi las seis de la tarde, llevaba ya una hora arreglada y lo único que sabía de él era que se iba a retrasar, según el mensaje que le había enviado al móvil, pero sin darle ninguna explicación.

Estaba asomada al balcón cuando, por fin, oyó la puerta abrirse y cerrarse a sus espaldas.

–Alison, bonsoir. Siento haberme retrasado.

Ally giró sobre sus talones y el corazón pareció querer salirse del pecho. Una vorágine de emociones la sobrecogió al verle, fuerte e indómito, enfundado en un esmoquin.

Y, de repente, supo la respuesta a la pregunta que había evitado hacerse hasta ese momento.

El motivo por el que quería más, por el que necesitaba más, era que se había enamorado de su esposo.

–Bonsoir –respondió Ally en un susurro, presa de un súbito ataque de pánico, pegándose las manos al tejido de terciopelo rojo de su vestido.

«Oh, Ally, ¿qué has hecho?»

–Estás preciosa –murmuró él.

–Tú también estás muy guapo –contestó ella forzando una sonrisa.

Dominic le agarró las manos, tiró de ella y la estrechó en sus brazos.

–Ojalá no tuviéramos que ir a la maldita fiesta –dijo Dominic en voz baja mientras le acariciaba las nalgas.

Ally se estremeció al instante, ella tampoco quería salir. La idea de hacer el amor ya le había humedecido las bragas. Quería sexo, quería sentirle dentro de su cuerpo para así ahuyentar el miedo que se había apoderado de ella aunque solo fuera por un breve tiempo. Hasta saber qué hacer después de haberse dado cuenta de que estaba locamente enamorada de él. Porque, por supuesto, sabía que Dominic no estaba listo para enfrentarse a semejante revelación.

Pero lo estaría, Dominic solo necesitaba un poco de tiempo. En muchos sentidos se portaba como un marido de verdad: le había ofrecido todo su apoyo y le había dado ánimos para lograr su sueño profesional; la había hecho alcanzar el éxtasis y le había dado seguridad económica. Y ella esperaba haberle correspondido. Ahora, si Dominic aceptara su amor, podrían gozar de un buen matrimonio, una matrimonio sólido y duradero.

–¿Es necesario que vayamos? –preguntó Ally.

Dominic lanzó una queda carcajada.

–Desgraciadamente, sí. Es una fiesta de recaudación de fondos con fines benéficos. Si no fuéramos, quedaríamos muy mal –Dominic esbozó una de esas sonrisas sensuales que la volvían loca–. Sobre todo, teniendo en cuenta que resultaría difícil suponer el motivo de nuestra ausencia en la fiesta.

Ally se ruborizó ya que el comentario de Dominic había inflamado un punto en su entrepierna. –Además, no quiero que desperdices esta oportunidad de mostrar uno de tus diseños –Dominic siguió agarrándole la cintura mientras cruzaban la estancia hacia un sofá en el que había dejado su estola–. ¿Vas a presentar este modelo en el concurso?

Dominic le cubrió los hombros con la estola.

–Sí.

–Es precioso –dijo Dominic con un oscuro deseo reflejado en su mirada–. Vas a causar una auténtica sensación dentro de tres semanas.

Y, por primera vez, Ally creyó esas palabras. Por fin estaba superando su miedo al fracaso profesional, esperaba también superar su otro miedo, el de confesarle su amor a Dominic y revelarle todo lo que quería de su matrimonio.

Llegaron al elegante Teatro de la Ópera de Roma en menos de un cuarto de hora para asistir a una representación de Verdi, Otello.

Cuando llegaron al palco con asientos y cortinas de terciopelo rojo, la esplendorosa grandeza del auditorio del siglo XIX había sobrecogido a Ally por completo.

Mientras Dominic daba las gracias al joven acomodador y le recompensaba con una generosa propina, Ally ojeó el programa. No entendía mucho porque estaba en italiano, pero sí reconoció y pudo traducir el nombre de la fundación benéfica porque estaba en francés: Fondation pour les Garçon Perdu.

–Muy interesante –le dijo a Dominic cuando este se sentó a su lado–. La organización benéfica que patrocina esta representación es francesa.

–¿Sí? –la mandíbula de Dominic se tensó mientras se desabrochaba los botones de la chaqueta del esmoquin.

–Supongo que sí, porque el nombre es francés. ¿No significa Fundación de los Chicos Perdidos? –Ally le mostró el programa y le señaló el nombre de la fundación.

–Sí, imagino que tienes razón –Dominic le quitó el programa de las manos y lo dejó encima de la mesa que tenían delante–. Ven aquí.

Dominic le agarró las manos en el momento en que las luces comenzaron a apagarse.

–¿Qué haces, Dominic? –preguntó ella jadeante cuando Dominic la levantó del asiento.

En ese momento, sonaron los primeros acordes de la ópera, las cortinas se descorrieron en el escenario y ella se encontró sentada encima de Dominic. La excitación sexual la sobrecogió cuando las callosas manos de Dominic le acariciaron los muslos por debajo del vestido.

–Te deseo demasiado –declaró él enterrando los dedos en sus cabellos.

La boca de Dominic cubrió la suya, acallando así sus protestas. Con las lenguas entrelazadas, él la obligó a sentarse a horcajadas. Las mojadas bragas entraron en contacto con el bulto en la entrepierna de él.

Dominic estaba completamente excitado, duro y grande. El deseo de él era la llama de la pasión de ella. Al tiempo que seguía besándola, envolviéndola en una niebla erótica, Dominic le cubrió el sexo con una mano.

–¡Dominic! Nos van a detener. Se nos puede ver –gimió Ally al oído de él, pero Dominic continuó torturándola.

–Nadie nos está mirando –respondió Dominic con la voz entrecortada–. Y ahora, levántate.

Tras esas palabras, Dominic la agarró por la cintura y la obligó a levantarse. Entonces, él se puso en pie, tiró de ella hasta un rincón del palco que ofrecía algo más de privacidad detrás de las cortinas de terciopelo.

–Quiero estar dentro de ti –dijo Dominic, y Ally asintió–. Ponme las piernas alrededor de la cintura.

Y entonces, Dominic, por la apertura de la entrepierna de las bragas, encontró la entrada a su cuerpo.

Ally se sentía desorientada. ¿Cómo iba a sobrevivir a ese deseo? ¿A esa desesperación?

Se aferró a Dominic cuando él la penetró con dureza.

Ally, con el inmenso miembro dentro, gimió. Dominic se quedó quieto, pero solo un momento, para darle tiempo a asimilar ese brutal placer. Entonces comenzó a moverse dentro de ella; al principio, lentamente; después, más rápido, con más dureza, profundamente. Los jadeos de ella se tornaron en gemidos mientras él emitía roncós sonidos guturales... hasta que una oleada de un insoportable placer la arrolló. Sin embargo, Dominic no paró ni aminoró el ritmo de sus empujones, arrastrándola una vez más a entregarse al placer.

Su deseo resurgió, sobrecogedoramente. El placer se convirtió en dolor, un dolor insoportablemente agudo. Se agarró a los hombros de Dominic y se entregó a esa vorágine de sensaciones que solo él conseguía provocarle.

–Encore.

Ally alcanzó un nuevo orgasmo con gritos ahogados mientras él daba un último empujón y alcanzaba el suyo.

Los latidos de su corazón comenzaron a recuperar el ritmo normal, pero seguía sin recuperar del todo el sentido cuando Dominic, por fin, salió de ella.

Dominic la sujetaba por los brazos mientras ella trataba de recuperar el equilibrio ya una vez con los pies en el suelo. Debía tener un aspecto desastroso. El vestido arrugado y el pelo revuelto.

–Pardon –dijo él con un evidente desprecio por sí mismo–. No sé qué me ha pasado.

Ally le puso una mano en la mejilla.

–No pasa nada, Dominic, yo también estaba que no aguantaba. Habían pasado tres semanas.

«Te amo».

Esa declaración se hizo eco en su mente, pero no pronunció en voz alta las dos palabras. Era demasiado pronto, no era el momento oportuno.

El móvil de Dominic sonó. Cuando él se lo sacó del bolsillo, Ally pudo ver la pantalla y leer el nombre de la persona que lo llamaba. Y, junto al nombre, la foto de una mujer. Marlina.

¿Quién era Marlina?

–Tengo que contestar esta llamada –dijo Dominic apartándose de ella. Entonces, Dominic se puso a hablar rápidamente en italiano. ¿Hablabas italiano?

En cualquier caso, fuera quien fuese la tal Marlina, había conseguido que Dominic le prestara toda su atención. Mientras hablaba por teléfono, el rostro de Dominic mostró preocupación, pánico y desesperación. ¿Era así como el amor se reflejaba en el rostro de una persona?

Desde el escenario, la melódica voz soprano de Desdemona no pudo ahogar los erráticos latidos del corazón de Ally cuando Dominic cortó la comunicación.

–Tengo que marcharme –declaró él.

Con gesto ausente, Dominic le besó los dedos. Pero ya no estaba con ella, estaba con Marlina.

–Dominic, espera –Ally le agarró la mano con fuerza, negándose a dejarle marchar.

Sabía que Dominic le ocultaba cosas. Sabía que Dominic no quería que ella traspasara las barreras con las que protegía su corazón. Y ella le había respetado porque no había tenido otro remedio... hasta que Dominic estuviera listo, hasta que los dos estuvieran listos, para dar el siguiente paso.

Pero no se le había pasado por la cabeza que su matrimonio pudiera ser un completo engaño, una forma de ocultar otra cosa.

Durante todo el tiempo que llevaban juntos, había creído que Dominic se negaba a enamorarse. Pero... ¿estaba enamorado de otra mujer?

–¿Quién es Marlina? –preguntó ella.

Dominic arqueó las cejas como si la pregunta le hubiera sorprendido, pero ella vio una sombra de culpa reflejada en su rostro.

–Nadie que deba preocuparte –contestó Dominic–. Quédate y pásalo bien –dijo él con frialdad.

Cuando Dominic salió del palco sin siquiera una última mirada atrás, a Ally se le rompió el corazón.

Dominic aún temblaba después de subirse al coche y darle una dirección al conductor.

Recibió otro mensaje de Marlena Romano en italiano.

Dominic, no es necesario que vengas. Hemos avisado a la policía sobre la desaparición de Enzo y, tan pronto como tengamos noticias, te avisaré.

Él tecleó una respuesta en italiano.

No es ningún problema, Marlena. Ya estoy en camino.

Enzo era un niño de diez años sin hogar al que había pillado tratando de robarle delante de la puerta del hotel mientras esperaba el coche que debería haberle llevado al aeropuerto para recoger a Alison.

Había estado tan ensimismado pensando en su esposa que el pequeño pillo casi había conseguido robarle la cartera.

Pero nada más agarrar al crío por sus delgadas muñecas y ver la enfadada expresión de desafío en su huesudo rostro, se había sentido como si se estuviera mirando en un espejo. Y había recordado los motivos por los que no debería estar tan deseoso de ver a Alison.

Marlena, por supuesto, tenía razón. No era recomendable haber abandonado una función que llevaba preparando durante meses con el fin de recaudar fondos para la fundación de los Chicos Perdidos que él había fundado. Lo había hecho con el fin de procurar el apoyo y la ayuda necesaria para que esos chicos pudieran desarrollar sus habilidades y talentos antes de que fuera demasiado tarde.

Lo único que iba a conseguir era estorbar. Marlena y sus empleados eran grandes profesionales y, una vez que la policía localizara a Enzo, ella era quien mejor podía convencer al chico de aprovechar las oportunidades que el hogar podía ofrecerle.

Pero la llamada de Marlene le había pillado en un momento en el que no había sido capaz de pensar con lógica. Bueno, en realidad, ni siquiera había sido capaz de pensar.

Había sentido una súbita necesidad de escapar, de huir de los sentimientos y emociones que habían amenazado con ahogarle al ver a su esposa con el cabello revuelto y ojos turbios. Se había sentido como un animal.

¿Cómo había podido perder el control de esa manera, completa y absolutamente, en medio de un espectáculo público? ¿Iba a seguir así siempre? Porque, cuanto más la poseía, más la deseaba.

Pero iba a poner fin a la situación esa misma noche. Iba a hablar con Marlena, iba a examinar la situación con Enzo, iba a esperar a ver qué decía la policía e iba a mandar a Alison de vuelta a Londres sin volver a acercarse a ella.

Y no se pondría en contacto con Alison hasta no haber recuperado el sentido común.

Capítulo 12

ALLY vio el coche en el que iba su marido detenerse delante de un elegante edificio en las afueras de la ciudad. Desperdigados por el jardín delantero del edificio había todo tipo de artilugios de juegos infantiles.

Al ver a Dominic salir del coche y dirigirse a la entrada del edificio, se sintió sumamente confusa.

No sabía por qué había decidido seguirle. Había dejado el teatro de la ópera casi ahogada por el dolor que la traición de él le había causado.

Había sido una estúpida al creer que su relación era exclusiva. Al fin y al cabo, Dominic nunca había estipulado eso en su contrato matrimonial. ¿Por qué no se le había ocurrido preguntarle sobre eso? Porque nunca había cuestionado nada de lo que Dominic hacía. Había depositado una total confianza en él desde el principio.

Desgraciadamente, la estupidez y la ingenuidad no eran sus únicos defectos. A pesar de sus sospechas, seguía enamorada de Dominic.

–Scusa, signorina... ¿va a ir ahí? –le preguntó el taxista.

¿Iba a entrar en el edificio?, se preguntó indecisa.

El edificio en el que Dominic había entrado parecía un colegio, pero también podía ser un orfanato. ¿Trabajaba ahí la amante de Dominic? ¿Y si había cometido un error y Dominic no tenía relaciones con la tal Marlina?

¿No debería volver al hotel y esperar a que Dominic regresara para hablar con él?

Pero necesitaba cerciorarse, averiguar la verdad. Además, se trataba de algo más, algo fundamental. Fuera lo que fuese ese lugar, fuera quien fuese Marlina, resultaba evidente que eran importantes para Dominic, pero ella no había sabido de su existencia. ¡Ni siquiera había sabido que su marido hablaba italiano!

Ally siempre había confiado en Dominic, desde el principio. Pero, obviamente, él no confiaba en ella. Con manos temblorosas, abrió el monedero, sacó dos billetes de veinte euros cada uno y se los dio al taxista.

–Grazie, mille.

–Grazie, signorina. ¿Quiere que la espere? –preguntó el taxista mientras agarraba el dinero.

–No, grazie –respondió ella y, con un esfuerzo, salió del taxi.

Ally respiró hondo para calmar sus nervios, sin conseguirlo, y recorrió el camino que conducía a la entrada del edificio mientras el taxi se alejaba.

Al tocar el timbre, leyó la señal en la puerta: «Fondazione per Ragazzi Perduti».

Era el nombre italiano de la organización benéfica sobre la que había leído en el programa de la ópera, la organización benéfica de la que Dominic le había dicho no saber nada.

La amarga verdad se le clavó como un puñal en el estómago. Dominic también le había mentado sobre eso.

La puerta se abrió y una mujer de mediana edad con pantalones vaqueros y un jersey apareció delante de ella, sus ojos color caramelo se agrandaron con expresión de sorpresa.

Marlena.

Ally la reconoció de inmediato. Era sorprendentemente guapa, a pesar de parecer considerablemente mayor de lo que le había parecido en la foto que había visto en la pantalla del móvil de Dominic.

Ally casi sonrió al ver la expresión de perplejidad de la mujer. De no ser tan trágica, la situación podría ser cómica.

–¿Señora LeGrand? –dijo la mujer.

Ally se dio cuenta de que debía haberla reconocido por las fotos en la prensa. Asintió, el nudo en la garganta le impedía hablar. No obstante, la mujer no parecía avergonzada ni daba la impresión de que se sintiera culpable.

Disminuyó algo el dolor que sentía. Al parecer, Marlena no era la amante de Dominic. Pero a pesar de haberse equivocado en eso, no se sintió mucho más aliviada.

¿Por qué Dominic había permitido, intencionadamente, que ella supusiera lo peor? Y ahora, para colmo, quedaría en ridículo por haberle seguido hasta la otra punta de la ciudad.

–Buona sera –dijo la mujer, que ahora parecía más preocupada que sorprendida–. Entre, por favor.

La mujer la hizo pasar al vestíbulo y añadió:

–Dominic está ahí dentro. Ha venido a buscarle, ¿verdad?

El vestíbulo estaba muy bien iluminado, decorado con alegres colores y la temperatura era muy agradable. Había un tablero del que colgaban notas escritas en italiano. Oyó música rap y, a través de una pared de cristal, vio una sala de recreo en la que había adolescentes; unos viendo un partido de fútbol en la televisión y otros entretenidos con juegos de consola.

–Le dije que no era necesario que viniera –explicó Marlena en un inglés perfecto–. Enzo se había escapado, pero la policía lo ha encontrado. Siento haberles estropeado la tarde.

–¿Enzo? ¿Quién es Enzo? –preguntó Ally sin comprender.

–Enzo es el chico sin hogar al que Dominic ha pillado intentando robarle la cartera al mediodía –la mujer sonrió, pero su expresión de sorpresa lo decía todo. Era evidente que había imaginado que Dominic le hubiera hablado del chico.

–Dominic le trajo aquí inmediatamente. Es uno de los chicos a los que Dominic ha ayudado a través de la fundación –añadió la mujer.

De repente, le zumbaron los oídos cuando Dominic apareció en el umbral de una puerta al fondo del vestíbulo, miraba la pantalla de su móvil mientras hablaba en italiano. La única palabra que ella entendió fue polizia.

–Dominic... –Marlena lo interrumpió y él alzó la cabeza–. Tu mujer está aquí.

–Alison, ¿por qué has venido? –preguntó él en tono seco.

–Yo... venía a buscarte –logró contestar ella mientras Dominic se le acercaba.

–Venga, vámonos –dijo Dominic agarrándole el brazo.

Después de despedirse de Marlena, salieron a la calle y se subieron al coche de Dominic.

–No puedo creer que me hayas seguido –dijo Dominic enfadado y, a la vez, con incredulidad–. Te pedí que te quedaras en el teatro de la ópera.

Ally guardó silencio tras decidir que no tenía de qué disculparse, Dominic no debería haberla hecho creer que se había marchado porque tenía relaciones con otra mujer.

–Te agradecería que no volvieras a hacerlo. No me gusta que me humillen delante de la gente que trabaja para mí.

Se hizo un tenso silencio en el coche. Y Ally fue enfureciendo hasta temer estar a punto de estallar. Cuando el coche se detuvo delante de la puerta del hotel, Ally no esperó a que Dominic rodeara el vehículo y le abriera la portezuela. Salió por sí misma y, con paso decidido, entró en el hotel. Dominic le dio alcance en el vestíbulo, la agarró por el brazo y la obligó a volverse.

–¿Adónde demonios crees que vas? –dijo él, también enfadado.

–A nuestra habitación, a hacer el equipaje. Vuelvo a casa –respondió ella zafándose de él.

Ally salió corriendo, entró en el ascensor y pulsó el botón, dejando a Dominic en el vestíbulo con expresión de incredulidad.

Al cabo de unos segundos de entrar en la habitación, lo hizo también Dominic.

–Sal de aquí. No quiero verte –dijo Ally con las mejillas empapadas en lágrimas.

–Ma belle, deja de llorar. No llores, por favor –Dominic le puso las manos en el rostro.

Ya no se le veía enfadado, sino angustiado. Sin embargo, Ally le dio un manotazo.

–¿Por qué no debo llorar? –dijo ella entre sollozos.

–Porque no me merezco tus lágrimas –respondió Dominic.

–¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me has hecho creer que Marlena era tu amante? ¿Por qué te niegas a que comparta tu vida? ¿Por qué mantienes todo en secreto?

–Porque me odiarías si supieras lo que hay aquí dentro –contestó Dominic tocándose el corazón.

En los ojos de él vio un deseo casi tan doloroso como la vergüenza reflejada en su rostro.

Ally retrocedió hasta chocarse contra la pared.

–Déjame quererte. Deja que disipe ese dolor –dijo Dominic.

Ally sabía que Dominic estaba hablando de sexo. Pero ella quería más, mucho más. Sin embargo, no pudo decírselo porque Dominic le estaba bajando la cremallera del vestido. Ella le quitó la chaqueta y se desnudaron como si se tratara de una batalla campal.

En cuestión de segundos, estaban desnudos, unidos y jadeando. Dominic la puso de cara contra la pared, la hizo separar las piernas y la punta de su pene buscó la entrada a su vagina; cuando la encontró, la penetró con dureza.

La frenética unión apenas duró unos segundos. Después, se dejaron caer juntos en la alfombra. Pero al volverse rodeada por los brazos de él para mirarlo a los ojos, vio que no habían solucionado nada; en todo caso, la situación parecía aún más complicada.

Ally paseó los ojos por la estancia hasta detenerse en un enorme espejo de pared. Al principio, lo único que vio fue sus piernas y brazos entrelazados, la blanca piel de su cuerpo en contraste con el bronceado cuerpo de Dominic. Y después... el corazón pareció dejar de latirle.

La espalda de Dominic estaba marcada con cicatrices blancas en todas las direcciones. ¿Qué le había pasado? ¿Quién le había hecho eso?

De repente, supo la respuesta.

En ese momento, Dominic se puso rígido. Se miraron a los ojos durante unos tensos instantes.

Era por eso por lo que Dominic siempre hacía el amor en la oscuridad o con apenas luz. Era por eso por lo que se había negado a dormir en la misma habitación que ella y por lo que no la permitía ducharse con él. Un secreto más.

Dominic agarró la camisa para cubrirse las cicatrices.

–No es necesario que las escondas, Dominic.

No se le había pasado por la cabeza que el padre de Dominic pudiera ser semejante monstruo, pero debería haberlo supuesto. Debería haber sido capaz de atar cabos.

–La espalda... esas cicatrices... Fue Pierre, ¿verdad?

Los ojos de Dominic se oscurecieron. Su expresión se tornó tensa y sombría.

–Lo siento –dijo Ally, permitiendo que su rostro reflejara toda la compasión que sentía por el chico que Dominic había sido.

–No tienes por qué sentirlo, no fuiste tú quien me hizo esto –declaró Dominic–. Fue hace mucho tiempo y me lo merecí.

–Dominic, ¿cómo puedes decir eso?

Dominic le selló los labios con un dedo. No quería hablar de aquello, ni de esa noche años atrás. No soportaba ver las lágrimas de compasión de Alison, no se merecía su compasión.

Alison era joven y vulnerable, honesta y sincera, valiente y fuerte, pero no sabía quién era él realmente. Había intentado evitar que ella se enterara. Se había aferrado a la esperanza de que, si Alison no descubría la verdad, podrían acabar su matrimonio con dignidad. Pero su relación se había complicado, Alison le había cautivado, le tenía hechizado, y le hacía pensar en la posibilidad de un futuro al que no tenía derecho.

–Ya no soy ese chico problemático y mi padre ya hace tiempo que murió –dijo Dominic, decidido a erradicar las lágrimas en los ojos de ella.

–Lo sé. Pero... ¿por qué has escondido...?

–Ssssss, Alison –dijo él, a pesar de ser consciente de que debía dejar atrás su cobardía y confesarle la verdad.

–¿Las cicatrices son de esa noche? ¿Fue porque intentaste proteger a mi madre?

–No. Fue tu madre quien intentó protegerme y por eso la pegó mi padre, por eso mi padre os echó de su casa a las dos –confesó Dominic–. Ese día se me agotó la paciencia, estaba harto de sus insultos. Creí que podría con él, que conseguiría hacerle pagar por lo que nos había hecho a mi madre y a mí, por habernos abandonado. Pero me equivoqué. Era un chiquillo estúpido lleno de amargura y resentimiento. Tu madre le sorprendió dándome unos correazos e intentó detenerle.

–Oh, Dominic... Lo siento, lo siento mucho.

–No me has entendido, Alison. Yo provoqué la pelea con mi padre. Y fuisteis tú y tu madre quienes pagasteis las consecuencias.

–Tú no tuviste la culpa de la violencia de tu padre, no es posible que no lo veas claro –dijo ella–. Tú no hiciste nada malo.

¿No? Se había sentido muy confuso al arrastrarse por la propiedad de su padre, vomitando y con tres costillas rotas, de camino a la carretera.

–Es posible –Dominic quería creer en la fe que veía en los ojos de Alison. Llevaba sintiéndose culpable por lo que les había ocurrido a Alison y a su madre desde el momento de enterarse de lo que les había ocurrido. Pero ese no era el problema principal–. Sin embargo, ya no soy ese chico. No puedo darte lo que tú quieres.

–Sí puedes, Dominic. De hecho, ya me lo has dado. Te amo, Dominic –declaró ella con devastadora honestidad–. No sabes cuánto.

El sentimiento de culpa le retorció las entrañas. Él era el único responsable de lo que estaba pasando. Cada vez que hacían el amor deseaba entregarse al cariño de ella, a su ternura...

–No debes quererme, no me conoces –insistió Dominic haciendo un esfuerzo por controlar la emoción. Dominic se puso los calzoncillos. Después, le ofreció la camisa a Alison para que se cubriera. Se volvió de espaldas a ella y se pasó una temblorosa mano por el cabello. No se atrevía a mirarla y confesarle la verdad.

–No debes quererme, Allycat –repitió Dominic–. Nadie puede. –¿Por qué no? –preguntó Ally–. ¿Por qué no debo amarte, Dominic?

Dominic sacudió la cabeza. Su mirada había perdido el brillo, se había tornado opaca y triste.

–Perdona el daño que te he hecho –dijo él con una rotundidad que la dejó helada–. No era mi intención hacerte sufrir, a pesar de que era inevitable. Pediré a mis abogados que se encarguen de tramitar el divorcio.

Pero al volverse para marcharse, para apartarse de su vida definitivamente, Ally corrió hacia él y lo agarró por el brazo.

–Basta, Dominic.

Dominic clavó los ojos en su mano, pero ella se negó a soltarle. Entonces, respiró hondo e hizo acopio de todo su valor para decir a Dominic algo que sabía que él no quería oír. La única cosa que Dominic se negaba a reconocer desde la infancia, algo que le habían inculcado, desde pequeño, la mujer que nunca había querido celebrar su cumpleaños, su madre, y el padre que le había rechazado con una crueldad inimaginable.

–Tú vales mucho, Dominic –dijo Ally.

Dominic se zafó de ella y frunció el ceño.

–Lo sé. LN se cotizaría a más de cinco mil millones de dólares en el mercado de valores –respondió Dominic.

Dominic dio un paso atrás y ella sintió una profunda lástima por él. La arrogancia de Dominic, su deseo de controlarlo todo, el miedo a aceptar su amor... Todo se resumía a un mecanismo de autodefensa. Dominic había querido a su madre y había intentado ganarse el respeto de su padre, y ambos le habían rechazado.

Era comprensible que no se fiara de lo que ella sentía por él porque Dominic ni siquiera se fiaba de sus propios sentimientos.

Desde el principio, su matrimonio había sido más que un asunto de negocios. Dominic había querido protegerla desde un primer momento, como lo demostraba su insistencia en invertir en el negocio del diseño de ropa, por ejemplo. Y ella había permitido que su propia inseguridad la cegara, le impidiera ver la verdad. Hasta ese momento, no había luchado por lo que quería, pero ahora sí iba a hacerlo.

–Dominic, no eres un ser despreciable, a pesar de lo que tu madre te hiciera creer y al margen de lo que tu padre te dijera –declaró Ally.

Dominic sacudió la cabeza, pero su arrogancia se había desvanecido. Inmediatamente, Ally se dio cuenta de que había dado en el clavo, no podía dejar de presionar. Por doloroso que fuera para Dominic, por lo arriesgada que fuera su táctica, tenía que insistir.

–Te quiero, Dominic. Y no porque eres increíble en la cama ni por tu fortuna. Ni tampoco porque me has ayudado en el negocio y me has mantenido –Ally lanzó una débil carcajada al ver la expresión de confusión de él.

Nadie había querido a Dominic por sí mismo, por su modo de ser. Pero ella sí. Y estaba dispuesta a hacérselo saber y a obligarle a creerla.

–¿Por qué entonces? –preguntó Dominic con honestidad.

–Porque aquel verano, dejaste que te siguiera a todas partes como un perrillo faldero y no protestaste ni una sola vez. Porque te has culpado de lo que nos pasó a mi madre y a mí, a pesar de que tú no tenías la culpa de nada.

–Pero sufristeis mucho –interpuso Dominic.

–Y tú –respondió Ally–. Y también te quiero porque, hace unos meses, cuando llamé a tu puerta, insististe en curarme la pierna.

–Tenía la intención de seducirte –la corrigió Dominic–. Necesitaba a alguien que se casara conmigo.

–¿Acaso me has oído quejarme? –preguntó ella con una traviesa sonrisa.

–Eras muy inocente, eras virgen... al margen de que disfrutaras – declaró Dominic con esa intensidad y esa pasión que ella adoraba.

Ally le agarró una mano, se la llevó al rostro y se acarició con ella.

–Te quiero porque estabas asustado cuando descubriste que era virgen, aunque para mí no tenía demasiada importancia. Y porque has intentado por todos los medios darme seguridad y estabilidad en este matrimonio, a pesar de que supuestamente es una farsa, un matrimonio de conveniencia.

–Para mí nunca lo ha sido, a pesar de querer que lo fuera –murmuró Dominic al tiempo que le ponía la otra mano en una mejilla y apoyaba la frente en la de ella.

¡Por fin! Ally había penetrado ese muro con el que Dominic se había protegido hasta ahora, ese muro que le había hecho creer que no se merecía el cariño de nadie. Que no la merecía a ella.

–Y te quiero porque eres la clase de hombre que quiere ayudar a niños como Enzo, echarles esa mano que a ti te negaron –continuó Ally–. Y también te quiero porque has hecho todo lo que ha estado en tu mano para que yo consiguiera alcanzar mi sueño, incluso cuando yo estaba empeñada en fracasar debido a mi inseguridad.

Ally suspiró y añadió en voz queda:

–Y ahora... ¿me crees? ¿Te he convencido de que te quiero?

Dominic asintió.

–Pero... ¿me quieres lo suficiente para seguir conmigo? –preguntó él con un anhelo desgarrador.

Ally respiró profundamente. Era fácil responder que sí, pero no podía ceder a la cobardía. Los dos tenían que ser valientes. Dominic debía mostrar la valentía de admitir lo inseguro que se sentía en lo referente al amor. Y ella necesitaba tener el valor suficiente para exigir lo que necesitaba.

–Quiero seguir contigo, pero con condiciones.

Dominic arqueó las cejas.

–¿Condiciones? ¿Qué condiciones? ¿Quieres renegociar el contrato?

Ally se echó a reír. Quizá aquello iba a ser más fácil de lo que había temido.

–No, no se trata de renegociar ningún contrato. Lo que quiero es que nuestro matrimonio no tenga límites. Quiero... quiero que seamos una pareja en pleno sentido de la palabra. No quiero reprimir lo que siento por ti. Y Quiero que vivamos juntos, ya sea en Londres, en Nueva York o donde sea.

–Creo que podremos llegar a un acuerdo –dijo él, y a ella le dio un vuelco el corazón.

–Y quiero poder decirte que te amo sin que eso te asuste y sin que te sientas amenazado o... –No me asusta –la interrumpió Dominic–. Hace que me sienta halagado. –¿En serio? –preguntó ella con un último rastro de sus inseguridades.

–Dieu, Alison. Pues claro, ¿cómo no iba a ser así? –Dominic le acarició la mejilla–. Eres fuerte, inteligente y dulce. ¿Cómo no iba a estar enamorado de ti?

–No es necesario que me digas eso para hacer que me quede, Dominic. El amor es un regalo, no una obligación –dijo Ally, porque sospechaba que Dominic no tenía idea de lo que era el amor. ¿Quién le había querido, aparte de ella?–. Me conformo con que estés dispuesto a dar una oportunidad a nuestra relación. No es necesario que me ames; al menos, todavía.

–Muy generoso por tu parte –dijo el sonriendo–. Desgraciadamente, ya es demasiado tarde. Porque te amo.

Dominic se apoderó de la boca de Alison con la suya, tomando posesión de su esposa con un beso que le llegó al alma. Aún tenía miedo, aún estaba asustado. Todavía no estaba convencido del todo de merecerla. Pero después de haber estado a punto de perderla, no iba a permitir que el miedo le robara a Alison.

Esa mujer era su esposa en pleno sentido de la palabra. Al demonio con el contrato, al demonio con su padre y al demonio con lo que le había impedido admitir lo que sentía desde hacía tanto tiempo.

Sí, era un riesgo, pero Alison Jones se merecía todo el esfuerzo del que él fuera capaz para demostrarle, y demostrarse a sí mismo, que merecía ser su esposo.

Epílogo

Quince meses después

–**L**as redes sociales han enloquecido, Ally. Y mira los aplausos. Otro triunfo de la marca Allycat –Megan De Rossi dio un breve abrazo a Ally cuando la última modelo salió a la pasarela y los aplausos se oyeron entre bastidores–. Has conquistado la Semana de la Moda de Nueva York. Lo has conseguido. Les encantas.

–Lo hemos conseguido –corrigió Ally a su amiga–. Les encantamos. Habían trabajado duro durante casi un año y medio, pero el resultado había valido la pena de tanto esfuerzo. A finales de ese mes su marca iba a ser lanzada en Europa, en la Semana de la Moda de París, y ya tenía una importante clientela.

–Vamos, sal al escenario –Rohana, que estaba allí con unas mujeres del colectivo, gritó por encima de los aplausos del público mientras se agarraba del brazo de Megan y de ella.

Acompañada de los aplausos de su equipo, Ally salió a la pasarela acompañada de esas otras dos mujeres que eran parte integral del éxito de su marca.

El público se puso en pie mientras los aplausos alcanzaban proporciones épicas. Pero mientras saludaba, hacía reverencias y sonreía, paseó los ojos por entre la multitud. Vio a Dario, el marido de Megan, de pie en la primera fila con su hija Issy, pero sin sus hermanos gemelos. También vio a Katie, la hermana de Megan, con Jared, su esposo, y su hija Carmen en los brazos. Pero... ¿dónde estaba Dominic? Le necesitaba allí porque era tan digno como ella de ese triunfo.

–Madre mía, qué guapo es tu marido –le susurró Rohana.

En ese momento, vio a Dominic saltar a la pasarela y avanzar hacia ella entre los aplausos del público.

–Felicidades, Allycat –dijo él antes de besarla.

Ese hombre, su matrimonio, lo eran todo para Ally. Sin él, sin su amor, el éxito en la Semana de la Moda de Nueva York no significaría nada.

Horas después, se encontraron por fin a solas en la limusina que les llevaba a su piso de Manhattan. Apenas utilizaban ese piso, ya que Dominic había tomado la decisión de trasladarse de forma permanente a Londres.

–¿Contenta? –le preguntó él en un susurro antes de besarle la mano.

–Más que contenta –respondió ella.

–Bien... porque voy a sugerirte una cosa –dijo él.

–¿Qué? –preguntó Ally notando una expresión traviesa en los ojos de su marido. Esperaba que la sugerencia incluyera estar desnudos lo antes posible.

Pero Dominic la sorprendió.

–Me gustaría que nos tomáramos la semana que viene de vacaciones. Ya es hora de que tengamos una luna de miel. ¿Puedes tomarte una semana de vacaciones?

–Sí, por supuesto –respondió ella sin titubear, porque no se le ocurría nada tan maravilloso como eso.

–¿Adónde te gustaría ir? –le preguntó Dominic–. Dímelo y te llevaré.

–¿Lo dices en serio? ¿Puedo elegir cualquier sitio? –solo había un sitio al que realmente quería ir. Y solo una persona con la que quería ir.

Desde aquella noche en Roma en la que se habían comprometido el uno con el otro, en la que se habían declarado su amor, la vida de ambos había sido una vorágine de actividad. Ahora, una semana libre de compromisos era un extraordinario lujo.

–Por supuesto. Iremos a donde tú quieras, no tienes más que decirlo.

–En ese caso, quiero ir a casa, a Londres. Quiero cerrar la puerta, desconectar el teléfono e Internet y decirle a todo el mundo que nos vamos a Mongolia por una semana. Quiero que veamos películas juntos, quiero que cocinemos juntos, quiero hacer el amor contigo en todas y cada una de

las habitaciones de la casa y quiero que celebremos todos tus cumpleaños no celebrados.

Ese verano habían celebrado el trigésimo cumpleaños de Dominic y la forma como Dominic comió la tarta de chocolate que ella le hizo aún la hacía sonrojarse.

En el asiento, Dominic se inclinó sobre ella, le puso las manos en el rostro y murmuró junto a su boca:

–Me gusta tu forma de pensar, señora LeGrand. Pero no creo que tengamos habitaciones suficientes; al fin y al cabo, nos quedan otros veintinueve cumpleaños.

Dominic deslizó una mano por debajo del vestido de ella y añadió:

–Pero no te preocupes, se me da bien improvisar.

El pecho de Ally estallaba de felicidad; entre otras cosas, porque era consciente de lo bien que improvisaba su marido.